

FRÁGIL

UNA NOVELA DE
BÉLGICA CORTÉS JIMÉNEZ

*Tres
Deseos*

HAZ TUS LIBROS REALIDAD

FRÁGIL

Bélgica Cortés Jiménez

“FRÁGIL”

Autor: Bélgica Cortés Jiménez

©Todos los derechos reservados.

DDI N° 264744

©Editorial Tres Deseos Ltda.

Primera Edición Digital Mayo, 2017

Diseño Portada: Catalina Salvo Soriano.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra sin previa autorización del autor, ya que se encuentra debidamente inscrita en el Registro de

Propiedad Intelectual de la ciudad de Santiago de Chile.

Contenido

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Epílogo](#)

"Luego con lentitud, comenzó a andar como si fuera invisible, sin saber que pronto tendría que enfrentarse a la pregunta más difícil de su vida:

«¿Quieres ser feliz de nuevo?»"

En "Esta noche dime que me quieres" de Federico Moccia.

Dedicada a mamá...

Prólogo

Desde muy pequeña se le daba muy bien el juego de la escondida.

Conocía todos los lugares de la casa donde se podía esconder sin ser pillada.

Pero un día ése hombre descubrió su escondite y también lo hizo suyo.

Habían pasado meses desde que su escondite ya no le pertenecía. No confiaba ni en su propia sombra al final del verano del '94. Un día no aguanto más y corrió de aquel lugar sin mirar atrás, sabía que si ése hombre la atrapaba, iba a ocurrir otra vez lo mismo. Estaba asustada, pero sabía que era lo mejor para ella.

—¡Detente! —le grito el hombre.

» No te haré daño —volvió a gritar.

La niña se tapó los oídos y comenzó a correr y a correr más y más rápido. De sus pequeñas mejillas corrían lágrimas sin control. Sabía que si lograba cruzar la verja estaría a salvo en la casa de los padres de su mejor amigo. Su plan seguía en curso, mientras sentía que las zancadas del hombre más cerca de ella.

«Por favor que no me atrape»

«Por favor que no me atrape»

«Por favor que no me atrape» —pedía una y otra vez como un verdadero mantra.

—¡Detente! —volvió a gritar el hombre.

La niña aparto sus manos de los oídos para secarse rudamente los ojos.

«Tengo que cruzar» —pensó al ver la acequia con agua que dividía los dos terrenos.

«Tengo que saltarla» —la niña tomo el impulso, pero unas manos callosas y viejas la detuvieron es su intención de atravesarla.

—Te dije que te detuvieras —le susurro el hombre.

—Déjame —la niña forcejeaba.

—Sabes que quiero jugar —la apretó contra su cuerpo y la niña se tensó al sentir esa parte del cuerpo que la lastimaba cada vez que él quería jugar.

—Déjame —empezó a gritar. El hombre al sentirse descubierto en cualquier minuto, le cubrió la boca, por aquel descuido la niña alcanzo a escapar de las garras de él. Volvió a correr y su impulso no alcanzó a llegar al otro lado de la acequia, cayendo directamente al agua.

—¡Ahhhh! —gritó la niña. Volvió a levantarse del agua, pero algo le impedía avanzar, en su desesperación jalo su pierna con violencia y sintió como un metal le seccionaba la piel.

» ¡Ahhhhh! —volvió a gritar. Mientras hacia lo imposible por salir de esa acequia. Lloraba

porque el dolor que sentía era peor de lo que la hacía sentir ese hombre cuando quería jugar.

—¡Detente! —volvió a gritar el hombre.

—¡Me duele! —se quejó, cuando logro sacar su pierna del agua, vio que prácticamente le colgaba de la piel con algo que no logro descifrar. La niña lloraba. Mientras el hombre cayó de rodillas al frente de ella.

Capítulo 1

Luz roja. Detengo el Jeep mientras espero que cambie de color, veo que tengo una llamada entrante de mi madre. No hablo con ella desde hace semanas, pero hoy no amanecí con ganas de hablar con nadie ni mucho menos con ella.

Suspiro cansadamente, mientras comienzo a sintonizar alguna estación de radio al azar, la luz verde ha vuelto a prenderse y vuelvo avanzar a pasos de tortugas, son las 8:20 de la mañana y creo que todos los conductores vamos atrasados porque las bocinas se escuchan como verdaderos acordes de una mala sinfonía. Vuelvo a cambiar la radio y la voz de un locutor dice que ha habido un accidente en la esquina de Miraflores con La Alameda.

—Lo que me faltaba para empezar el día —digo molesta. Es ahí el motivo porque se han juntado tantos autos a esta hora de la mañana. Mientras la voz carrasposa de Thom Yorke inunda el interior. Mi cabeza se mueve al son de la melodía y mis dedos golpean lentamente el volante siguiendo su voz.

“I want a perfect body” / “Quiero un cuerpo perfecto”

“I want a perfect soul” / “Quiero un alma perfecta”

Apago rápidamente la radio, porque «Creep» no es la canción que necesito escuchar en esta miserable mañana. Me refriego los ojos para despabilarme un poco. Otra vez la luz roja no permite el paso. Observo a las personas que se mueven de un lugar a otro, tratando de no chocar los unos con los otros, es una marea de gente que me estresa observar. Desvío la vista hacia la esquina y me fijo que un caballero en silla de ruedas no puede bajar la vereda, pareciera que se le ha atascado una de las ruedas porque lo veo batallar con sus manos. Por un impulso me quito el cinturón de seguridad y bajo de mi 4x4 dando un fuerte golpe al cerrar la puerta. Camino unos dos o quizás tres metros en donde se encuentra el señor mayor.

—¿Le ayudo? —pregunto por cortesía, pero antes de que me responda aprieto las asas de la silla y con una fuerza que no sabía que poseía logro mover la silla por el paso cebra.

—Gracias Señorita —dice el hombre y de mis labios aflora una sonrisa real, quizás la primera en años—. Pero no se debió haber molestado —dice agradecido.

—No se preocupe caballero —le digo, mientras siento la mirada de los conductores que están en la primera fila. Y las personas que pasan a mí alrededor. «¿Acaso nadie ayuda a las personas minusválidas en este país? Entonces, ¿de qué sirve la Teletón y esas supuestas 27 horas de amor, donde se supone que Chile es un sólo corazón?»

»No me costaba nada ayudarlo —porque realmente lo siento.

Llegamos al otro lado de la vereda y la luz verde cede el paso a los autos. Ups, no alcancé a devolverme a mi Jeep.

—Señorita no alcanzo a cruzar, y los conductores que están detrás del suyo están tocando la bocina como verdaderos posesos —dice bastante alarmado.

—Caballero —sonríó, porque es raro encontrarme en la ciudad a alguien que ocupe la palabra posesos en vez de furiosos conductores—. Por esperar dos minutos que un semáforo cambie de una luz a otra, no pasara nada —le guiño un ojo por la complicidad y él asiente un poco confundido por mi estado—. El destino de ellos los estará esperando igual de todas formas. Que toquen no más —me encojo de hombros—. Yo no voy a cruzar en luz roja —sonreímos al mismo tiempo—. Admitámoslo es casi imposible que los conductores frenen porque una persona dejo su auto estacionado en plena Alameda y ahora pretende devolverse a su auto como si nada.

—Tiene razón Señorita —asiente lentamente, como sopesando mis palabras—. Muchas gracias por lo que ha hecho. Se ha ganado un pedacito de cielo —dice en un susurro. Quizás más para él que para mí.

—De nada Caballero —miro de reojo el semáforo y otra vez ha cambiado a luz verde—. Lo tengo que dejar, pero que tenga un gran día —me despido con una sonrisa en los labios y camino en dirección a mi Jeep.

Los automovilistas de atrás tocan las bocinas como verdaderos posesos, me gustaría sacarles la lengua para demostrarle que sus malas energías no me afectan en nada. Además no creo que por tres minutos sus vidas cambien mucho. Vuelo a sonreír, mientras veo a un chico en bicicleta observando detenidamente todo este suceso. Sonríó, pero rápidamente me subo a mi 4x4 porque la luz amarilla ha comenzado a parpadear.

Vuelvo a retomar mi camino por la Alameda, mientras otra vez prendo la radio, ahora la canción «Happy» de Phil Pharrell envuelve mi auto y automáticamente me hace sentir un poco mejor.

Me he demorado un poco más en llegar a mi trabajo, pero aun así son las 8:45 AM. Sigue siendo temprano, porque nuestra jornada laboral comienza a las 9:00 y, como es de esperar no ha llegado nadie todavía. Siempre soy la primera en llegar y la última en irse, y no es porque ame tanto mi trabajo, sino porque no me gusta estar en mi casa más del tiempo necesario.

Entro a mi oficina y está tal cual como la deje ayer, mi escritorio parece cualquier cosa, menos un escritorio. Me gustaría tener poderes mágicos y con un trueno de dedos o lo que sea esto se ordenara rápidamente, pero esto solo ocurre en las películas. Comienzo a recoger los papeles y a guardarlos en las diferentes carpetas. Ahora que está relativamente decente me siento en la silla

y miro el techo por unos segundos. Me pregunto si a aquel hombre que ayude a cruzar la calle hace rato, otra persona se hubiese detenido por un minuto a ayudarlo o quizá todavía estaría esperando que alguien se apiadase de él para cruzar de una esquina a otra. En fin, si me quedo pensado en él, no lograre avanzar mucho en lo que tengo que hacer durante el día.

Prendo mi computador y reviso la campaña de RUNNING, hoy se tomaran las fotos que serán mostradas en toda Latinoamérica. Sin duda es una gran presión para nuestra agencia, es la primera vez que haremos algo internacional y el puesto de todos está en juego, así que espero que cumplamos con las expectativas que tienen los dueños de la marca y con nuestros propios jefes.

Abren la puerta sin golpear. Y solamente una persona hace eso, y como ya sé que es él, no levanto la vista porque sigo concentrada en el computador.

—¿Cómo está la tía más guapa de Chile? —sonrío por el comentario que hace de mí, llegó hace dos días de un viaje a España y como buen chileno se le pegaron los modismos extranjeros y “tía” es una forma coloquial de decir amiga allá.

—Pues muy bien tío —levanto la vista y ambos sonreímos al mismo tiempo. Lo quedo mirando por unos instantes y es tanta nuestra complicidad que nos colocamos a reír a carcajadas, me gusta ver reír a mi amigo porque puedo apreciar sus largos colmillos de no vampiro—. En fin. ¿Cómo estás, Alejandro?

—Bien —dice desganado—. Aunque estoy un poco hastiado con la rutina —se encoge de hombros—. Pero bueno, supongo que así es la vida —lo dice mientras se sienta en el asiento de al frente mío.

—¡Alejandro! —me quejo—. Eresun descarado —me cruzo de brazos—. Eres la única persona que conozco que no tiene una rutina como tal, hoy estas en Chile, pero mañana puedes estar en Sudáfrica y pasado en Australia, y haciendo lo que te gusta realmente. Además eres libre, vives el momento y no te preocupas de muchas cosas —le digo frustrada. Y probablemente envidiando un poco su vida, creo que todos quisiéramos tener algo de Alejandro.

—Eso es lo que crees tú —se levanta como un rayo y apoya sus dos manos en el escritorio—. Pero es difícil llevar una vida relajado —guiñe coquetamente y se coloca a reír a carcajadas limpias. Es un descarado, pero a pesar de todo lo quiero como si fuéramos más que mejores amigos.

—Alejandro..., Alejandro..., Alejandro... —niego con la cabeza—, estoy segura que la mayoría de las personas les gustaría tener tu vida.

—¿Tú crees? —frunce el ceño y se vuelve a sentar en la silla—. Pero pienso que estás equivocada, nuestra generación está interesada en acumular cosas materiales y toda la demás mierda que se supone que debemos tener a nuestra edad. Pero a mí no me llama la atención nada de eso, soy de espíritu libre y aventurero —dice, mientras comienza a trazar unas líneas en un

papel que estaba en mi escritorio.

—Y lo sé... —lo quedo mirando, mientras sus mechones castaños se le van a los ojos, porque tiene el cabello más largo de lo normal.

» Por eso creo que la mujer que llegue a conquistarte de verdad, tendrá que ser igual de libre que tú. Porque si coincides con una persona estructurada van a terminar sufriendo los dos — aunque dicen que los polos opuestos se atraen, en una de esas mi amigo termina con mujer opuesta a lo él y termina siendo igual de feliz, que con alguien como él.

—Pero, Emilia —me aparta de mis pensamientos—, sabes que tú y yo estamos destinados a estar juntos —levanta el rostro y sonríe marcándole esos adorables hoyuelos en sus mejillas.

—Eso no va a pasar. Eres mi mejor amigo, eres como mi hermano. Lo encuentro un poco incestuoso —niego la cabeza rápidamente tratando de apartar cualquier pensamiento no fraternal con mi amigo—. Además tú me conoces desde siempre. Sabes que no puedo estar contigo, en realidad con nadie —digo en un susurro casi inaudible.

—Emilia. Como dices tú, te conozco tal cual eres —me observa detenidamente mientras sus ojos verdes se ven de un color tornasol producto de la luz artificial de esta oficina—. Nos conocemos desde que éramos bebés —se lleva su cabello rebelde hacia atrás—. O sea de toda la vida, viví a tu lado todo lo que pasó durante y después de... —se produce un silencio, que me aprieta el estómago—,... Pero no entiendo por qué no quieres estar con alguien —dice frustrado.

Es verdad que él ha estado ahí desde siempre, pero el problema es que mis mierdas son superiores a la de todos los demás.

—Porque no puedo —musito.

—Amiga —suelta el lápiz, coge mi mano y me mira directamente a los ojos—. Estoy seguro que llegara el día que eso no será impedimento, simplemente porque eres la mujer más valiente y perfecta que he conocido en toda mi vida.

—Alejandro —trago saliva con dificultad—. ¿Por qué eres tan bueno conmigo? No te merezco como amigo —le digo mientras siento que mis ojos se están llenando de lágrimas que en cualquier minuto estallarían como una represa.

—Al contrario —sonríe, más bien trata de sonreír—. Estoy seguro que nos merecemos, porque somos el complemento perfecto, somos el ying y el yang —guiñe—. Además yo no sé qué sería de mi vida sin ti e infiero que tú tampoco sabrías que hacer sin mí por más que me vaya de Chile a lo máximo un mes.

—Pues, tienes razón —sonríe. No sé qué haría sin Alejandro, es lo único que me recuerda que hubo un momento que fui realmente feliz—. En fin —inhalo profundamente, para poder concentrarme en el trabajo otra vez—. ¿Estará listo ya el set para la sesión de fotos de RUNNING?

—Yo creo que si —se encoge de hombros—. Pero eso lo deben ver los asistentes. Yo

solamente me dedico a sacar fotos —se vuelve apoyar en la silla.

—Sabes, mañana iré a practicar *wingfly* —estira los brazos y comienza a bostezar de repente—. Y pensaba que quizás te gustaría acompañarme.

—Claro que sí —respondo emocionada—. Además me gusta mucho poder verte volar —sonrío al recordar la primera vez que me invito Alejandro al ver practicar ese deporte extremo. No tenía ni idea de que se trataba y pensaba que básicamente era como tirarse de un paracaídas, pero cuando me fijé que no había nada de eso y que se estaba colocando un traje extraño y un casco con una cámara portátil menos entendía lo que ocurría. Entonces de la nada se colocó en un risco y me grito: «No te vayas a desmayar» y saltó al vacío, casi me dio un infarto al verlo saltar sin ninguna protección aparte de ese casco. Entonces extendió sus brazos y aparecieron unas telas como membranas de murciélago o algo parecido a eso y comenzó a planear por el Cajón del Maipo como un ave, nunca había visto algo tan alucinante y en mi fuero interno envidie a Alejandro por ser tan valiente.

—¿Emilia te fuiste a otra galaxia? —trueno los dedos al frente mío.

—No —niego rápidamente—. Es que recordé el día que me invitaste al Cajón y me enseñaste tú nuevo pasatiempo. Casi me morí de un infarto al pensar que te ibas a matar —bajo la vista y se me hace un nudo en la garganta—. Pensé que yo sería testigo de tu muerte. Me asusté mucho... —musito—. Pero cuando expandiste tus brazos y comenzaste a planear, fue lo más increíble que había visto en mi vida —sonreímos al mismo tiempo.

—Emi —me hace un gracioso mohín, es tan manipulador mi amigo que sabe que caigo rendida a sus pies cuando coloca ese gracioso rostro—. No te quise asustar —se encoge de hombros—. Llevaba practicando en secreto esto por mucho tiempo y no quería que te preocuparas por mí antes de tiempo.

—Lo entiendo —suspiro cansadamente—. Pero me podrías haber dicho antes —le espeto algo molesta, sé que han pasado años desde que me llevo por primera vez, pero ese susto se mantiene ahí guardado con todas las cosas malas que me han pasado.

—Tal vez te lo debí haber dicho. Pero también recordé de todas las cosas que me podrías decir como: «estás tentando a la muerte» y no sé cuanta mierda más... Te conozco mejor que nadie —se vuelve acomodar en el asiento.

—Alejandro... —hago una línea en los labios, porque sé que diré algo inapropiado y discutiremos seguramente por una tontera más—. Para cerrar esta conversación diré, que averigüé realmente en qué consistía el deporte y es uno de los más peligrosos del mundo.

—Lo sé —se masajea su sien—. Pero la adrenalina que se vive en el momento es lo mejor que te puede pasar en la vida —sonríe levantándose de la silla—. Será mejor que me vaya al set para ver que están haciendo los chicos. Parece que cambiaré la idea de RUNNING —se da pequeños golpes en la sien con su índice—. Pero veremos si resulta.

—En un rato más te acompaño —sonríó—. Tengo que terminar la propuesta de ROSES.
—Nos vemos, amiga —guarda una mano en su bolsillo, mientras se aparta de mi oficina.

Capítulo 2

Avanzo rápidamente al set, para ver qué tal está quedando nuestras ideas. Habíamos pensado en un comienzo colocar la muralla verde para que luego los técnicos digitales pusieran de fondo un paisaje rural, en donde iba a ir incluido un río, árboles y todo lo que se te viene a la mente cuando imaginas ropa *outdoor*. Pero luego pensamos que eso estaba tan trillado, que no sería el impacto que queríamos con la ropa a nivel internacional, así que optamos por un color neutro, más bien blanco invierno con tres grandes cubos transparentes. Aunque eso de los cubos no me convence tanto, seguramente Alejandro hará magia en la sesión de fotos con o sin ellos.

Me pregunto dónde estará Alejandro, desvío la vista hacia una de las esquinas y como me lo imaginaba, ahí se encuentra mi amigo tratando de ligar con la nueva maquilladora, una chica menor que nosotros, pero que sin duda no pasa inadvertida en las calles, o más bien al ojo de lince de mi amigo. La chica sonríe mientras mi amigo le está hablando quizá de que cosas, no me extrañaría que al final de la sesión de fotos, ella terminé aceptando una cita con él, porque mi amigo es un hombre atractivo, él en vez de estar detrás de la cámara, debería estar delante de ella, todo el año pasa con un envidiable bronceado, su cabello rubio oscuro le queda perfecto, pero lo que más destaca en él son sus grandes y expresivos ojos verdes, que parecen verdaderas esmeraldas.

Aparto la mirada, y me fijo que no ha llegado el modelo. Quizá se está cambiando de ropa.

—Buenos días, Isabel —saludo a mi asistente. Ella es una mujer que viene del Norte, más bien de Arica y según ella es descendiente de los esclavos africanos que llegaron al país, la verdad es que no sé si será tan así. El color de su piel es más oscuro, pero no veo los rasgos que según ella pertenece a sus ancestros, lo único que tengo claro, es que se siente muy orgullosa de sus antepasados y a mí me agrada que sea así—. ¿Dónde está Andrés? —pregunto, mientras vuelvo a centrarme en lo que debemos hacer el día de hoy.

—Señorita, Jiménez —tuerce el labio y conociéndola como la conozco, sé que es malo—. Andrés no ha llegado —dice rápidamente. Sé que espera mi reacción, la cual sería gritar a los cuatro vientos y decir que acaso nuestro modelo se cree súper estrella, si no es David Gandy el modelo icono de la mejor campaña de perfumes que he visto en años en las maravillosas costas de Capri y, que Andrés debería ser más responsable porque les estamos pagando más de lo que merece. Pero a pesar de que había comenzado un mal día, ayudar al caballero en la silla de ruedas y conversar con Alejandro me ha dejado lo bastante permisiva para aguantar un pequeño retraso. Y apenas son las 9:15 de la mañana y la sesión de fotos oficialmente empieza a las 9:45, así que va a llegar corriendo, pero llegara.

—Avísame cuando llegué —esbozo una pequeña sonrisa. Le doy la espalda y escucho el gran suspiro de Isabel. Vuelvo a sonreír, porque ella ha sido mi mano derecha desde que me ascendieron al cargo de directora creativa hace dos años atrás. Sin duda Isabel me ha visto en los peores momentos de estrés, producto de las campañas más absurdas que han salido al mercado, pero que irónicamente son las que mayor éxito han tenido, lo que me deja pensar que la publicidad es increíblemente extraña.

Llego a mi oficina y comienzo a revisar la propuesta para *ROSES*, la nueva compañía de belleza que ha revolucionado la industria local. En esta campaña tenemos que mostrar su nueva línea de maquillajes para mujeres de edad avanzada, sin duda un gran desafío porque la mayoría de las campañas están enfocadas para las mujeres jóvenes.

Miro el techo mientras comienzo a golpear mi lápiz en la mesa.

No sé me ocurre nada y en teoría el lunes debería entregarles la propuesta, no sé cómo lo haré. A veces trabajo mejor a presión, sólo sé que en cualquier minuto se me va a prender la ampollita de la creatividad, porque ahora está en ahorro energías. Pienso por un minuto lo que se me acaba de ocurrir y me pongo a reír a carcajadas por mi análisis.

—¿De qué se ríe?

Paro automáticamente de reír, porque me ha tomado desprevenida la intromisión de Pedro Del Solar uno de los dueños de *RUNNING*. «¿Qué hace acá? Y la pregunta del millón es ¿Por qué Isabel no me aviso que estaba aquí? No entiendo nada en este minuto».

—Buenos días Señor del Solar, ¿cómo está?

—Muy bien, Señorita Jiménez —sonríe—. Pero no me ha respondido a mi pregunta, ¿por qué se reía? —avanza hacia la única silla disponible—. Se veía realmente hermosa —lo dice mientras se está sentando al frente mío.

Siento mis mejillas arder por el comentario que ha hecho de mi este señor. Sin duda no me lo esperaba, y quizás no me deba afectar tanto esto, pero me incomoda que traspase nuestro profesionalismo.

—Eeee... —titubeo por un instante—. Debo entregar una propuesta para el lunes, pero no sé me ocurre nada aún —hago una línea en los labios mientras me encojo de hombros.

Asiente lentamente, mientras se escucha la canción *Gorilla* de Bruno Mars en la oficina. Miro mi celular y me fijo que es mi mamá que otra vez se está queriendo comunicarme. Corto la llamada, porque no tengo ganas de hablar con ella, además está aquí el Señor del Solar y no deseo que él escuche mi conversación.

—Perdón —musito.

—No sé preocupe —se vuelve acomodar en la silla—. Seguramente no era tan importante, para no coger la llamada.

—Pues —no sé realmente de que se trata, pero creo que a él no le contaría nada de mi vida. En fin... —nos quedamos en silencio, porque sinceramente no sé qué decirle muy bien en este minuto.

—Me comentó que estaba teniendo problemas con una futura campaña —asiento lentamente—. Pero no me dijo el motivo de la risa —siento que me escruta con la mirada y me siento intimidada por este señor. Es un hombre de mediana edad, o sea que debe tener cuarenta o quizás un poco más, aunque tiene un aspecto más jovial de lo que se aprecia a primera vista. Es de ojos claros, cabello a ras entre canoso y castaño, con una barba cuidada de tres días y sin duda lo que más llama la atención es que no viste de trajes formales como uno cree que se debería vestir el dueño de una de las empresas más importantes del país. Si no que se viste con la misma ropa de RUNNING, lo que hace verlo más accesible a nosotros los simples mortales—. ¿Entonces? —me alienta para que le responda.

—Pues, me reía por una estupidez, porque mi subconsciente me decía que me encuentro en sequía creativa —él frunce el ceño por un segundo, pero rápidamente vuelve a poner un rostro sereno o de póker, porque no sabría diferenciarlo—. Pero en mi mente se escuchó absurdamente gracioso —me encojo de hombros, porque en este minuto me siento bastante tonta al frente de él—. Aunque supongo que a todas las personas que trabajan en este medio les debe pasar lo mismo.

—Pues estoy seguro de eso —asiento lentamente dejando a la vista una sonrisa de catálogo de implantes dentales de titanio, eso sí, que después del tratamiento. No puedo evitarlo pero me coloco a reír por mi absurdo comentario mental—. ¿De qué se ríe ahora? —pregunta intrigado.

—De nada —me sosiego apretándome el estómago—. Por favor no me haga caso —inhalo y exhalo un par de veces para realmente tranquilizarme y mostrarme como la mujer adulta que debo comportarme al frente de él—. Pero ¿Qué está haciendo acá? —pregunto ahora seria. No tenía agendada ninguna visita por parte de él en este día.

—¡Oh, Señorita Jiménez! —niega rápidamente—. ¿No quiere que esté en la agencia? —hace un gracioso mohín, lo que me arranca una imperceptible sonrisa. Es un poco raro verlo de esta manera.

—No, Señor del Solar. Es que tenía entendido que usted no iba a venir a la sesión de fotos —mientras corroboro la información en mi cuaderno de anotaciones—. Por eso me llama la atención —le digo con sinceridad, mientras cierro el cuaderno y lo vuelvo a mirar.

—No se preocupe —sonríe de lado—, no le mentiré. Pero hoy no iba a venir, pero luego recordé que ver esos hermosos ojos miel almendrados por un par de horas realmente valía la pena estar aquí —se me queda mirando con una extraña intensidad, mientras siento que mis mejillas están hirviendo por la vergüenza causada—. No la quise incomodar —dice torpemente.

—No —niego con la mano rápidamente— no sé moleste. Es que me ha tomado desprevenida

sus palabras.

—¡Ya veo! —asiente lentamente—. Señorita Jiménez, cuando será el día que acepte salir conmigo a cenar.

—¿Yo...? —se me cierra la garganta y no sé qué decirle en este momento. Otra vez me deja entre la espada y la pared. Golpean la puerta y agradezco a quien sea que esté afuera y que nos haya interrumpido en este embarazoso momento para mí.

—Señorita Jiménez, necesito hablar con usted —dice Isabel mi asistente.

—¡Claro! —asiento efusivamente—. Me disculpa, Pedro —y le trato de decir con los ojos que por favor salga de mi despacho, sin ser la mal educada de sacarlo de acá con palabras. Capta de inmediato mi indirecta ya que se levanta con una leve sonrisa en los labios y sale de la oficina. Cierra la puerta y expulso todo el aire que tenía reprimido y es como si me hubiesen quitado una gran mochila acuestas.

—Gracias Isabel —le digo con sinceridad—. Me has salvado de una situación muy incómoda.

—¿Por qué lo dice? —pregunta confundida y frunciendo el ceño.

—Porque otra vez me ha invitado a salir —digo desganada, desde que empezamos a trabajar con su empresa me ha invitado todas las veces que nos hemos quedado a solas, pero siempre trato de esquivar cualquier situación no laboral. Y lo peor de todo, es que no sé da cuenta que por más intentos que haga, yo siempre le diré que no. ¿Acaso no tendrá una mujer a la que quiera molestar? —me pregunto a mí, más que a mi asistente que me mira realmente extrañada.

—Pues quien sabe —se encoge de hombros—. Pero en realidad venía por otro motivo —y otra vez hace esa mueca en los labios.

—¿Qué cosa? —pregunto preocupada.

—Eeee... Andrés no ha llegado todavía —juega con sus manos rápidamente—. Y lo he llamado mil veces a su celular y me contesta su buzón de voz. Y lo peor de todo es que están los dueños de RUNNING en la agencia —y hace un gesto con sus manos para señalar que están en todos lados.

¡Kletva!!! ¡Esto no me puede estar pasando! Cierro los ojos por unos instantes para tratar de concentrarme en alguna solución sensata. Mi cabeza va a estallar en cualquier minuto.

—¿Cómo es posible que Andrés nos falle de esa manera? —pregunto mientras me froto la frente por una eternidad, aunque en realidad no ha sido más de un minuto. Sé que si los dueños de RUNNING no estuvieran acá, Alejandro dejaría que hiciéramos la sesión de fotos en la tarde,

porque no le afectaría en nada, pero eso no va a pasar el día de hoy, porque ambos están acá. Si solamente hubiese estado el Señor del Solar quizá me hubiese dejado hacerlo en la tarde, pero sé que el Señor Lira no lo va a permitir, es demasiado quisquilloso.

«Piensa Emilia, piensa. ¿Cómo poder solucionar este lío?»

—Sigue insistiendo Isabel —le digo, mientras bajo la vista a mi escritorio esperando que de ahí un ser sobrenatural me diera la solución. Ella sale de la oficina, levanto la vista y me quedo mirando por la ventana pensando que hacer realmente en este momento. Sabía que ese pequeño minuto de felicidad que había vivido en la mañana era solo eso, porque la mañana sigue igual de miserable para mí.

Inhalo y exhalo un par de veces para dar frente a todo lo que está ocurriendo. Avanzo hacia el set a pasos de tortuga, porque no me estoy sintiendo muy bien. Me fijo que Alejandro conversa entusiasmadamente con Pedro del Solar y Roberto Lira el otro dueño. Me imagino que están sacando ideas nuevas para la campaña.

—Buenos días, Señor Lira —interrumpo la conversación de los tres—. ¿Cómo está usted? —pregunto amablemente, mientras trato de no decirle Profesor X, porque Roberto es igual al actor original de la película “X – Men”, no a mi James McAvoy que sale en la nueva generación de hombres X y no sé muy bien por qué estoy pensando eso ahora mismo. Cuando me debería preocupar por lo que está ocurriendo en este momento.

—Bien, Señorita Jiménez —sonríe y sus ojos rasgados se pierden en una línea—. Estoy ansioso por la sesión fotográfica —y sus palabras parecieran que fueran dagas en mi estómago—. Es la primera vez que vengo a ver una sesión. Así que espero que todo salga perfecto —da un golpe en sus manos y ahora sí que me fui a la mierda, por qué se ve más que emocionado.

—Lo será —miento descaradamente—. Tenemos al mejor fotógrafo del país —quizá exagero un poco— y uno de los más destacados del medio internacional —eso es verdad—. Será un gran trabajo —sonríe con la mejor sonrisa de póker, ya que tengo que hacer tiempo para que aparezca Andrés. Por favor que llegue luego.

—Por favor, Emilia —tose, porque estoy segura que se quiere reír por mi súper mega actuación, él sabe que estoy mintiendo, porque jamás alabo su trabajo con nadie, jamás—. No digas esas cosas —responde en forma burlona y parece que Roberto y Pedro no se han dado cuenta de nuestro juego de palabras y sinceramente es lo mejor—. Simplemente hago lo que me gusta y creo que a los demás les agrada lo que hago —sonríe, y ahora lo está diciendo realmente.

—Por eso estoy emocionado —responde Roberto—. Estamos trabajando con uno de los mejores fotógrafos del mundo, que aparte de trabajar en las revistas de modas más famosas como Vanity Fair, Vogue, Bazar, Elle y un sinfín de otras ha trabajado para la Nat Geo. Sin duda Alejandro sabe mezclar los dos mundos y simplemente crear la perfección.

—Gracias. Señor Lira —responde Alejandro algo avergonzado. A pesar de que mi amigo es

así de importante en el medio, jamás le ha gustado jactarse de su trabajo, y quizá por eso es que nos llevamos tan bien, porque todavía tenemos los pies sobre tierra. Salvo cuando a él se le ocurre practicar *wingfly*.

—Por favor, Alejandro —dice rápidamente el Señor Lira—. Solamente soy Roberto para ti, no quiero más formalismo entre nosotros —abro la boca por una milésima de segundos sin saber muy bien que decir o hacer—. Además si esta sesión de fotos es lo que tengo en mente, pretendo que usted lleve todas nuestras campañas publicitarias.

—¿En serio? —pregunto asombrada. Eso sí que no me lo esperaba para nada.

—Así es, Emilia —se encoge de hombros, mientras coloca sus manos en los bolsillos de su caro pantalón de tela—. Le confieso que la campaña pasada no nos fue tan bien porque estúpidamente nos cambiamos de agencia —se encoge de hombros quizás arrepentido de decirnos algo tan privado—. Pero estoy seguro que con ustedes llegaremos lejos —dice emocionado.

—Es cierto Emilia —interrumpe el Señor del Solar—. La campaña pasada fue un fiasco. Me arrepentí de haberme ido a la competencia. Es por eso que volvemos con los mejores del país —siento mis mejillas arder, porque realmente no sé si somos los mejores del país como él dice. Tratamos de hacer las cosas lo mejor posible y hemos tenido suerte de que las campañas hayan tenido buena recepción con los clientes.

—Muchas gracias —respondo con sinceridad—. Me permiten, pero necesito arreglar unas cosas con Alejandro antes de comenzar con la sesión de fotos.

—Claro —responden a coro.

—Alejandro —le toco el hombro, para que se dé cuenta que nos tenemos que apartar de ahí. Sonreímos al mismo tiempo, mientras nos alejamos más y más de Pedro y Roberto. Cuando estamos a una distancia que es imposible que nos escuchen por fin le diré lo que está pasando, él siempre tiene una capacidad de solucionar problemas.

» Andrés no ha llegado y no sé qué vamos hacer —le suelto sin anestesia.

—Pero llámalo —responde mientras se cruza de brazos.

—Isabel lo lleva llamando hace rato, pero tiene el celular apagado. No sé qué haremos —me refriego la frente por un instante—. Porque para nuestra mala suerte, tenemos a los dos dueños de RUNNING en este lugar. ¿Acaso esto no puede ir peor? —se me hace un nudo en la garganta y me cubro el rostro con ambas manos porque tengo ganas de llorar por la impotencia.

—No te preocupes Emi —coloca ambas manos en sus hombros y comienza a masajearlos lentamente—. Yo los distraeré y mientras tanto sigue intentando con Andrés y sino ocupa a tu otra opción, él no es imprescindible como para que nos quedemos estancando porque no ha llegado a la hora acordada.

—Es que...

—No me digas que no tienes modelo de reemplazo —dice realmente extrañado.

—Se me olvido —y hago un puchero—. Es la primera vez que me pasa algo así —y quiero llorar por mi estupidez—. Buscaré entre todos mis contactos, a ver si encuentro a alguien que pueda venir a sacarse las fotos a último minuto—. Por favor, entreténelos en una hora —coloco mis manos en forma de rezo.

—Obvio que sí —sonríe—. Puedo estar hasta una hora hablándole de mis aventuras por la Selva amazónica, la sabana subsahariana o la Alaska indomable. Porque me di cuenta que a Roberto le gusta esa parte del fotógrafo de la Nat Geo, así que consíguenos un modelo —guiñe.

—Gracias, gracias, gracias —le beso ambas mejillas. Salgo del set hacia mi oficina, pero me encuentro con Isabel que sigue tratando de comunicarse con Andrés—. Alguna novedad —pregunto mientras ambas caminamos en dirección a mi oficina.

—No, Señorita Jiménez, por el momento aún su teléfono esta con buzón de voz.

—¡Vaya! —suspiro cansadamente—. Sigue tratando de comunicarte con él, que yo buscaré en los portafolios que chico nos queda mejor para la campaña —ella asiente rápidamente, mientras yo entro a mi oficina.

Sacó los tres portafolios del librero con los modelos masculinos que alguna vez han trabajado en la agencia. Reviso las fotos rápidamente para ver si alguno de ellos entra en el perfil, la mayoría de ellos son de cabellos y ojos claros y algo delgados. Pero no me sirven en el perfil de esta campaña. Es por eso que necesito a Andrés, es el modelo perfecto, porque le da un aire a James Franco, su cabello castaño, ojos marrones y contextura normal casi atlética encarna lo que es RUNNING.

Tiro los portafolios en la mesa, mientras me apoyo pesadamente en la silla. Siento que me está costando respirar, trato de inhalar y exhalar para que se me pase está extraña sensación que está afectando mi cuerpo.

Por cada segundo que pasa, el malestar está aumentando y aumentando en vez de ir disminuyendo. Los latidos de mi corazón están palpitando más rápido, mientras comienzo a sudar frío. «¿Qué me está pasando?» Apenas si soy consciente de lo que estoy haciendo, pero salgo de la agencia.

Trato de respirar lo mejor posible, pero siento que el cuerpo se me dobla en dos. Es tanto el dolor que estoy sintiendo que terminé arrodillada en la vereda con las manos apoyada en el suelo y llorando como hace años no lo hacía.

Capítulo 3

No sé si han pasado segundos, minutos u horas desde que estoy arrodillada en el suelo con un dolor que jamás había sentido. Estoy segura que moriré aquí, afuera de mi trabajo.

—¿Por qué me está pasando esto? —susurro entre llantos desesperados—. ¿Por qué me está pasando esto? ¿Por qué me está pasando esto? —pregunto una y otra vez mientras el dolor aumenta y aumenta. Y ahora lloro por dolor y una impotencia que no vivía hace años.

—Señorita, ¿está bien? —acaso esté hombre es un imbécil, acaso no sé da cuenta que estoy doblada en el suelo y llorando. ¿Por qué mierda me está preguntando si estoy bien?

—No —musito—. No estoy bien —además ni siquiera tengo fuerzas para decir alguna palabrota y decirle que no sea un idiota por hacerme esa pregunta tan obvia.

—Señorita —me fijo que se está hincando al lado mío y con suma delicadeza está acariciando mi espalda—. La llevaré a un hospital —me coge en brazos y apenas me puedo sujetar de su camisa, si no es porque él me tiene bien afirmada a su cuerpo, no tendría la fuerza necesaria para afirmarme, me escondo en el hueco de su cuello empapando su camisa con mis lágrimas. No estoy muy segura por qué un desconocido haría algo así por una mujer en la calle. Siento que nos levantamos del suelo y comienza a caminar.

—No es necesario —miento, mientras me aferro apenas en su cuerpo. Sé que moriré antes de que él me lleve al médico

Se abre la puerta de un auto e infiero que es su auto, aunque no estoy muy segura de eso.

—Si es necesario, si la dejo aquí a su suerte jamás me lo perdonaré —me afirma más a su cuerpo. No estoy muy segura como lo hace, pero logra que nos sentemos los dos al mismo tiempo dentro de asiento trasero de un auto.

» Por favor. Me puede llevar al centro de salud más cercano —dice mi salvador. Y ahora soy consciente de que tiene un marcado acento extranjero.

—¿Su mujer está enferma? —pregunta el chófer.

—Sí, está muy grave —se le quiebra la voz—. Por favor se puede apurar —él desconocido me afirma más a su cuerpo. Me sigue acariciando la espalda con cuidado y a pesar de que me siento bastante mal. Me siento reconfortada con el tacto de sus manos—. Ya vamos a llegar amor y todo va a salir bien.

¿Amor?

Acaba de decir amor o habré escuchado mal. Pero, ¿qué mierda le pasa a esté hombre? ¿Está loco? Si ni siquiera me conoce. Quiero decirle que no sea un descarado, pero no tengo fuerzas

para hablarle.

Seguimos en silencio, mientras siento que el dolor aumenta a pesar de que el desconocido me está acariciando la espalda para que me sienta mejor.

»Tranquila amor. Ya llegaremos y los médicos te atenderán como es debido —posa sus labios sobre mi sien y siento una espesa barba que roza mi piel—. Tranquila amor —ahora me apegas más a su cuerpo. Me gustaría decirle que no se aproveche de mi frágil y vulnerable momento, pero no tengo fuerza para decir algo.

—Señor, ya llegamos —se produce un extraño silencio—. Espere que su mujer mejore.

—Gracias —mete la mano en el bolsillo de su camisa y al parecer ha sacado unos billetes para cancelarle al chófer—. Quédese con el cambio.

—Amor —corre el cabello de mi cara, pero aún no soy capaz de levantar la vista para ver al desconocido—. Ahora bajaremos y nos entenderán.

El chófer ayuda a abrir la puerta y con una facilidad, el desconocido con barba tupida y al parecer extranjero me ha bajado del auto.

Él corre a través de un pasillo, apenas me puedo aferrar de él, porque ya no estoy presente...

Capítulo 4

Abro los ojos y veo una gran luz blanca que me hace cerrarlos rápidamente. No estoy muy segura que ha pasado, pero escucho un bip, bip, bip constante. Vuelvo abrir los ojos y estoy en una habitación aséptica, quizá de un hospital. No estoy muy segura de eso.

Trato de enfocar mi vista y estoy recostada en una cama de hospital, mi cuerpo está cubierto con una sábana blanca y me siento confundida. «¿Cómo llegué acá?»

—¿Señora Kunis se siente bien? —pregunta una enfermera que mira una máquina que muestra mis signos vitales.

—Perdón, me habla a mí —estoy enredada, por qué motivo me ha dicho señora Kunis. ¿Quién es la Señora Kunis? Miro al lado de mi cama por si hubiese una mujer en la cama de al lado, pero estoy sola en esta habitación.

—Sí, Señora Kunis —asiente, mientras me queda mirando con cierta compasión—. Su esposo, don Alex Kunis la ingreso urgentemente hace un par de horas. Estaba tan preocupado por su estado de salud —su rostro cambia por un segundo, porque seguramente está rememorando ese momento o quizás no—. Si lo hubiese visto, se le rompe el corazón. Nunca había visto a un hombre tan preocupado por su esposa —se encoge de hombros, mientras revisa unos papeles.

Ok, no sé de qué mierda me está hablando la enfermera, quién diablos es Alex Kunis, por qué estoy acá en un hospital. Recuerdo que estaba en la agencia... y... ¿qué pasó para que haya terminado en esta cama?

—Señorita —le habló a la enfermera—. ¿Qué me ha pasado? —pregunto preocupada, porque no entiendo nada—. Esto es... —y señalo con mi índice la habitación—. Es que no recuerdo nada.

—Es normal estar un poco confundida —asiente lentamente mientras aparta la vista de los papeles hacia mí—. Lo que le ha pasado, es que sufrió una crisis de pánico y su esposo al no saber realmente lo que le estaba pasando la trajo a la clínica.

—¿Crisis de pánico? —pregunto confundida—. Creo que es la primera vez que me pasa algo así —coloco mi mano en la frente, tratando de comprender todo lo que ocurrió para que me pasase algo así. A mi mente vienen recuerdos como una verdadera avalancha, teníamos una sesión de fotos con RUNNING y sus dueños estaban más que emocionados porque Alejandro sacaría las fotografías, pero Andrés no llegaba y creo que todo ese estrés me pasó la cuenta, porque me empecé a sentir bastante mal de un minuto a otro.

—Esperemos que esto sea solo un hecho aislado —se queda en silencio, y sinceramente no sé muy bien de qué consiste esto. Esto es nuevo para mí—. Señora Kunis, su esposo está en la sala de espera. Le iré avisar que ya despertó.

La mujer sale de la habitación.

Mi cabeza está dando vueltas y vueltas y ahora me está comenzando a doler. Cierro los ojos para poder aclarar las ideas, no entiendo nada de lo que está pasando. Estoy tan confundida. ¿Por qué alguien se tomaría tantas molestias con una desconocida? ¿Por qué el Señor Kunis hizo esto?

Me trato de acomodar en la cama y siento que pierdo el equilibrio. No estoy muy segura que es lo que ha pasado, me fijo en la silueta mi cuerpo en la cama y recién me doy cuenta que mi pierna ortopédica no se encuentra.

—¿Mi pierna? —pregunto en un susurro, mientras miro por la habitación tratándome de encontrarla—. ¿Dónde está? —pregunto nuevamente y automáticamente caen lágrimas de mis ojos—. ¿Por qué no la tengo conmigo? Acaso la tendrá el Señor Kunis en su poder. Acaso él sabe que yo... —se me aprieta el estómago y no puedo detener esas lágrimas sin control. Me cubro el rostro con ambas manos y las estúpidas lágrimas no cesan.

—Señora Kunis —es la voz de la misma enfermera—. ¿Por qué llora? —pregunta—. Otra vez se está sintiendo mal.

—No —musito—. No, es eso. ¿Dónde está mi pierna? —pregunto mientras me secó las lágrimas.

—Eee... —se produce un insoportable silencio y no estoy muy segura que irá a responder la enfermera—. La pierna ortopédica se encuentra guardada el closet. Será mejor que beba un poco de agua para que se tranquilice —me entrega un vaso con una pastilla. Miro extrañada la pastilla blanca y a ella por una milésima de segundo, que con la mirada me insta que la consuma. Así que prefiero eso a una maldita inyección. Me tomo la pastilla con agua, recién me doy cuenta que tenía sed y me bebo todo el contenido del vaso—. Y no sé preocupe por su pierna ortopédica.

—Gracias —susurro, pero no me gusta sentirme tan expuesta con una desconocida. Es más, desde que tengo memoria que no me gusta hablar de mi maldita pierna o la falta de ella. Y lo peor de esto, es que el Señor Kunis me verá y no quiero que me vea así. Por favor que exista un milagro y que no abra la puerta. Pero como los milagros no existen, la puerta se está abriendo lentamente, bajo la vista hacia mis manos, porque no estoy preparada para ver al Señor Kunis.

—Amor, ¿cómo te sientes? —pregunta la voz de un hombre con marcado acento inglés.

—¿Amor? —musito confundida.

—Amor. Me preocupé tanto —me da la sensación que está diciendo la verdad—. Hice lo imposible para que te hicieran pasar y te viera un médico —suspira—. Amor, ¿cómo es posible que hayas dejado tu cédula de identidad en casa? Casi, casi que no nos dejan entrar —dice un poco molesto y siento que me hago pequeña con su enojo.

—Lo siento —levanto la vista y me encuentro con un hombre mayor que yo, tal vez rodeando los cuarenta, no sabría decirlo con certeza. Tiene una frondosa barba castaña que le cubre la mitad

del rostro, su nariz es recta, sus ojos son celestes y su ceja izquierda tiene una profunda cicatriz, su cabello castaño claro esta desordenado, seguramente se ha pasado muchas veces sus manos en la cabeza para que se le vea así—... No fue mi intención causar... —titubeo, porque la enfermera está muy atenta a nuestra conversación—... No fue mi intención causarte tantos problemas —me aclaro la garganta, porque no estoy muy segura que decirle en este momento. Apenas y proceso que un desconocido se tomara tantas molestias conmigo, además de que se haya pasado por mi esposo para que pudiera ser atendida, es todo tan absurdo, que apenas comprendo todo esto.

—No te preocupes, amor —coge mis manos y se las lleva a sus labios—. Por volver a ver esos ojos color miel —y su mirada conecta con la mía e inconscientemente trago saliva—... te hubiese llevado a cualquier lugar para que te atendieran lo más rápido posible —besa mis nudillos y su barba provoca un extraño cosquilleo.

—Gracias —y siento mis mejillas arder con gran facilidad. Jamás pasó por mi mente que el Señor Kunis fuera tan amable, encantador y con un alto grado de teatralidad en su forma de actuar, tal vez sea actor y por eso es que le sale tan bien todo esto.

—Señorita —Kunis mira hacia la enfermera, aunque ella no ha apartado la vista de nosotros por todo este rato—. Me permite un momento a solas con mi mujer —trago saliva con dificultad, porque no deseo que él se quede aquí conmigo.

—Sí —sonríe y lo observa por más tiempo del necesario—. Nos vemos, Señores Kunis.

—Gracias —respondemos al unísono mientras él sonríe y yo trato de sonreír. Vemos salir a la enfermera y nos quedamos en silencio. Es un momento tan incómodo que ni siquiera estoy segura de que hablarle. Me siento tan avergonzada y apenada por encontrarnos en esta situación tan absurda que ni siquiera sé que decir realmente.

—Hola —me mira a los ojos—. Un placer conocer a la hermosa Señora Kunis —sonríe y vuelve a coger ambas manos.

—Hola —susurro, mientras siento arder mi rostro con gran facilidad—. Gracias, Señor Kunis por hacer esto por mí. No se debió haber molestado de esa manera —le digo totalmente convencida de mis palabras, porque es raro encontrarse con personas que hagan esto de manera tan desinteresada, al menos que él...

—Señora Kunis —me aparta de mis pensamientos—, cómo dice que no me debí haber molestado con lo que le pasó. Si prácticamente la vi tirada en el suelo, quejándose de un dolor indescriptible e hice lo que cualquier persona en su sano juicio haría. Llevarla a un hospital.

—Yo no sé qué decirle —me siento tan tonta en este minuto, estas cosas no pasan en la vida. O sea no sé si existen personas tan buenas que hacen esto por un desconocido.

—No se preocupe Señora Kunis —aparta sus manos de las mías y se aleja de la cama en busca de la silla que está al lado de la puerta, cuando se da vuelta con ella en sus manos, me fijo que su mirada repasa la silueta de mi cuerpo a través de la sábana y estoy casi cien por ciento que

se ha dado cuenta de mi carencia de extremidad inferior o sea que me falta parte de mi pierna. Eso era lo que no quería que viera, estoy segura que me va a tratar con cierta lástima—. Así que, Señora Kunis —acomoda la silla y se sienta en ella, quedando al frente de mí—, es obvio que usted no es la Señora Kunis, porque la Señora Kunis se encuentra en Inglaterra —abro la boca para decirle algo, pero él silencia mis labios con su índice—, y es mi madre —sonríe guiñándome un ojo.

Quiero decirle algo, pero otra vez me lo impide.

»¿Cuál es tú verdadero nombre? —pregunta intrigado.

—Me llamo Emilia Jiménez —sonríe avergonzada—. Un gusto conocerlo Señor Kunis.

—Emilia —asiente lentamente, como tratando de aprenderse mi nombre—. Tienes un hermoso nombre —vuelve a tomar mis manos y comienza acariciar mis nudillos, otra vez siento un extraño hormigueo con su contacto—. Pero no me digas Señor Kunis por favor —niega rápidamente—. Dime Alex, que tampoco soy tan viejo —me queda mirando a los ojos y me aflora una sonrisa por su comentario tan directo, porque si bien es mayor que yo, no lo encuentro como esos viejos asquerosos que tratan de cortejar a las veinteañeras.

—No sé qué edad tiene usted —porque quizás sea más joven de lo que aparenta. Además las barbas frondosas siempre aumentan la edad en los hombres, así que quizá sea más joven de lo que pensaba en un comienzo—, pero tampoco creo que sea necesario compararlo con mi edad —me cruzo de brazos y me hago la ofendida.

—Perdona —titubea—. No te quise incomodar —responde avergonzado.

Lo quedo mirando por unos segundos, porque me siento un poco confundida con lo que está pasando ahora mismo. Sé que es un desconocido y la única que realmente debería estar avergonzada por todo esto sería yo.

—Era una broma —le sacó la lengua como acto reflejo—. ¿Acaso no se dio cuenta de eso? —frunce el ceño mientras me mira por unos segundos que se me hacen eternos, seguramente está tratando de procesar lo que acaba de pasar en estos minutos. Pero rápidamente sonrío dejando a la vista la sonrisa torcida más linda que he visto en mi vida.

—Muy graciosa, Emilia —sonríe negando con la cabeza—. Puedo saber qué edad tienes.

—Tengo 28 años.

—Pensé que eras menor —asiente pensativo—. Yo tengo 37 años —vuelve a tomar mis manos, mientras se queda en silencio por unos segundos, la verdad es que me gustaría preguntarle por qué quería saber mi edad, de que le sirve esa información—. Así que, Emilia ¿Eres Señorita o eres la Señora de alguien?

—Señorita —sonríe—. Y si fuera la Señora de alguien, sería de los pajaritos porque ellos son libres —le guiño un ojo coquetamente. Y ahora que lo pienso bien, ¿por qué le dije eso? Y si es un maldito psicópata y violador y después aparece mi cuerpo descuartizado en algún terreno

baldío a las afueras de la ciudad, es probable que no deba ver más la Ley y el Orden “Unidad de víctimas especiales”. «Debes estar más atenta Emilia» Me recrimina mi conciencia.

—Libre como un pajarito —asiente lentamente—, me gusta eso. Yo también soy libre —sonríe y ahora me fijo con mayor detención de sus labios, ¡oh! esos labios están hechos para el pecado, son increíblemente sexys. ¡Maldición! No estoy muy segura que me pasa con este hombre, pero otra vez siento mis mejillas arder—. ¿Te sientes bien? —frunce el ceño preocupado—. Estás muy sonrojada. ¿Te subió la temperatura? —me toca la frente con su mano y siento que estoy hirviendo—. Estás un poco caliente —dice preocupado—. Quizás lo mejor será que la enferma o el médico te vuelvan revisar.

—No es necesario —respondo rápidamente.

—¿Segura? —pregunta.

—Sí, segura —él aparta la mano de mi frente, mientras siento que trata de traspasar su mirada celeste penetrante en mí.

—Ok Emilia. Entonces no vendrá ningún novio celoso a molerme a golpes por hacerme pasar por tu esposo.

—No —sonríe, porque creo que él sería el que molería a golpes a alguien, porque tiene un cuerpo trabajado y musculoso, quizá no tan grande como Jason Mamoá pero se ve a leguas que sabe defenderse—. No hay novio —él asiente y se le dibuja una pretenciosa sonrisa en los labios, ahora recién me doy cuenta que me está sacando más información de la que debería contarle a un desconocido.

—Pero, Alejandro... —digo el nombre de mi amigo, para que no crea que estoy tan sola en el mundo—... se puede molestar conmigo. Porque no le he avisado todavía lo que me ha pasado. A propósito, ¿me puedes decir la hora? —pregunto.

—¿Alejandro? —pregunta extrañado, quizás un poco molesto. Porque ha fruncido el ceño automáticamente.

—Alejandro es mi mejor amigo —respondo rápidamente—. Y es el fotógrafo con el que trabajo —le digo. Y sigo sin saber por qué motivo le cuento eso tan personal.

—Ahhh... —asiente pensativo—. Ya veo. Así que eres fotógrafa —sonríe.

—No —niego con la cabeza—. No lo soy —aunque me gustaría serlo algún día—. En realidad soy directora creativa de una agencia de publicidad —sonríe—. No sé si te diste cuenta, pero el lugar donde me encontraste, era afuera de mi trabajo. Respecto a eso —inhala aire, para darme el valor necesario—. Te debo la vida, pensé que me iba a morir en la calle. Muchas gracias por lo que hiciste por mí —se lo digo con sinceridad.

—No me tienes que dar las gracias por eso —vuelve a tomar mis manos—. Me asustaste mucho —exhala cansadamente—. Te sentí tan débil y frágil en mis brazos, que sentía que te ibas a

ir de este mundo y sin siquiera poder ver tus ojos por un minuto.

¡Guau! Ni siquiera sé que decirle por esta extraña confesión.

—Lo siento mucho —digo en un susurro—. No te quise asustar de esa manera.

—No te preocupes, no tienes que disculparte —se encoge de hombros—. Sabes, Emilia, hoy tuve una corazonada y estoy convencido que se está cumpliendo —su mirada celeste se intensifica de una manera que no sabría descifrarla o quizás solamente sea el efecto de la luz de la habitación.

—¿Qué cosa? —pregunto extrañada.

—Que hoy me iba a cambiar la vida y estoy convencido que tú serás parte de ese gran cambio.

—¡Yo! —exclamo por la impresión de sus palabras—. ¿Cómo te la voy a cambiar? Si apenas y nos conocemos y seguramente tú seguirás con tu camino. Yo solamente soy un *in pass* en tu vida —respondo un poco alterada.

—Te equivocas, Emilia —se levanta de la silla y una de sus manos se va a mi rostro, su pulgar está acariciando mi rostro suavemente—. Tú eres especial, estoy más que convencido de eso —no sé si es por sus palabras o por su tacto, pero siento que estoy en una olla a presión y que pronto me va a dar algo.

—No tengo nada especial —aparto su mano rápidamente de mi rostro—. Solamente soy una mujer que sufrió una crisis de pánico y que amablemente la socorriste cuando la viste en la calle —ya que esa es la cruda verdad.

—Mmm... ya lo veremos —se lame el labio inferior—. Le iré a preguntar a la enfermera hasta que hora vas a estar en observación —se vuelve acercar y me besa la frente, otra vez su barba espesa me roza la frente, lo cual provoca una sonrisa en mis labios—. Espérame, no te vayas —claro, cómo me voy a ir de aquí, si me falta la mitad de mi pierna. Sale de la habitación y me toca la frente porque aun siento el hormigueo causado por el roce de su barba. ¿Acaso esto realmente estará pasando o estoy soñando? porque últimamente mis sueños han sido muy vividos y reales. Lo mejor será comprobar con la mejor técnica que ocupo para corroborar que es verdad y qué no, me pellizco el brazo.

—¡Auch! —duele. Entonces lo que está pasando ahora es real, no es un sueño.

Me acomodo en la cama con un poco de dificultad y miro por toda la habitación, tratando de buscar un teléfono, necesito que Alejandro me venga a buscar y me confirme que un hombre llamado Alex Kunis se hizo pasar por mi esposo para que me atendieran en un hospital.

No sé cuánto rato ha pasado, pero Alex entra a la habitación con una gran sonrisa dejando a la vista esos dientes que tanto me han gustado.

—Señora Kunis, ya nos podemos ir —sonrío, porque ya no es necesario que me diga así—.

Hable con el médico y me dijo que tenías que descansar todo el día. Así que usted no vuelve al trabajo —se cruza de brazos y se ve un poco intimidante con esa postura, porque se le marcan todos esos músculos que deben estar escondidos debajo de esa camisa cuadrille manga larga.

—Pero... —titubeo—. Me deben estar buscando como locos en la agencia. No los puedo dejar así tirados como si nada. Además hoy tenemos que comenzar y terminar la sesión de fotos de RUNNING —me refriego la frente por unos instantes—. ¡Oh por Dios! —me llevo ambas manos a mi boca—. Los dueños estaban en la agencia esta mañana, nos van a dejar y se van a ir a la competencia por mi culpa —comienzo a llorar por tercera o cuarta vez en el día. Sin duda un record, luego de años—. Y mis jefes me van a despedir por mi irresponsabilidad.

—Amor —siento los brazos de Alex que me cubre toda la espalda y mis propios brazos—. No hay nada más importante en este minuto que no sea tú salud, las personas en la agencia o tu trabajo en ella pueden esperar, pero tu salud no te va a esperar si te sobreexiges demasiado.

—¿Por qué eres tan bueno? —pregunto entre hipidos—. No sé por qué me tratas tan bien.

—Simplemente porque me nace hacerlo. No creo que sea ningún pecado ser bueno con alguien —dice un poco cabreado conmigo. Y no es para menos, estoy dudando de su buena voluntad.

—No, no lo es. Al contrario, he tenido la suerte de que aparecieras en mi vida en ese momento —digo entre sollozos, y realmente le estoy agradecida por lo que hizo por mí.

—Y tú en la mía —se aparta de mí y comienza a secarme las mejillas con sus pulgares—. Lo siento, Emilia por hacer esto.

—¿Hacer... —no alcanzo a terminar la oración y Alex me zampa un beso con desesperación, apenas y soy consciente de que se lo estoy respondiendo con la misma intensidad de él—. Esto no está bien —me trato de apartar de su cuerpo.

—Lo sé —lo dice pegado a mis labios, pero me vuelve a besar con esos labios del pecado.

—Alex —coloco mis manos en sus hombros para tratarlo de apartarlo de mí.

—Discúlpame —apoya la su frente en la mía con los ojos cerrados—. No quise hacerlo —se produce un silencio, mientras trato de recuperarme de la impresión causada por este repentino acercamiento suyo—. Eso es una mierda que ni yo me creo, te he querido besar desde que te traía en brazos en el auto.

—Alex —susurro, mientras cierro los ojos y sus dedos pulgares están acariciando mis mejillas.

—Prometo que no lo haré de nuevo —dice frustrado apartándose de mí y vuelve aparecer el hombre sensato que me imagino que debe ser—. La enfermera te va a venir a ayudar —se va de la habitación, sin mirar atrás. Yo me quedo aquí sin saber muy bien que fue lo que ocurrió, ese extraño arrebató por parte de él fue, por algún raro motivo que no logro descifrar a la primera.

Toco mis labios y aun los siento hinchados por el contacto urgente de Alex. Sin duda un beso

real y apasionado por parte de un desconocido que jamás volveré a ver. Suspiro cansadamente.

—Señora Kunis —la enfermera está entrando a la habitación—. Su esposo está terminando el papeleo para que le den el alta y se pueda ir de aquí.

—Gracias —digo en un susurro. Pensé que él se iba a ir, pues ya ha cumplido con la buena acción del día.

—La ayudaré a vestirla —dice la enfermera que aparta mis pensamientos de Alex. Camina en dirección al closet que me había señalado hace rato, de este saca mi ropa prolijamente doblada, mis zapatillas de lona y mi pierna ortopédica.

Coloca las cosas en la cama. Mientras yo me vuelvo a acomodar en ella.

—¿Desea que la ayude? —pregunta.

—No, no es necesario —sonrío—. Me podría dejar sola —digo rápidamente—, pero le puedo pedir un favor —ella asiente lentamente—. Le puede decir a mi esposo... —sale de mis labios un impertinente sonrisa—... que en unos diez o quince minutos estaré lista.

—Claro —sonríe—. Le avisaré al Señor Kunis.

Sale de habitación y otra vez vuelvo a estar sola. Me siento tan extraña en esta habitación aséptica. No estaba en una así desde hace años y sin duda este no es mi lugar favorito del mundo, ese aroma de hospital que es una mezcla entre limpiadores y algo extraño, me recuerda todo el tiempo que estuve internada. Y eso no es bueno en este minuto. Niego con la cabeza y será mejor que me vista para no pensar en ningún mal recuerdo.

Me quito la camisa de hospital y solamente me encuentro con mis pantaletas de abuelita, aunque en realidad no son las que usan las abuelitas, pero tienen un nombre en francés que ni siquiera sé cómo se pronuncian, así que digo que son de abuelitas. Me coloco el brasier a juego y la camiseta negra de pabilo, ahora que estoy vestida de mitad hacia arriba, viene mi cruda realidad. Levanto mi pierna izquierda y se balancea lentamente mientras que la derecha llega a la rodilla.

—Mi pierna —suspiro tristemente.

Me coloco la venda color negra que protege el muñón. A pesar de tener varias cirugías en esa parte del cuerpo, la cicatriz cubre una gran porción de la parte interna del muslo. Cierro los ojos cada vez que la veo y mi cuerpo se estremece al tacto de mis dedos, no me gusta sentir eso. Vuelvo abrir los ojos y siento mi respiración detenerse por varios segundos.

Niego rápidamente para apartar cualquier sentimiento negativo. Me coloco la pierna ortopédica ajustándola al muslo. Ahora que tengo ambas, piso el suelo para que queden alineadas y perfectas. Lentamente me coloco los calcetines y los jeans que me llegan a la cintura. Me coloco las zapatillas de lona de caña alta y me vuelvo a sentir cómoda conmigo misma. Es increíble el efecto que me provocan unos pantalones largos.

Avanzo hacia el baño. Y reviso mi reflejo a través del espejo, a pesar de que tengo mis mejillas sonrojadas por naturaleza, me veo demacrada y mi cabello castaño se encuentra todo alborotado. Reviso los bolsillos de mis pantalones y me encuentro con un elástico para el cabello, me arremolino el pelo y me hago un moño de bailarina. Ahora me veo mucho mejor que hace un minuto atrás. Me lavo la cara y mi máscara a prueba de agua supera la prueba. Sonrío, porque pensé que era mentira lo que decían de ella. Me encojo de hombros al ver mi reflejo, no puedo hacer mucho, porque no tengo nada conmigo, ni siquiera mi brillo labial me acompaña. No hay más que esto, la simple y sosa Emilia.

Salgo de la habitación y comienzo a seguir las indicaciones de salida. Es oficial que el lugar no es un hospital, estoy segura que debe ser una clínica, aunque no estoy muy segura cuál de todas será. Y es obvio que el Señor Kunis ha gastado dinero conmigo el día de hoy. ¿A caso esto no puede empeorar más con el pasar de los minutos? Apenas llegué a la agencia le pagaré todo lo que ha gastado en mí, comienzo a repetir como un mantra mi plan de acción mientras llego a la recepción.

Me pongo a mirar a las personas, y al parecer el Señor Kunis ya se ha ido, porque no lo veo sentado en las sillas de espera. Comienzo a caminar y me fijo que un hombre se encuentra de espaldas conversando con la recepcionista, la mujer mueve las pestañas a una velocidad que pensaba que solamente lo hacían las alas de los colibrís. Sonrío mentalmente por mi afortunado o desafortunado comentario. El hombre en sí, está cruzado de brazos y la tela de su camisa estirada por los músculos de su espalda, se encuentra con unos jeans oscuros y unas botas masculinas, casi militares sino me equivoco. A pesar de que no es inmensamente alto, su presencia llena el lugar, creo que es la primera vez que veo algo así en mi vida.

Avanzo al lado del hombre para poder salir de acá.

—Espero que no se vaya sin mí. Señora Kunis —sonrío al reconocer la voz de mi salvador.

—Por supuesto que no —me volteo y siento la mirada sin disimulo del Señor Kunis sobre mí o más bien sobre mi cuerpo, y a una nueva velocidad que desconocía, siento mis mejillas arder—. Pensé que me ibas a esperar afuera —miento, porque aún acá adentro sigo siendo la Señora Kunis y tengo entendido que es ilegal hacerse pasar por otra persona.

—Estás loca esposa mía —extiende su mano para que yo se la reciba, entrelaza nuestros dedos y me atrae a su cuerpo, siento el calor de su cuerpo traspasar la camisa y calentar el mío. Levanta mi rostro con su mano desocupada y su penetrante mirada azul me intimida de una extraña manera—. Cómo sería capaz de dejarte sola acá o esperarte en los estacionamientos. No es propio de los caballeros ingleses —me besa la frente y sonrío por su franqueza, pero no estoy muy segura de eso, si es que lo dirá en serio o todavía estamos actuando—. Te extrañaba —aparta su cuerpo y besa suavemente mis labios.

—Señor Kunis —la voz de una mujer nos aparta de esta pequeña y absurda burbuja que

hemos creado por un momento—. Aquí se encuentra su documentación.

—Gracias Lucia —me pregunto porque sabe el nombre de ella, me fijo bien en ella pero tiene una credencial que le cubre su cabello rubio y seguramente ahí salía su nombre—. Fue un placer conocerla —sonríe y sus líneas de expresión se marcan más de la cuenta.

—Propio —sonríe la recepcionista.

Entrelaza nuestras manos y comenzamos a caminar hacia la salida. Por cada segundo que pasa, todo se vuelve más y más confuso. Sé que me ha tomado la mano para seguir nuestra mentira, pero creo que esto se lo está tomando demasiado literal.

—Amor nos vamos a mi hotel —dice de repente.

—¿Perdón? —pregunto extrañada. Nos detenemos a pasos de la salida. ¿Qué es lo que me acaba de decir? Lo quedo mirando a los ojos a la espera que me diga que esto es una maldita broma, pero creo que está espera ha sido peor, porque sus ojos claros están tratando de entrar a mi alma.

—Amor —acaricia mi mejilla con su pulgar—. Te decía que si nos vamos a mi hotel o quizás quieres ir a tu casa a descansar.

—Creo que... —me aclaro la garganta—. Ya no es necesario seguir con el teatro. Prácticamente estamos saliendo de la clínica —respondo en un susurro bajando la mirada y observando sus botas militares.

—Emilia —levanta mi rostro con cuidado—. No quieres que te diga amor.

—No —niego con la cabeza—. Lo encuentro raro. Además no somos nada, apenas y nos conocemos. O yo soy la que estoy equivocada —porque en una de esas, la que esté equivocada sea yo y esto sea lo más normal del mundo.

—Digamos que la forma en la que nos conocimos, no fue la más habitual. Pero me ha gustado más de lo que tú crees —trago saliva con dificultad porque esto lo encuentro tan irreal que me cuesta creerlo—. Y estoy seguro que terminarás siendo mi amor.

—Eso no va a pasar —niego rápidamente—. No te puedes enamorar de mí.

Frunce el ceño, ya que al parecer no esperaba esa respuesta de mi parte, pero él no sé puede enamorar de mí.

—Ya es tarde para que me digas eso. Porque creo que te amo.

—¿Qué cosa? —grito y siento las miradas de todas las personas que caminan a nuestro alrededor.

—Ya me oíste. Creo que te amo y no me apartaré de ti por nada del mundo —me agarra de los brazos y me abraza fuertemente. No soy capaz de moverme, quiero decirle que está loco, que el amor a primera vista no existe y que yo jamás le correspondería.

—Estás loco —lo aparto rápidamente—. El amor a primera vez no existe.

—No estoy de acuerdo contigo. Te aseguro que tú debes sentir lo mismo —me aprieta mi pequeña cintura con sus grandes manos—. Te voy a conquistar cueste lo que cueste.

Se encorva un poco, ya que al lado de él soy bastante pequeña, se acerca a mí cara y automáticamente cierro los ojos a la espera que me bese en los labios. Espero y espero una eternidad que no han sido más de unos segundos, siento que sus labios se posan en mi frente, sonrío al sentir su barba en mi piel, pero realmente sonrío porque tontamente deseaba que me volviera a besar como lo hizo en la habitación o por último en la recepción. Aparta sus labios de mi frente y sus labios se van a mi oído, ese extraño contacto me deja sin aliento.

—No te volveré a besar en los labios —susurra—. Hasta que tú me lo pidas y admitas que te sientes atraída por mí —se aparta de mí y siento mi corazón latir rápidamente. Me guiñé de forma seductora y la verdad es que no sé muy bien que hacer o que decirle.

Capítulo 5

A pesar de que Alex me dijo que no me iba a besar en los labios, si es que yo no se lo pedía. No entraba en este contrato de palabra no poder tocarme, porque ahora mismo ha entrelazado nuestras manos. Es la primera vez que un hombre me toma así de las manos, ni Alejandro que en teoría es el único hombre que no tiene parentesco sanguíneo conmigo lo ha hecho de esta manera. Aún me pregunto por qué motivo en cuestión se lo permito al Señor Kunis.

Una brisa hace que me sobe el brazo descubierto. El verano se ha ido y el otoño con sus nubes le han ganado a la mañana despejada.

—¿Tienes frío? —pregunta Alex que me repasa el cuerpo.

—Un poco —le digo, mientras todavía me froto el brazo.

—Espera —nos detenemos, descruza sus dedos y comienza a desabrocharse la camisa.

—¿Qué haces? —pregunto extrañada.

—Me quito la camisa, para que te abrigues. No quiero que te resfríes o te de una gripe por no abrigarte cuando lo necesitas.

—No es necesario —respondo rápidamente. Mientras él ya se ha desabrochado la camisa dejando a la vista una camiseta blanca pegada a su cuerpo trabajado.

—Sí lo es —se quita la camisa y deja a la vista unos grandes brazos musculosos con algunos tatuajes que no logro descifrar a la primera—. Emilia —extiende la camisa para que yo me la coloque, no tengo muchas ganas de discutir. Así que sin reclamar me coloco la camisa cuadrille de él y literalmente me queda nadando por lo grande que es.

—Es un poco grande —le digo, mientras él saca su lengua imperceptiblemente y comienza la difícil tarea de abrocharme los botones uno por uno.

—Puede ser —asiente lentamente—. Pero por lo menos no te dará frío.

—Pero a ti si —le digo, cuando ya ha terminado de abrocharme hasta el último botón e increíblemente no se ha sobrepasado conmigo, cualquier otro habría tratado de tocar algo de mi cuerpo, pero Alex se ha contenido. Sin duda es un verdadero caballero.

—No —niega rápidamente, mientras ve que su obra de arte terminada—. No tendré frío —sonríe—. Te ves bien con algo mío —asiente pensativo. Y la verdad es que no sé realmente que me quiere decir con esto.

—Supongo que te debo dar las gracias —sonríe tontamente, porque ya no puedo nadar contra la corriente con este británico, que a pesar de ser inglés tiene un excelente castellano. Me pregunto ¿Por qué lo hablara tan bien?

—Esa camisa de ahora en adelante será mi favorita —dice, mientras me mira de pies a

cabeza.

—Y parece que la mía también —me aparto de él y comienzo a caminar por la vereda.

»¿Qué quieres decir con eso? —pregunta a mi espalda. Sonrío porque realmente no estoy muy segura lo que estoy haciendo con él.

—Que nunca me había puesto la camisa de un hombre. Y se siente bastante cómoda.

—¿Ah... no? —dice extrañado—... y no usabas las camisas de tus ex novios.

—No —niego rápidamente. Si nunca he tenido un novio.

—¡Vaya!

Nos quedamos en silencio, mientras caminamos en busca de algún taxi que me lleve a la agencia y así poder pagarle todo los gastos que ha tenido en mi.

—Emilia —vuelve a entrelazar nuestras manos—. Ahora vamos a ir a tu casa.

—¿Cómo? —nos detenemos y lo quedo mirando extrañada. No tengo ni la más mínima idea de que esto realmente este pasando. Y si es así, acaso él no se dará cuenta que es demasiado directo conmigo.

—Eso —se arremolina su cabello castaño y quedo sin aliento por unos segundos. Sé que no me debería afectar el ver un hombre hacer eso y más cuando veo todos los días una gran gama de hombres guapos que trabajan en el mundo del modelaje. Pero Alex, tiene otro tipo de belleza, no es la clásica del niño bonito como la de Leonardo Di Caprio, la de él es una belleza de hombre rudo, fuerte, como esa belleza viril que posee Jason Momoa.

—¡Guau! —musito.

—¿Dijiste algo? —pregunta extrañado.

—No —me encojo de hombros, mientras miro los botones blancos de la camisa de él.

—Ah... —frunce el ceño, pero creo que no me ha creído en nada—. Te decía que nos fuéramos a tu casa. Así me aseguro que descansaras todo el día, como lo ha recomendado el médico. Ya que por lo poco que ya te conozco. Sé que te irás directo a la oficina y no pararas en todo el día de trabajar y te puede dar lo mismo o incluso algo peor.

—No es necesario que me acompañes —digo avergonzada, porque sin duda él me conoce mejor que nadie, es probable que vuelva a trabajar y a sacar la maldita campaña el día de hoy. Además, ni siquiera sé si es correcto llevar a un desconocido a mi casa e insisto, no sé nada de este hombre.

—Emilia por favor —vuelve a entrelazar nuestras manos—. No quiero discutir contigo —dice cansadamente y la verdad es que debería tenerle un poco de fe con sus buenas intenciones. No todas las personas son malas y me van hacer daño.

—Alex —cierro los ojos por un par de segundos para tratar de pensar bien la respuesta y no sonar como la maldita paranoica que suelo ser—. Vivo demasiado lejos de acá.

—¿Lejos? —pregunta extrañado. Levanto la vista y su ceja izquierda se arquea de una manera increíblemente sexy—. ¿Qué es lejos para ti?

—Lejos —inflo mis mejillas, porque no puedo creer que le diré la comuna en la cual vivo—. En un lugar que se llama Isla de Maipo —asiente lentamente, porque estoy segura que no la oído en su vida ese nombre y no lo culpo. Muchos santiaguinos no tienen ni idea que eso queda dentro de la Región Metropolitana—. Queda muy apartado de aquí —trato de ubicarme y si no me equivoco estamos en la comuna de Las Condes—. Y un taxi de acá hacia mi casa será ridículamente costoso. Porque tenemos que cruzar toda la ciudad —y no es que me considere una persona tacaña ni nada por el estilo, pero es que no deseo que él gaste más dinero en mí.

—No te preocupes —se encoge de hombros—. A mí no me molesta pagar un taxi hasta tú casa.

—Es que ya no te quiero molestar —me encojo de hombros—. Te has tomado tantas molestias conmigo por todas estas horas, que no es necesario que me vayas a dejar a mi casa. Además Alejandro está en la Agencia y le puedo decir que me vaya a dejar en mi Jeep.

—Emilia —otra vez se arremolina su sexy cabello castaño—. Te dije que te iré a dejar yo —quiero hablar pero él lo impide—. Y es la última palabra. No quiero discutir más del asunto.

—Eres insufrible —separo nuestras manos y me cruzo de brazos—. Estoy agradecida por todo lo que hiciste conmigo. Pero no es necesario que sigas con esto. Y lo más importante... —y quizá con esto cabe mi propia tumba y se moleste más conmigo de lo que ya debe estar... quien me asegura que tú no seas un psicópata o peor aún, un maldito violador y después de cometer... —se me hace un nudo en la garganta, porque ni siquiera lo puedo decir en voz alta... me entierres en el patio de mi casa para quedarte con ella —tal vez eso sea una verdadera exageración de mi parte, pero culpo a Chicago PD que me lava el cerebro los martes y jueves.

—La verdad es que nadie —ahora él se cruza de brazos y más que molesto, diría que está cansado. Porque sabe que ya perdió la batalla conmigo, soy un hueso duro de roer y por más caballero de armadura blanca que se ha comportado, no puedo confiar así como así—. Yo creo que estás viendo muchos programas de asesinos y psicópatas seriales —¿qué comes que adivinas? Me gustaría decirle. Pero omitiré dicha información—. Reconozco que esto no es normal. Aunque no me creas, yo tampoco hago esto de ofrecerme a ayudar a desconocidas en la calle, llevarlas a un hospital, esperar que digan que está bien y tratar de convencerla de llevarla a su casa —se descruza de brazos y guarda las manos en sus jeans—. Pero créeme, no te haré nada malo.

—Estoy confundida —respondo con sinceridad—. Lo mejor será que me vaya a la agencia —le doy la espalda en busca de un taxi—. Además todos deben estar inquietos por mí, porque no deben saber de mi paradero. Y no me parece justo que se preocupen por mí de esa manera.

—Creo que tienes razón —se coloca al lado mío—. Así aprovechas de buscar tus cosas

personales y te llevo a tu casa.

Quiero decirle que no es necesario, pero creo que esta batalla la ha ganado él, no sé si es porque la pastilla me está haciendo el efecto de tranquilizarme o que realmente estoy a una deriva emocional con este hombre, porque por cada segundo que pasa, se me hace más difícil discutir o decirle que no.

—Que no me quedará tranquilo hasta que te acuestes en tu cama —busca mi mano y vuelve a entrelazarla a la suya—. Mira ahí viene un taxi —lo hace parar. Separa nuestras manos y abre la puerta trasera, me deslizo por el asiento y él se sienta al lado mío.

—Buenas Tardes.

—Buenas tardes —dice el chófer y creo que es un inmigrante, porque tiene un acento muy de Centro América—. ¿A qué lugar los llevo?

—Al Cerro Santa Lucia, más bien cerca de ahí. Si no me equivoco la calle se llama Miraflores —él me queda mirando, para confirmar la dirección.

—Cerca de ahí —le digo mientras él vuelve a entrelazar nuestras manos. Creo que ya perdí la cuenta, de todas las veces que se ha tomado esa atribución, creo que los medicamentos me están haciendo el efecto necesario, porque ni siquiera soy capaz de decirle que no haga eso.

—Emilia —escucho una voz lejana—. Llegamos —dice la voz de un hombre, mientras siento una mano masculina acariciar mi hombro.

—¿Adónde? —pregunto, mientras bostezo antes de abrir los ojos.

—A tu trabajo. Iremos a buscar tus cosas y de ahí nos vamos a tu casa.

Abro los ojos y me encuentro con Alex, el inglés que se hizo pasar por mi esposo en la Clínica. Al parecer cedi de que él me fuera a dejar a mi casa, aunque aún no me despabilo del todo, así que no sé si es tan así.

Él saca unos billetes del bolsillo de su pantalón y le cancela al taxista.

—Gracias —decimos al mismo tiempo mientras nos bajamos.

Ahora mismo estoy afuera de la agencia y me suena la tripa, creo que ahora desperté con hambre, aunque tampoco estoy muy segura de la hora que es, porque está nublado y siempre puedo guiarme con el sol para saber la hora. Pueden ser las 13 como las 16 horas y no sabría decirlo con certeza.

Vuelve a entrelazar nuestras manos y caminamos al interior de la agencia. Me fijo que hay un gran revuelo dentro de ella. Todos están al teléfono o escribiendo a la velocidad de la luz. No sé por qué creo, que están así por mi culpa. Lo que me faltaba para empeorar el día.

Alejandro levanta la vista, frunce el ceño y al darse cuenta que soy yo corre a mi encuentro.

—¡Emilia! —grita abrazándome fuertemente—. ¿Dónde te habías metido? —pregunta entre molesto y angustiado—. Llevamos horas tratando de ubicarte —me aprieta más a su cuerpo—. Te

llamamos a tu celular y descubrimos que estaba en la mesa del escritorio, en un minuto pensé que habías salido a la calle a buscar un modelo, luego pensé que te habías lanzado al río Mapocho, porque ya era demasiado el estrés que estabas viviendo.

Alejandro se pasa más películas catastróficas que yo y eso sí que era casi imposible.

—Eres un fatalista —lo vuelvo abrazar y a pesar de que él está alterado, me siento mucho más tranquila al saber que por fin me ha visto sana y salva. Me aparto de él y le quito sus mechones de la frente para poder verle bien los ojos—. Me sentí mal —frunce el ceño—. Tuve una crisis de pánico y paré en una clínica.

—Espera —se queda en silencio por un instante, mientras me queda mirando mejor el rostro. Jamás le mentaría a él, no debería estar dudando de mí—. ¿Cómo llegaste a la clínica? Si tus cosas estaban acá —se aparta más de mí y comienza a frotarse su cabello claro—. No lo entiendo —dice confundido.

—Pasó todo tan rápido. Que me sentía media extraña desde temprano, no estoy muy segura como lo hice, pero de un minuto a otro estaba doblada en el suelo con un dolor que creo que no sentía hace años —Alejandro frunce el ceño, porque sabe de lo que estoy hablando—. Entonces como un caballero andante de armadura blanca —y no puedo creer que lo haya dicho en voz alta —, el Señor Kunis apareció y me llevo a una clínica.

—¡Vaya! —dice sorprendido y lo entiendo porque esto parece tan irreal que no sé si realmente el Señor Kunis existe o ha sido un invento de mi imaginación—. Espera... —coloca su mano derecha en stop—. ¿Y quién es el Señor Kunis? —pregunta confundido y es normal que esté así, porque no conocemos a nadie con ese nombre o por lo menos yo no conocía a nadie con ese apellido.

—Alex Kunis, él fue mi salvador —sonríó avergonzada, mientras me volteo y ahí está el inglés atento a todo lo que ha ocurrido, tomo su mano de forma desinteresada, bueno quizá no tanto. Pero lo atraigo a mí lado para que esté al frente de mi mejor y único amigo—. Alejandro, te presento al Señor Alex Kunis, la persona que me llevo a la clínica.

—Alejandro un gusto —extiende su mano para estrechar la de mi amigo. Alejandro mira su mano, su rostro y el mío por una milésima de segundo sin saber muy bien que hacer. Y la verdad es que no lo culpo, porque todo esto es más que confuso. Me vuelve a mirar y me encojo porque no sé muy bien que decirle.

—El gusto es mío Alex —estrecha su mano y es tan fuerte el apretón de manos que a ambos se les colocan los nudillos blancos, ¡Guau! Esto sí que es una verdadera demostración de machos alfas. Jamás había visto a Alejandro así, y no entiendo porque se ha puesto así, o es que Alex y esa extraña aura de hombre fuerte intimidan a los demás hombres.

»Gracias por llevar a mi amiga al médico —dice mientras se sueltan las manos—. No sé qué hubiera hecho si a Emilia le pasa algo —niega rápido con la cabeza.

—No te preocupes, Alejandro —Alex cruza su brazo sobre mi cuello y mi amigo mira la escena sin dar crédito alguno de lo que está pasando. Y yo tampoco entiendo nada en este minuto—. La Señora Kunis ahora se encuentra bien —Alejandro frunce el ceño, porque estoy segura que eso de la Señora Kunis no le ha gustado para nada—. Pero debe descansar como mínimo un día, así que ahora, Emilia irá a buscar sus cosas y la llevaré a su casa.

—No es necesario —rebate mi amigo—, yo la llevaré —se cruza de brazos y a pesar que Alejandro es mucho más alto que el Señor Kunis no se ve tan intimidante con esa pose, es primera vez que veo algo así, o sea desde que tengo uso de razón, Alejandro siempre ha sido el líder de la manada y todas las personas tenían que hacerle caso, pero creo que es primera vez que se encuentra a otro líder y no estoy muy segura cuál de los dos va a ganar.

—Alejandro —su fuerte voz se eleva unos decibeles más para mostrar una presencia de la que no es necesaria—. No te preocupes, no tengo problemas de ir a dejarla. Además así aprovecho de conocer mejor a mi esposa.

—¿Esposa? —pregunta confundido y su rostro es de desconcierto total, quizá no sé dio cuenta la primera vez que Alex dijo: «Señora Kunis».

—Sí, esposa —afirma Alex—. Para resumir la historia, no la iban a dejar pasar porque no llevaba su DNI consigo, entonces se me ocurrió decir que era mi esposa y que sus cosas se habían quedado en nuestra casa. No estoy muy seguro cual fue el motivo —sonríe travieso—, pero nos dejaron pasar y es así que Emilia fue atendida. Entonces para esa clínica, la Señorita Emilia Jiménez es la Señora Kunis.

—¡Vaya! —dice sorprendido mi amigo. Él me queda mirando a mí, a la espera de que desmienta lo que acaba de decir el Señor Kunis, pero él lo ha dejado más claro que el agua—. Le debo dar las gracias por lo que hizo por mi amiga.

—De nada —sus dedos acarician perezosamente mi brazo—. Aunque cualquiera que hubiese estado en mi lugar se detiene para averiguar qué era lo que realmente le estaba pasando.

—Estoy seguro —asiente lentamente—. Emilia, te acompaño a la oficina —me extiende su mano para que se la reciba. Miro por una milésima de segundos a Alex para que él saque el brazo de mis hombros sin que yo se lo pida, y pareciera que se ha dado cuenta de mí no indirecta ya que lo ha sacado sutilmente.

—¿Me esperas? —pregunto dudosa al británico.

Vuelve a sonreír y asiente con la cabeza. Alejandro me toma de la mano y a pesar de que lo conozco de toda mi vida, no siento lo que me hace sentir Alex Kunis, y ni siquiera estoy segura por qué motivo pasa esto.

Todos mis compañeros de trabajo me miran, sin saber muy bien que me ha pasado. Luego me fijo que miran más extrañado mi ropa, así que bajo la vista y ahora recuerdo que andaba trayendo la camisa de Alex, creo que es la primera vez que me ven tan desprolija, yo no soy de esas de

andar con faldas por mi condición, y básicamente mi complemento son jeans y camisetas o blusas, pero una camisa de hombre no entraría en mi vestuario.

—Señorita Jiménez —es la voz de Isabel, que me mira realmente preocupada—. ¿Le pasó algo? —pregunta confundida, al verme con la camisa de Alex.

—Me dio una crisis de pánico —me encojo de hombros avergonzada, porque supongo que estas cosas no deberían pasar o al menos no en la hora de trabajo. Pero quien soy yo para decir que esto no debe pasar a la hora laboral.

—Oh... —dice llevándose su mano a la boca—. ¿Pero ahora sé siente bien?

—Mejor, pero me iré a descansar a casa, el médico dijo que debía reposar.

—Claro —asiente rápidamente—. Entonces le cancelo la agenda el día de hoy.

—Por favor —me encojo de hombros, no me gusta dejar esto así. Pero tampoco me quiero sobre exigir más de la cuenta—. Ya el lunes retomaremos todo.

—Sí —asiente rápidamente—. Desea que la ayude con sus cosas.

—No es necesario —dice Alejandro—. Yo la ayudaré —mi pobre asistente ha recibido la dosis de Alejandro y por una milésima de segundos se ha quedado sin respiración. No sabía que ella sentía una especie de atracción por él, las cosas que uno se entera cuando no está concentrada en sacar absurdas campañas.

—Eee... —titubea—. Como usted lo desee, Señor Ossandón.

—Oh, Isabel —mi amigo niega con la cabeza—. No me digas así, que él Señor Ossandón es mi padre —sonríe la chica más que avergonzada—. Yo soy Alejandro. Espero que no sé te olvide —le guiñe coqueto y seguimos con nuestro camino.

—Sí, Alejandro —musita casi imperceptible. Oh por Dios, Isabel siente más que una simple atracción por mi amigo. Y creo que él no sé ha dado cuenta o quizá sí, no estoy muy segura de esto.

Alejandro abre la puerta de mi oficina, entró primero y veo que todo sigue tal cual como lo deje este mañana. Un desastre, pero no me quiero preocupar de eso ahora mismo.

—Entonces, Emilia —él cierra la puerta y apoya su cuerpo cansadamente en ella—. Dime por favor que mierda está pasando acá. Por qué no entiendo nada.

—Alejandro —me apoyo en el escritorio—. Como te lo explique hace rato, me sentí mal. Salí de la agencia y luego, cuando desperté estaba en una cama de hospital —me encojo de hombros avergonzada.

—Sí —asiente rápidamente—. Eso lo entendí. Pero lo que no entiendo es por qué motivo el Señor Kunis, se ha tomado tantas licencias contigo. ¿Lo conocías de antes? —pregunta intrigado.

Niego con la cabeza.

—¿Me quieres decir que nunca habías visto a ese hombre? —dice confundido.

Asiento rápidamente.

—Emilia —cierra los ojos por unos segundos—. ¿Y por qué te trata con tanta familiaridad?

—No lo sé —me encojo de hombros—. Creo que se ha tomado al pie de la letra el de ser esposos.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunta confundido, abriendo esos esmeraldas y me escanean sin disimulo, creo que recién se ha dado cuenta que estoy con la camisa de él.

—Que me ha dicho cosas.

—¿Cosas? ¿Qué cosas? Expílicate mejor, porque no te estoy entendido en este minuto.

—Cosas... —le digo, mientras avanzo a mi silla. Comienzo a guardar mi computador portátil y mi pequeño cuaderno de anotaciones. Prendo el celular y tengo más de diez llamadas perdidas de mi mamá. Frunzo el ceño porque hace un par de horas solamente tenía dos. Qué habrá pasado.

—¿Qué pasó ahora? —pregunta confundido.

—Pasó que tengo diez llamadas perdidas de mi mamá.

—Ah... eso —se arremolina su cabellera clara—. Pues ha pasado algo.

—¿Qué cosa? —pregunto asustada—. ¿Le pasó algo a mi mamá, a mi papá? ¡Habla Alejandro!

—Nooooo —niega rápidamente—. Ellos antes de que los llamara, al parecer estaban bien.

—¿Qué quieres decir? ¿Los llamaste? —pregunto molesta y quizá más asustada de lo que debería estar.

—Claro que los llamé —dice rápidamente—. Te había tragado la tierra. Que esperabas que hiciera, quedarme callado mientras tu cuerpo aparecía descuartizado a la semana.

—Alejandro —llevo mis dos manos a la frente—. Pensé que la única que veía la Ley y el Orden, victimas especiales era yo —me señalo mi pecho—. Pero creo que me he equivocado.

—Es tú culpa —me espeta molesto—. Desde que me obligaste a ver esa mierda de programa, que me he vuelto adicto a él y a sus inverosímiles historias.

—No es culpa mía —quito mis manos para verlo mejor y él está cruzado de brazos—. Además quien me obligo a ver Juego de Tronos, porque me querías enseñar a tu nueva musa, esa que esperas fotografiar algún día.

—Bueno... yo —guarda las manos en sus bolsillos—. Es que has visto a Emilia Clarke. Esa mujer...

—Para —coloco mi mano en stop—. No es necesario que me digas esas cosas. A pesar de que no me gustan las mujeres, tienes razón. Ella es una mujer muy hermosa —asiente lentamente conforme a mis palabras— y la verdad es que sueño por conocer a Jason Mamoá.

—¡Oh, Emilia! —niega con la cabeza—. Ya me lo imaginaba, que algo raro estaba pasando ahí.

—Qué quieres que te diga, no soy reina del hielo.

—Me alegro oír eso —se sienta en la silla—. Entonces, volviéndonos los adultos

responsables que somos, llame a tu mamá porque realmente estaba preocupado. Tú siempre estas con tu celular y como sabía que anímicamente no estabas bien, pensé que en una de esas tú mamá podría saber más de ti

—Alejandro —apoyo mis codos en el escritorio—. Mis padres están a no sé cuántos kilómetros de distancia, por qué ellos podrían saber de mi paradero.

—Porque son tus padres —responde como diciendo lo obvio, y claro que lo son. Pero eso no significa que todos los días los llame y les cuente mi agenda.

—Lo son, pero no hablaba con ellos hace semanas. Y ahora deben estar realmente preocupados por mí.

—Ya, perdona. Quizá se me pasó la mano —se encoge de hombros—. Pero eso demuestra que soy un buen amigo.

—Alejandro —sonríó—. Eres el mejor amigo que alguien como yo pueda tener. Nos conocemos desde que éramos bebés prácticamente y siempre estaré agradecida de que estés en mi vida por todos estos años.

—Amiga —extiende sus manos, para que yo acerque las mías—. Lo hago porque te quiero, porque hemos vivido más cosas que cualquier ser humano vivirá solamente a través de películas. Así que no me tienes que dar las gracias por nada.

—Gracias —susurro, y lágrimas comienzan a caer raudamente de mis ojos.

—Por favor, no llores —dice Alejandro torpemente.

—Es que ya no puedo más...

—¿Qué significa eso? —pregunta confundido—. No entiendo qué me quieres decir. Acaso ese hombre trató de sobrepasarse contigo. Dímelo, que si es así lo muelo a golpes.

—No, no es eso —niego rápidamente entre lágrimas.

—Entonces que es. Por favor Emilia, que no puedo entrar en tu cabeza para saber lo que realmente está pasando.

—Es que... —trago saliva con dificultad—, otra vez aparecieron mis pesadillas, pero ahora son más vividas que nunca.

—¡Vaya! —dice contrariado y se produce un insoportable silencio—. Emilia, ¿te sigues tratando con la psicóloga?

Niego con la cabeza, porque deje el tratamiento hace meses, ya me estaba sintiendo mejor, pero al parecer no era tan así.

—No he ido hace meses —respondo avergonzada.

—Emilia...—suspira cansadamente—. Creo que tendrás que volver con tus sesiones. Lo que te pasó en la mañana no es normal, y si dices que estas volviendo a tener esas pesadillas es por algo. Emilia... —se refriega la frente—. Yo no soy un especialista, te puedo oír, abrazarte todas

las veces que lo necesites, pero no tengo los conocimientos necesarios para orientarte realmente.

—Y lo sé —trago saliva con dificultad—. Pero pensé que estaba bien, pero es obvio que me equivoque —apoyo mis codos en el escritorio y escondo mi rostro cubriéndolo con mis manos. Me gustaría no estar así de fallada, ¿por qué me tenía que pasar todo eso? ¿Por qué ese hombre arruino mi vida de esa manera? Daría mi vida para volver a ese día y dejar que él jugará conmigo y así todavía volvería a estar completa y no rota como lo estoy ahora.

—¡Oh, Emilia! —escucho que la silla se mueve y las pisadas de él se acercan más y más a mí—. Tú sabes que siempre estaré para ti —me abraza fuertemente y ese abrazo me hace sentir un poco de paz—. Amiga, quiero que estés bien, quiero que seas feliz como te lo mereces. Me parte el corazón verte así —se le quiebra la voz, y nunca lo he sentido tan vulnerable desde que éramos niños.

—Alejandro —me aferro más a él y siento que mis estúpidas lágrimas se empanan en su camiseta—. Yo también quiero ser feliz, pero no puedo. Juro que lo he intentado, pero no puedo.

—Lo sé —dice en un susurro mientras me sigue acariciando la espalda.

No sé cuánto rato ha pasado, pero sus caricias hacen tranquilizarme. Es la única persona que ha podido hacerlo desde que tengo memoria. Me acuerdo que cuando perdí la pierna y volví a mi casa nada ni nadie me podía consolar, mi amigo pasaba noches enteras en mi habitación montando guardia para que el monstruo come pierna no se llevara mi otra pierna. El jamás me trato diferente a pesar de que ya no volví a ser la misma de antes.

—Te quiero —musito.

—Yo igual —me aparta un poco de su abrazo y con sus nudillos me seca las lágrimas.

—Te quiero contar algo... —digo avergonzada.

—¿Algo? —frunce el ceño—. ¿Qué cosa?

—Hoy pasó algo en la clínica. Y no estoy muy segura como tomarlo o más bien como procesarlo.

—No sé qué me quieres decir —dice más confundido que antes.

—Cuando estas hospitalizado te sacan todas las prótesis del cuerpo —asiente, y creo que se ha dado cuenta hacia qué lado va esto—. Estaba solamente con mi calzón de abuelita —sonríe, porque él sabe cómo se llama esa ropa interior, porque él me lo trajo de regalo de un viaje a Francia hace un par de meses atrás y citando sus palabras: «el día que un hombre te conquiste, tienes que usarlo»

—¿Los *culottes*? —pregunta extrañado y quizá que está pensando ahora. Seguramente debe estar recordando sus palabras.

—No tenía más ropa limpia —digo antes, de que piense cosas que no son.

—Ok —asiente pensativo—. Entonces estabas solamente con los *culottes* —sonríe travieso.

—¡No! —exclamo avergonzada—. Estaba con esas camisas de hospital, ya sabes, las que se

amarran de espalda.

—Ahora entiendo. Entonces, ¿qué pasó?

—Alejandro, solamente tus padres y tú saben realmente de mi condición —asiente—. Pero se supone que un esposo debe saber la condición de su esposa.

—Sí —responde extrañado.

—El asunto es... —cierro los ojos e inhalo profundamente para darme el valor de contarle la parte más importante—, que entró Alex o sea el Señor Kunis mi supuesto esposo entro a la habitación a ver como estaba.

—¡Ya!... —creo que mi amigo aún no capta la idea.

—Entonces yo aún seguía recostada en la cama.

—Ok —mueve sus manos para que continúe con la historia. Y de verdad es que me cuesta seguirla.

—Solamente estaba con camisa de hospital.

—¿Te vio desnuda? —pregunta extrañado—. Eso es lo que me quieres decir.

—¡No! —exclamo rápidamente—. No me vio desnuda. Lo que pasa es que estaba cubierta con la sábana de hospital. Y mi cuerpo se marcaba tras la tela.

—Ah... —asiente lentamente, como procesando lo que le estoy contando—. Entonces me quieres decir que te vio sin tu pierna ortopédica.

Asiento rápidamente, porque al fin captó lo que le había querido contar de hace rato.

—¿Y qué pasó en ese momento? Dijo un comentario desafortunado. Y si es así, dímelo que nadie hace sentir mal a mi mejor amiga, salvo yo.

—Alejandro —me arranca una sonrisa—. No digas eso, que la única vez que me causaste un gran susto, fue lo del *wingfly*, pero no hablemos de eso.

—Sí, creo que tienes razón —se apoya en el escritorio y guarda sus manos en sus bolsillos.

» Entonces... ¿Qué fue lo que pasó realmente en ese momento?

—Nada.

—¿Nada? —pregunta confundido.

—O sea...

—Suéltalo —se cruza de brazos.

—¡Oh, Alejandro! —me suelto el moño de bailarina y comienzo a masajear mi cuero cabelludo. Ni siquiera sé si lo que pasó realmente merece ser contado.

—Emilia, por mucho que me guste verte el cabello suelto. No me vas a distraer con él.

Hago una línea en los labios, porque pensé que iba por buen camino. Es obvio que mis encantos o no encantos de mujer no sirven con mi amigo.

—Lo sé —me encojo de hombros—. Es que pasó algo raro, o sea no sé si raro. Quizás y hasta me equivoque y sea lo más normal del mundo. No lo sé.

—No entiendo lo que me quieres decir Emilia.

—Me da vergüenza contarte esto, porque siempre he impedido que me pasen estas cosas.

—¡Emilia! —posa sus dos manos en mis hombros—. Dime de una puta vez que me quieres decir. Que mi paciencia tiene un límite y ya está llegando a su máximo.

—Ok, ok, ok... —asiento lentamente. Porque de verdad es que está cansado de mi absurdo relato—. A pesar de que él se dio cuenta de que me faltaba parte de mi pierna no comento nada, no hizo ningún comentario desafortunado, lo cual en el momento lo agradecí —trago saliva—. Luego de que la enfermera nos dejara a solas, él se sentó al frente mío. Hubo las respectivas presentaciones. Y de la nada me pidió disculpas.

—¿Disculpas? —pregunta extrañado—. ¿Disculpas de qué?

—Que tomo mi rostro con ambas manos y me beso.

—¿Te beso en los labios? —pregunta incrédulamente.

Asiento rápidamente.

—Pues sí. Me beso en los labios y fue un beso de verdad.

—¿Con lengua?

—¡Alejandro! —me cubro el rostro por qué me siento muy avergonzada con todo esto.

—Nada de Alejandro —quita mis manos de mi rostro—. Soy yo no más. Te he contado todas mis experiencias, o por lo menos las más vainillas.

—¿Vainillas? —pregunto confundida.

—Emilia —sonríe coquetamente—. Ya sabes, el sexo normal. Sin amarras, látigos o cosas sado.

Asiento lentamente, mientras observo a mi amigo con mayor atención. Y no quiero imaginarlo a él en forma de amo ni mucho menos de sumiso. Así que niego rápidamente para apartar cualquier pensamiento de él.

—¿Entonces...?

—Fue un beso de verdad —siento mis mejillas arder.

—¡Vaya! —asiente pensativo—. ¿Y te gusto?

Asiento rápidamente. Porque creo que es la primera vez que no me da asco tocar los labios de un hombre, así que más que gustar lo disfrute como nunca lo había hecho.

—Me gustó tanto, que nos besamos dos veces.

—¿Dos veces? —pregunta emocionado. Sé que para él es tema que terminé sola y rodeada de gatos en veinte años más. Por ese motivo me ha tratado de emparejar con varios de sus amigos, pero llegamos a la conclusión de que no podía estar con nadie o con ninguno de ellos.

—Wowww.

—Hasta los besos iba bien esto. O sea creo.

—¿Por qué dices eso?

—Porque después del beso se arrepintió.

—¿Se arrepentido de besarte? —pregunta exaltado—. Pero que le pasa a ese hombre. Si eres una de las mujeres más hermosas que conozco.

—Sabes que no es verdad. Lo dices porque eres mi amigo y me ves bonita.

—Emilia, como te voy a mentir con esto. Tus labios son la verdadera fruta prohibida.

—Exageras —me toco los labios y no sé qué responderle. Mis labios no son delgados, tampoco son gruesos. Son labios no más.

—Créeme que no —guiñe—. Pero tú crees que se arrepintió por lo de tu pierna.

—Tal vez —asiento pensativa—. Y no lo culpo —mi amigo frunce el ceño—. Pero sabes que...

—No digas chorradas —interrumpe molesto—. Sabes que eso no es impedimento.

—Puede ser... —niego rápidamente con la cabeza—. Solo sé que estoy confundida.

—Ese hombre te calo.

—No —niego—. Es que aún no terminó de contarte la historia.

—Aún queda más —dice mi amigo extrañado.

—*Sip* —me masajeo el cuero cabelludo y cierro los ojos porque sentir mis manos en mi cabeza me relaja de una manera casi orgásmica—. Pasó algo más —abro los ojos y mi amigo traga saliva con dificultad mientras sus ojos seguían el movimiento de mi cuerpo.

—¿Qué cosa? —se arremolina su cabello claro.

—Cuando íbamos saliendo de la clínica y citando sus palabras dijo: «Creo que te amo»

Mi amigo abre la boca de la impresión y es probable que yo también tuviera esa misma impresión.

—¡Guau! —reacciona—. Te dijo así.

—A ti nunca te mentaría.

—Lo sé —asiento pensativo—. Y que le respondiste.

—Que no se podía haber enamorado de mí a primera vista, porque en palabras simples eso significaba su confesión. Pero sentí tan sinceras sus palabras, que no estoy muy segura de nada. Porque una mínima parte de mi cree que lo hizo por lástima pero otra quiere creer que un hombre se sienta atraído por mí.

—Eres hermosa. Y es obvio que él se sintió atraído por ti. Viste el macho alfa que puso su brazo sobre tus hombros.

—Lo sentí —asiento lentamente—. Pero también pudo haber sido un repentino ataque de actuación, acuérdate que se estaba haciendo pasar por mi esposo.

—Sí —se acaricia su barbilla—. Pero conmigo no era necesario. Te conozco de toda una vida y por ende esa farsa no iba a lugar.

—Ahora que lo dices de esa manera —me apoyo cansada en el respaldo de la silla—. Todo

esto es tan confuso.

—Me lo imagino —comienza a morderse las uñas. Y eso lo hace solamente cuando está realmente nervioso—. Pero quizás él es hombre que has estado esperando por todos estos años, además apareció justo en el momento adecuado en tú vida. Los planetas o lo que sea se alinearon para que ese Británico —entonces Alejandro también se dio cuenta de eso—, estuviera caminando por la calle Miraflores en Santiago de Chile un día de otoño.

—Ahora que lo dices de esa manera.

—Además si ya sabe lo de tu pierna. Creo que eso pasaría a segundo plano en su relación.

—Es que, Alejandro —miro el techo blanco por un instante—. Tú no me entiendes. Por más que intente pensar que lo de la pierna no es impedimento para mí, sí que lo es. Cómo explicarlo mejor. Estar con ropa o mejor dicho con pantalones largos es mi armadura —asiente lentamente—. Pero cuando me quito los pantalones, vuelvo a mi cruda verdad. Y me duele —se me quiebra la voz y otra vez me coloco a llorar, ya perdí la cuenta de todas las veces que he llorado el día de hoy. Pero es tan difícil que Alejandro me entienda. Si él es...

—Emilia —se acerca otra vez a mí y me abraza fuertemente—. No sé qué hacer para que te sientas mejor. Créeme que entiendo tú dolor y nada ni nadie te va a devolver lo que te quitaron hace años —y siento verdaderas punzadas en mi corazón, porque lamentablemente él tiene razón—. Pero si sigues así, jamás serás feliz.

—Lo sé... —porque él tiene razón—. quizás deba cambiar —pero esto es superior a mí, aunque tengo claro que estas mierdas me van a afectar toda la vida, pero debo ponerles un freno ahora mismo, porque la vida se me va a ir reclamando por todo lo que no he vivido.

—Y estoy seguro que ese momento va a llegar cuando menos lo creas —me besa la frente—. Y cuando te quites esa carga emocional que llevas acuestas, podrás ser realmente plena y por qué no, feliz —guiñe coqueto.

—Gracias, Alejandro, por ser mi ángel guardián por todos estos años. No sé qué haría sin ti realmente.

—¿Ángel guardián? —pregunta confundido—. Pensé que era el guardián de los monstruos —sonreímos al recordar todas las noches que pasó en mi casa luego del accidente—. Te quiero.

—Lo sé.

—Será mejor que vayamos a buscar al hombre de armadura, porque no me extrañaría que las chicas se lo quieran dejar para ellas.

—¿Tú crees? —pregunto extrañada.

—Esperemos que no. Además por muy linda que son las chicas de acá. Tú eres mucho más hermosa y no creo que te deje por alguna de ellas, se pasaría de idiota. A cualquier hombre le gustaría estar en su posición.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunto mientras tomo mi cartera, el bolso del computador y mi celular.

—Emilia —sonríe—. Solamente te diré, que varios hombres van a sufrir por la llegada del Señor Kunis.

—¿Por qué? —él abre la puerta de la oficina y salgo antes—. ¿Por qué dices eso?

—Ya lo verás.

Capítulo 6

Alejandro ha tomado el bolso del computador y camina al lado mío en silencio. Creo que hemos hablado todo lo que debíamos hablar entre nosotros. Isabel está sentada en su escritorio y me fijo que sonrío bobalicona al ver pasar a mi Alejandro, si ella supiera que él es el mejor hombre que he conocido en todo este tiempo, lo idolatría como creo que lo debería hacer yo.

—Fíjate —dice Alejandro en un susurro. Miro hacia al frente y me encuentro a Alex Kunis conversando muy animadamente con Pedro y Roberto, los dueños de RUNNING. ¿Qué hacen acá? Pensé que estarían en su oficina contratando a la competencia.

—Emilia —habla Pedro acercándose a mí. Ok, ¿dónde quedó la Señorita Jiménez en todo esto?—. Alex nos contó que terminaste en una clínica —me toma entre sus brazos y me abraza fuertemente. Me quedo quieta, porque no quiero devolverle el abrazo, estoy segura que él se está aprovechando de la situación. Pequeña —susurra en mi oído—. Por qué no me dijiste que te estabas sintiendo presionada por la sesión de fotos —no entiendo muy bien por qué lo susurra y más bien por qué me dice pequeña—. Podríamos haberla cancelado —se aparta de mí y creo que otra vez se ha puesto el hombre de negocios con el que suelo tratar. Aunque quizás solamente este aparentando al frente de su socio y de los demás.

—Lo siento —respondo avergonzada—. Todo pasó tan rápido, en un minuto a otro estaban ustedes aquí, luego alabaron el trabajo de Alejandro y posteriormente el mío. Y todo eso mientras el modelo no aparecía. Muchas cosas en un corto lapso tiempo —hago una línea en los labios mientras me encojo de hombros.

—No te preocupes por eso Emilia. Pero quiero que sepas que nos preocupamos mucho por ti. Te buscamos por toda la agencia y no te encontrábamos. Sin duda fueron las horas más largas de mi vida.

¡Guau! No estoy muy segura que responderle en este momento. Y lo más importante de todo esto, porque él está diciendo esas cosas tan extremas. Y más aún cuando no somos nada realmente. Será mejor que diga algo ahora mismo, porque siento las miradas de todos en este momento.

—Solamente fue un momento desafortunado —respondo rápidamente—. Espero que esto sea un hecho aislado y no se vuelva a repetir —porque no sé si mi cuerpo y mi mente estén preparados para vivir esto otra vez, me repito a mi misma—. Y si no es por el Señor Kunis que actuó a tiempo, no sé muy bien que hubiera pasado conmigo el día de hoy —digo con sinceridad encogiéndome de hombros.

—No digas eso —me vuela abrazar, ahora siento que se me está cortando la respiración—.

Me asuste de verdad —susurra a mi oído—. Eres mi pequeña —¿Pequeña? Pero que le pasa a este hombre, por qué está diciendo esas cosas, no le ha dado ningún motivo para que él piense que podría haber algo entre nosotros.

—No sé preocupe —me aparto de él—. No pasó a mayores —y coloco mi mejor sonrisa de póker en este momento, porque no me han gustado sus palabras, o sea tampoco es que me dijera algo tan malo. Pero no se debería tomar tantas atribuciones conmigo.

—Emilia nos vamos —nos interrumpe Alex Kunis.

—Sí —asiento rápidamente con una bobalicona sonrisa—. Gracias por estar pendiente de mí —le digo a Pedro del Solar—. Ahora iré a descansar y la próxima semana concertamos la nueva sesión de fotos —ya que si siguen acá, es porque no se fueron con la competencia.

—Por supuesto —dice Pedro cogiendo mi mano y apartándome del grupo que habíamos formado—. Emilia —frunce el ceño por una milésima de segundo. Y estoy segura que al frente de Alex no dirá que lo han pensado mejor y que se irán a otra agencia de publicidad. Y no los culpo, no sé ha cumplido con el objetivo que ellos deseaban el día de hoy—. Ese hombre —susurra—. Él que la ayudo. ¿Es su novio? —pregunta entre serio, mosqueado y algo más. No sabría descifrarlo con certeza.

—¿Por qué lo pregunta? —y lo más importante, por qué a él le interesa si él es mi novio. Por cada segundo que pasa, este hombre se está tomando más atribuciones conmigo.

—Por cómo ha hablado de ti en este rato. Dijo maravillas de ti —siento mis mejillas arder y desvío mi vista hacia Alex que está pendiente de mí, mientras habla con Alejandro y Roberto quizá de que cosas—. Cosas que siempre intuí de ti. Pero más que nada, que le había afectado mucho como te había visto en sus brazos mientras te llevaba a la clínica.

Me encojo de hombros, porque es extraño que él me diga esas cosas. O será que Alex está marcando terreno. Aunque él no necesita hacer eso, si sola presencia hace que cualquier otro hombre desaparezca del medio.

—Algo me había comentado —comienzo a jugar con los botones de la camisa.

—¿Esa camisa es de él? —pregunta mosqueado.

—Sí —respondo rápidamente—. Tenía frío y me quiso dar abrigo mientras esperábamos un taxi.

—Ah... —asiente lentamente—. Pero no me has dicho, Alex es tú novio.

Me quedo en silencio porque no estoy muy segura que responderle. Sé que no es mi novio pero me ha besado, sé que no somos amigos pero se ha tomado más molestias conmigo, como lo haría un amigo de verdad. Lo único que tengo claro es que fue un desconocido que me ayudo en plena calle cuando más lo necesitaba.

—Emilia nos vamos —nos interrumpe Alex, colocando su fuerte brazo sobre mis hombros. De mis labios ha brotado una sonrisa insolente. Lo siento Pedro, eso le pasa por preguntar cosas

privadas.

—Claro —sonríe a todos—. Les quiero dar las gracias por haberse preocupado por mí. Creo que no merecía tanta atención por parte de ustedes —les digo con sinceridad—. Y nos estamos viendo en estos días.

Alex quita su brazo de mis hombros. Se acerca a Pedro y no estoy muy segura que irá a pasar en este momento.

—Un gusto conocerlo —dice extendiendo su mano, para estrechar la mano de Pedro.

—El gusto es mío —dice molesto, del Solar y yo solo pido que la tierra me trague por este momento tan embarazoso.

—Señor Lira —se acerca al otro dueño de RUNNING—. Espero que nos volvamos a ver. Me ha gustado mucho su forma de pensar.

—Igualmente —se estrechan de manos y ambos se golpean suavemente en el hombro del otro—. Alex, y no me digas Señor Lira, solamente dime Roberto.

—Roberto —sonríe, porque Alex ya se lo echo al bolsillo—. Tal vez la próxima semana o quizá la subsiguiente lo iré a visitar. En una de esas concretamos algo.

¿Qué cosa? Ok, me perdí de algo importante en este momento. Pero no estoy muy segura de qué.

—Te dije que iban a salir corazones rotos —susurra Alejandro, me volteo y lo quedo mirando a los ojos. ¿Acaso lo dirá por Pedro y esa demostración de macho alfa que mostró hace unos minutos atrás—. Escríbeme cuando llegues a tu casa. Y cualquier cosa rara que veas no dudes en llamarme. Así les digo a mis padres que pasen a tu casa como quien no quiere la cosa.

—Alejandro —lo abrazo fuertemente—. No creo que me pase nada malo —susurro en su oído mientras él me acerca más a su cuerpo—. Pero acuérdate que tengo los teléfonos de los tíos, y si veo algo raro yo misma le pediré a tu papá que venga con su escopeta y saque a patadas a Alex de mi casa.

—Así se habla —nos apartamos de nuestro súper abrazo—. Ten cuidado, no hagas nada que yo no haría —me entrega el bolso del computador.

Sonríe, porque solamente Alex me va a dejar a mi casa, no haremos nada más.

—Antes que se me olvide, no creo que mañana te sientas muy bien para que me acompañes al Cajón del Maipo.

—Probablemente no —me encojo de hombros—. Pero si me siento bien, te acompañaré.

—¡Perfecto! —me besa la frente.

—Nos vamos Emilia —dice Alex.

—Ahora sí —asiento rápidamente.

—Alejandro —extiende la mano hacia mi amigo—. Espero que nos volvamos a ver.

Mi amigo sonrío impertinentemente en este minuto. Porque sabe que Alex ha ganado puntos

que ningún otro hombre había ganado conmigo.

—Alex, cuida a Emilia. Y si es necesario amárrala en la cama para que no se mueva de ella —siento mis mejillas arder rápidamente por lo que ha dicho Alejandro de mí, porque es probable que Alex piense cosas del raras.

—Espero que no llegue a esos extremos —ambos sonríen mientras Alex entrelaza sus dedos con los míos. Siento la mirada de todos en mi nuca o más bien en nuestras manos. Es la primera vez que alguien está así conmigo en mi trabajo y me alegro que en este momento no se encuentren los dueños de la agencia, porque esto sería más intimidante de lo que ya es.

—¿Qué te decía? —pregunta Alex rompiendo nuestro silencio.

—¿Quién? —pregunto, mientras siento que la prótesis me está molestando un poco. Quizás no me la sujete bien en la clínica.

—Pedro... —se produce un extraño silencio—... es algo tuyo —pregunta algo mosqueado.

—No —respondo rápidamente. ¿Qué es lo que le pasa a estos hombres? Acaso una mujer no puede hablar con un hombre sin la necesidad de tener algo romántico—. Es solamente un cliente de la agencia —pero ahora creo que él siente más cosas por mí, porque me dijo cosas raras y me dejo con una extraña sensación.

—¿Segura que es solamente un cliente? —pregunta mientras lentamente está acariciando mi mano con sus pulgares

—Nunca hemos salido si eso es lo que quieres saber, pero... —suspiro cansadamente.

—¿Qué pasa realmente? Confía en mí, Emilia.

—Desde que lo conozco me ha invitado a cenar o a comer cada vez que va a la agencia. Pero siempre le he respondido que no.

—¿Y por qué? —pregunta intrigado—. Aunque él es un poco mayor que yo, me parece que ustedes dos se verían bien juntos.

—¿Tú crees? —respondo con otra pregunta. Qué pasó con las cosas que me dijo afuera de la clínica. Seguramente todo lo que dijo fueron unas simples palabras al vacío, seguramente sintió lástima por mí y quiso que me sintiera bien por un instante.

—No quiero admitirlo —se rasca la barba por una eternidad—. Creo que se verían bien ustedes dos como pareja —siento una extraña punzada en mi estómago—. Pero me alegro que no sean nada —sonrío por su franqueza.

—Puedo preguntar ¿por qué te alegras que no haya tenido nada con Pedro?

—Porque me enamoré de ti —aprieta nuestras manos—. Te lo dije antes de salir a la clínica. Y me gusta saber que tú corazón no está ocupado por otro hombre o...

—¿O qué? —pregunto extrañada.

—Me dijiste que nunca habías usado la camisa de un hombre —asiento lentamente, porque él tiene razón—. Pero... y si estas con una mujer —se produce un insoportable silencio—. A mí no

me molesta.

Siento mis mejillas arder rápidamente, no sé muy bien que le pasa a Alex. ¿Cómo me puede preguntar algo tan íntimo? No tiene filtro, porque no tengo explicación para todo lo que me ha dicho en este momento.

—Te lo aclararé de inmediato. No me gustan las mujeres y mi corazón no está ocupado por nadie —quizá por algún que otro famosillo, pero eso no cuenta.

—Ok —asiente pensativo—. A pesar de que me gustaba pensar que podrías tener un idilio con alguna mujer —me muerdo la mejilla interna, porque realmente Alex por cada segundo se supera a sí mismo—. Me alegro que una celopata mujer no se meta entre medio de nosotros. —se rasca su barba y pareciera que lo que lo dice de verdad—. ¿Y qué pasa con Alejandro? —pregunta intrigado.

—Es mi mejor amigo. Pensé que te lo había mencionado —le digo, mientras trato de recordar todo lo que he hablado con él.

—Pero nunca has tenido nada con él.

—No —niego rápidamente—. Alejandro es como mi hermano, vivimos y crecimos juntos. Pero nunca ha pasado nada con él.

—¿Vivieron juntos? —nos detenemos y ahora aparta su manos entrelazadas y se cruza de brazos—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Nuestros padres eran vecinos y amigos, y prácticamente vivimos juntos toda nuestra vida, ya que él pasaba en mi casa o yo en la suya. Pero no de esa forma que tú crees.

—Ah... —asiente lentamente—. Entonces eres libre.

—Te lo dije en la clínica —ahora yo me cruzo de brazos—. Sé que no somos conocidos y no tendrías por qué creerme. Pero no te he mentado en todo este rato.

—Perdona —se arremolina su cabello castaño—. Es que me cuesta creer que una mujer joven no tenga novio, no esté casada y que en los últimos de los casos no sea lesbiana.

—Alex —me refriego la sien por unos instantes, tratando de pensar bien mis palabras—. Nunca nadie ha cuestionado mi estado civil o mi condición sexual, quizás en Europa es normal esto, no lo sé —me encojo de hombros, porque jamás he salido del país—. Pero creo que se te está pasando la mano conmigo.

—Tienes razón —guarda las manos en sus bolsillos y me fijo que las mangas de su camiseta se le tensan y suben un poco más, dejando a la vista más líneas de su tatuaje. Me gustaría tocarle los brazos.

—¿Qué miras? —pregunta.

—Nada —siento mis mejillas arder otra vez. Acaso no me puedo delatar menos al frente de él.

—No sabes mentir.

—Posiblemente —me encojo de hombros.

—Acá tengo dos respuestas. O quieres ver mis tatuajes o me quieres tocar los brazos. O ambas cosas a la vez —dice graciosamente.

Que comes que adivinas. Vuelvo a jugar con los botones de la camisa.

—No hagas eso por favor.

—¿Hacer qué? —pregunto confundida.

—Esto —aprisiona mis manos en sus fuertes manos—. Tengo un gran temple de acero, pero contigo me está costando un montón aguantarme.

—¿Qué quieres decir con eso? —y mi corazón comienza a palpar a una nueva velocidad.

—Emilia —siento que su cara se está acercando a la mía y estoy segura que ahora si me va a besar como lo hizo hace rato—. Te dije que no te iba a besar otra vez, hasta que tú me lo pidieras —susurra en mi oído y su barba acaricia mi cuello, lanzándome una corriente eléctrica por todo mi cuerpo—. Pero me está costando más de la cuenta no besarte a la fuerza aquí mismo.

¡Oh! Esto sí que no me lo esperaba.

»Solamente quiero saber a qué atenerme contigo —susurra en mi oído—. Y créeme que el panorama que veo me está gustando.

—Y quien te dice que yo quiero algo contigo —y siento que sus manos afirman más las mías—. Tú crees que por ser tan directo, vas a llegar a mí. Pues te equivocas Alex.

—No te creo —sus labios están en mi oído—. Tú cuerpo dice otra cosa. Y sabes que...

—¿Qué? —pregunto en un susurro. Y en cualquier minuto mi única pierna buena se hará gelatina.

—Te terminarás enamorando de mí.

—¡Estás loco! —me aparto rápidamente de él, pero pareciera que fuera imposible hacerlo con la fuerza ejercida por parte sus manos.

—Quizás un poco —sus ojos claros son lindos, pero la forma con la que me mira es lo que me atrae—. Pero eres especial. Y sólo sé que te quiero conocer y que tú me conozcas.

—Podemos ser amigos. Pero no seremos nada más —le advierto.

—Eso está por verse —entrelaza sus manos con las mías otra vez—. Y si quieres que te bese, tú me lo tendrás que pedir.

—Entonces, no nos volveremos a besar —le digo en forma irónica. Al cabo que ni quería, no puedo evitar que una impertinente sonrisa aflore en mis labios, porque es la primera vez en mi vida que deseo que un hombre me bese, sin sentir repulsión por el contacto de uno sobre mis labios.

—Si tú quieres eso... —descruza nuestros dedos y el guarda las manos en sus bolsillos—. ¿Cuál es tú auto? —pregunta, mientras vemos un Porshe 550 Spyder, y sé que es ese modelo porque James Dean murió en uno igual en septiembre de 1955. Seguramente ese auto debe ser de

Roberto Lira o quizá de Pedro del Solar porque sé que se lo pueden permitir—. No me digas que ese es tú auto —y queda mirando esa joya automovilística al frente de nuestros ojos.

Me coloco a reír en su cara, porque es lo más absurdo que me han dicho en toda mi vida.

—¿Entonces no? —pregunta graciosamente.

—Lo siento. Ni siquiera sé de quién es este auto —me encojo de hombros—. Pero es bonito.

—Sí —asiente rápidamente—. Aunque no es de mi estilo.

—¿No? —pregunto intrigada—. Y puedo saber cuál es tú estilo de autos.

—Este es mi estilo —y señala el Jeep Wrangler de mis padres.

—¿En serio? —pregunto emocionada.

—Obvio que sí —asiente rápidamente—. ¿Y tú auto de juguete dónde está? —pregunta burlón.

—¿Por qué crees que tengo un auto de juguete? —pregunto contrariada y con una impertinente sonrisa en los labios.

—Porque eres menudita, pequeña, frágil —se encoge de hombros—. Te imagino en un Fiat Quinchento^[2] o en un Escarabajo Volkswagen vintage.

—Sabes que eso es discriminación —le digo sorprendida—. Puedo tener un tanque como auto y mi físico no sería impedimento para manejarlo.

—Puede que tengas razón —se acaricia la barba por unos segundos—. Pero entonces cual es tú auto.

—Ese —y señalo con mis labios el Jeep negro, lleno de barro y polvo.

—No te creo —sonríe negando con la cabeza.

—Y por qué no puede tener una mujer, soltera, menudita, pequeña y frágil. Un Jeep como medio de transporte —y ahora me cruzo de brazos y me apoyo en el pequeño mamut que tengo por auto.

—*Touché* —dice acercándose a mi cuerpo peligrosamente—. Creo que me estas parafraseando.

—Que comes que adivinas —y me pierdo por un instante en esa boca del pecado.

—Emilia —apoya sus dos manos alrededor de mis hombros y sus labios se acercan más y más a los míos—. Tal vez te juzgué antes de tiempo, pero por cada minuto que paso a tu lado, me sorprendes más y más.

—Pero...

—Lo sé —su nariz recta choca con mi pequeña nariz—. Y no ocupas ninguno de los artilugios femeninos para tratar de atraparme. Simplemente eres tú.

—Alex —trago saliva con dificultad, mientras siento que la temperatura aumenta entre nosotros dos.

—Lo sé —se aparta de mí un poco molesto—. Será mejor que nos vayamos a tu casa.

—Entonces de verdad me quieres acompañar a mi casa.

—Obvio que sí —se arremolina su cabello castaño—. ¿Por qué no querría llevarte a tu casa? El caballero de armadura blanca debe dejar a su damisela en peligro, sana y salva en su hogar. O algo así era, no estoy muy seguro de eso ahora —se encoge de hombros avergonzado.

—Más o menos esa es la idea —sonríe.

—¿Puedes manejar tú? —pregunto, porque sinceramente lo que menos quiero es manejar.

—*Sip* —asiente.

—Pero... —ahora que lo pienso mejor. Él podrá manejar mi Jeep, si el volante está en lado izquierdo y si no me equivoco en Inglaterra están al lado derecho.

—Tranquila —posa sus manos en mis hombros—. Puedo manejar por ambos lados.

—¿Cómo sabías qué?...

—Porque ya echabas humo de tu cabecita —guiñe coqueto con su ojo izquierdo.

—En mi defensa diré, que estaba preocupada porque no estaba segura de como ibas a manejar hacia mi casa.

—Lo sé —sonríe y otra vez veo esa sonrisa torcida que tanto me ha gustado—. Nos vamos ahora.

—Por favor —sacó las llaves de mi cartera y se las entregó a él. Él las recibe y no puede evitar sonreír por el llavero.

—¿Un Kiwi? —pregunta sorprendido

—Alejandro y su mal sentido del humor —digo contrariada.

—¿Por qué? ¿Acaso no te gustan los kiwis?

—Claro que me gustan —digo rápidamente—. Pero cuando le pedí que me trajera un kiwi de recuerdo, me refería al ave y no a la fruta.

Sonríe, pero en una milésima de segundos nos colocamos a reír estrepitosamente. Siento las miradas de los peatones alrededor de nosotros, más bien el de las mujeres que se quedan pegadas por mucho más tiempo del necesario en Alex.

—Entonces tú nunca has ido a Nueva Zelanda —pregunta, mientras le quita el seguro del Jeep y abre la puerta del copiloto.

—No —niego rápidamente—. Ni siquiera he salido del país.

Asiente lentamente, mientras me coloca el cinturón de seguridad, otra vez saca su lengua de manera casi imperceptible. Tal cual como lo hizo cuando abrocho los botones de la camisa hace rato.

—Ahora sí —me besa la frente otra vez. Se aparta de mí con su insolente sonrisilla, cierra la puerta y bordea el Jeep a pasos de tortugas. Ahora que estoy a una distancia prudente, pues creo que lo puedo apreciar mejor. Su cuerpo es fibroso, musculoso. Tiene una espalda ancha que se va

angostando a la cintura. Como lo pensé hace rato, su belleza es ruda, viril. Estoy segura que por cada poro de su cuerpo exuda masculinidad pura.

Abre la puerta del piloto y se acomoda en el asiento. Mira el tablero, la palanca de cambios y seguramente se está habituando.

—Desde cuándo que no te subías a un auto con el manubrio a la izquierda.

—Un par de años —sonríe de lado.

—Alex —me permito tocarle el brazo y creo que a él se le detiene la respiración por una milésima de segundos—. Si no te encuentras capacitado de hacerlo, lo entenderé. Le puedo decir a Alejandro que me lleve a mí a casa y así tú puedes continuar con tus pendientes del día de hoy.

—Emilia —se voltea y su forma de mirar me deja sin respiración por un segundo—. Confía en mí, podremos llegar a tu famosa Isla de Maipo.

—Lo recordaste —sonrío.

—He recordado todas las cosas que me has dicho en estas horas —coloca su mano sobre la mía—. Y acuérdate lo que te dije. Quiero conocerte mejor.

—Te vas aburrir de mí a los diez minutos —le digo mirando sus manos—. Soy la mujer más sosa del mundo.

—No lo creo —levanta mi rostro con cuidado para que lo vea. Su mirada hace que me quede otra vez si aliento, no estoy muy segura que es lo que hace realmente este hombre en mí, pero está causando nuevas emociones.

»¿Te estás sintiendo bien? —pregunta acariciando mi rostro—. Te veo un poco sonrojada.

—¿Sí? —pregunto mientras me llevo una de mis manos a mis mejillas—. Creo que —trago saliva con dificultad—. Tengo un poco de calor —comienzo a mover la camisa para que me llegue un poco de aire.

—Desabróchatela un poco —dice mientras trata de abrir los botones del medio. Se me corta la respiración al ver esas manos en mí cuerpo.

—¡No lo hagas! —detengo sus manos. Él me mira extrañado y no debe entender mis mierdas—. Por favor —acaricio sus nudillos—. Yo puedo hacerlo.

Él frunce el ceño. Y al parecer está conforme con mi respuesta.

—Igual si quieres, puedo colocar el aire acondicionado.

—Por favor —suelto sus manos y él las quita lentamente de la camisa—. En el GPS salen las indicaciones de cómo llegar a mi casa.

—Claro —responde rápidamente—. Si quieres puedes dormir en el camino.

—Gracias —sonrío avergonzada—. Espero que no me secuestres.

—Ganas no me faltan —dice graciosamente y me arranca una sonrisa sincera.

—Sabes que Alejandro te buscaría por cielo, mar y tierra. Cuando no es fotógrafo es detective privado.

—¿En serio? —pregunta asombrado.

—No te lo diré —quedo mirando la agencia, mientras salen de ella los dueños de RUNNING, están hablando un poco exaltados, estoy segura que se debe a la maldita campaña. Me fijo que Roberto se sube en el Porshe 550 y el asiento del copiloto Pedro, como me lo imagine ellos no más se lo podían permitir.

—Así que Roberto era el dueño del Porshe —dice Alex.

—Parece que sí —me fijo que los dos salen del estacionamiento y las miradas de todos los hombres y mujeres se van hacia el auto clásico.

—En las calles de Londres se ven ricos dentro de esos autos de colección.

—¿Sí? —pregunto emocionada—. Pero en las películas no sale nada de eso.

—¿Te gusta el cine inglés? —pregunta intrigado.

—Más que inglés, todo las películas que tengan locación en Inglaterra, Irlanda y Escocia.

—¡Guau! —dice sorprendido—. Y te apuesto que te gustan los escritores ingleses.

—Puede ser —me encojo de hombros—. Mi mamá era profesora de literatura en una importante universidad del país y desde muy niña me inculcaron las letras. Supongo que está en mi ADN.

—¿Y puedo saber qué libro leíste la primera vez?

—Te vas a reír de mi —digo mirando al frente.

—Vamos, no puede ser tan malo. Si quieres yo te digo cual fue el primer libro que leí.

—¿Lo harías? —pregunto emocionada.

—Claro. Y a aunque no lo creas, el primer libro que leí es de un francés bien famoso.

—¿Francés? —musito. E infantil el único que recuerdo en este momento es...

—Antoine de Saint-Exupéry —me interrumpe—. El principito.

»“He aquí mi secreto, que no puede ser más simple. Sólo con el corazón se puede ver bien; lo esencial es lo invisible a los ojos” —dice las palabras de memoria mientras levanta la manga de su camiseta y deja a la vista su tatuaje con la frase en inglés: *«And now here is my secret, a very simple secret; it is only whith the heart that one can see rightly, what in essential is invisible to the eye»*.

—¡Guau! —digo asombrada, mientras recuerdo que Alejandro tiene la misma frase tatuada en la costilla derecha. Veo las letras tatuadas en su fuerte brazo, jamás me imagine que eso era lo que tenía escrito. Acaso él será una especie de literato encubierto en esa pose de hombre rudo o quizás yo esté pensando cosas que no son nada acá.

—Pues que te puedo decir. Ese autor marcó mi infancia y por qué no decir mi adultez.

—¿Y te lo tatuaste? —acaricio delicadamente las líneas.

—Ajá —dice en un susurro—. Ahora puedo saber cuál fue el primer libro que leíste.

—Claro que sí —le digo, mientras aún sigo tocando las líneas trazadas—. ¿Te dolió? —

pregunto de repente.

—Un poco. Pero soportable —me observa detenidamente y quizás que estará pensando.

—Yo le tengo miedo a las agujas —respondo avergonzada—. Apenas y tengo las orejas horadadas —y les muestro unos aros gigantes en forma de círculo que Alejandro me trajo de Guatemala hace unos años atrás—. Ni siquiera me podría enfrentar a un tatuador.

Él asiente pensativo, mientras corre mi cabello detrás de las orejas.

—Deberías dejar que tus pequeñas orejas se luzcan —me acomoda el cabello y acaricia lentamente mi quijada—. Tu cabello castaño es hermoso, pero tu rostro debe ser mostrado tal cual es, sin nada que lo oculte.

Siento mis mejillas arder otra vez.

—Gracias —sonrío avergonzada.

—Nada de gracias. Solamente te digo la verdad. Ahora puedo saber cuál fue el libro que leíste la primera vez.

—Como comprenderás, es británico —sonreímos al mismo tiempo—. El león, la bruja y el ropero.

—De C.S. Lewis —dice Alex.

—Me declaro culpable. Y sabes lo más vergonzoso de esto.

—¿Qué cosa? —pregunta confundido.

—La casa de mis padres es una casona antigua —él asiente—. Y muchos muebles venían con la casa y mis padres los dejaron, porque los consideraban unos clásicos y que era maldad deshacerse de ellos.

—Ok.

—Y una de las habitaciones que no se ocupaban. Había un gran ropero, como el que describe C.S. Lewis en su libro. Y siempre me imaginaba que yo era la pequeña Lucy y que si entraba al ropero iba a llegar a Narnia —digo avergonzada encogiéndome de hombros—. Aunque lo más cercano de algún animal exótico fue una mariposa nocturna del porte de... —muevo mis manos para tratar de hacer la dimensión real de unos diez centímetros— no sé muy bien. Pero era muy grande y creo que hasta ahí me duraron las ganas de ser Lucy.

—¡Vaya! —dice sorprendido—. Y ese ropero existe todavía en tú casa.

—Sí —asiento lentamente—. La casa está casi igual. Cuando llegemos a ella, te lo mostrare si quieres.

—Bien —sonreímos—. Será mejor que nos vayamos, porque me imagino que queda un poco lejos tu famosa isla.

—Sí —me encojo de hombros. Prendo la radio del Jeep—. ¿Quieres oír una canción en particular?

—Mmm... no, pone lo que tú quieras.

—Me gusta Bruno Mars.

—Colócalo —asiente rápidamente. Mientras prende el motor del Jeep. La canción Gorilla de Bruno inunda nuestros oídos, mientras avanzamos hacia la Avenida principal de Santiago.

Capítulo 7

Abro los ojos y me fijo que estamos cruzando el Río Maipo. Al parecer Alex ha seguido al pie de la letra las indicaciones del GPS.

—¿Estás cansado? —pregunto, mientras bostezo perezosamente.

—No —dice concentrado en la carretera—. Pero tenías razón que tu famosa Isla de Maipo es bastante lejos. Viajas todos los días a la ciudad.

—Sí —le digo acomodándome en la silla—. Aunque he pensado que quizás debería tener un pequeño departamento cerca del trabajo —vuelvo a bostezar—. Perdona —le digo con la voz somnolienta—. Parece que los medicamentos me han hecho efecto.

—Sí —dice escuetamente.

—¿Estás molesto? —pregunto mientras me refriego los ojos por unos segundos para despabilarme del todo.

—No —dice rápidamente—. Es que estoy concentrado en la carretera, hablo y leo el español casi al cien por ciento, pero como lo había dejado de practicar, me ha costado mucho guiarme con el GPS.

—Lo siento —digo avergonzada—. Me debiste mantener despierta.

—Emilia —me mira de reojo y posa su mano sobre la mía—. Te quedaste dormida apenas terminó la primera canción de Bruno Mars, así que decidí seguir el viaje con las indicaciones. Aunque me ha gustado dejar la ciudad y ver esto —señala el arboleado que nos acompaña en la carretera—. Yo si viviera acá, ni siquiera pensaría en buscar un departamento en la ciudad.

—¿En serio? —bostezo otra vez—. Perdóname Alex, no estoy muy segura que me dieron, pero me provoca mucho sueño.

—No te preocupes —sonríe—. Pero como te iba diciendo, ver todos los días esto, es un verdadero privilegio de la vida.

—Así es —sonríe al mirar los viñedos—. He vivido toda la vida acá, así que tampoco me imagino vivir en la ciudad. Sé que por mi trabajo debo estar allá de lunes a viernes. Pero el sábado y el domingo los hago intenso.

—¿Y qué haces en esos días?

—En el verano pasó tardes enteras en la orilla de la piscina, otras veces salgo a recorrer el predio y otras simplemente me quedo vegetando en mi cama.

—Es un buen plan —asiente pensativo.

—Sí, las veces que coincidimos con Alejandro pasamos la tarde viendo películas o comiendo las increíbles delicias que hace su madre.

Nos quedamos en silencio y sacó el celular de mi cartera. Ahora veo una llamada perdida de mi papá.

—Alejandro... —susurro. «En que lío me metiste»

—¿Te escribió? —pregunta intrigado.

—No, él me llamaría antes de escribirme algo.

—Ah... entonces por qué lo nombraste.

—Alejandro llamó a mis padres. Y se me ha olvidado llamarles para decir que estoy bien. Y que mi amigo es un exagerado de fuerza mayor.

—Si lo hizo, es porque eres su mejor amiga —dice, mientras observamos unos caballos que pasan al costado de nosotros. Porque ahora mismo ya no estamos en la carretera, sino en la caleta—. ¡Guau! —dice asombrado—. Donde vivo yo, no veo caballos.

—Pues acá verás de todo —sonrío.

—¡Vaya! —asiente lentamente—. Creo que no me podría ir de acá nunca.

—¿Sí? —pregunto con curiosidad.

—Me ha gustado mucho lo que he visto, pero en realidad me ha gustado este lado la ciudad.

—Es bello, un poco apartado de todo. Pero hermoso.

—Sí.

Nos quedamos en silencio, mientras entramos por un camino de tierra, pasamos la parcela de los padres de Alejandro y veo la acequia que divide ambos terrenos, automáticamente cierro los ojos. Los vuelvo abrir y ahí llegamos al viejo portón que dan la bienvenida a mi casa. En sus años mozos me imagino que ese portón era uno de los más bellos que había por el sector, pero ahora es uno de lo más deteriorados.

—¿Es aquí? —pregunta deteniendo el Jeep.

—Sí —asiento rápidamente—. Me bajo para abrir el portón y puedas entrar.

—No es necesario —dice—. Yo la iré abrir.

—Gracias, pero no te deberías tomar tantas molestias.

—No te preocupes —sonríe—. Me prestas las llaves del portón.

—Claro —sacó el manajo de llaves.

—No te rías —le digo mientras se las entregó.

—Se supone que esto es... —mira el llavero con atención.

—El Mamut de la era del hielo.

—Puedo saber por qué tienes un mamut de peluche en tu llavero.

—Pregúntale a Alejandro —me encojo de hombros—. Ni yo lo entiendo. Dijo que vio esto y se acordó de mí. Y creo que en lo único que nos parecemos es el color del cabello.

Alex se coloca a reír por mis comentarios y yo sonrío por decirlo en voz alta.

—Alejandro te trata como una niña —dice, mientras se baja del Jeep. Trata de abrir el portón

y no le ha funcionado con la primera llave, prueba una y otra llave hasta que logra abrirla. Empuja el portón y se escucha el insoportable chirrido de las viejas bisagras. Sin duda mi casa estaría perfecta para hacer una película de terror.

—Tú portón da miedo —dice mientras se acomoda en el Jeep.

—¿Tú crees? —pregunto en forma irónica y el frunce el ceño en una milésima de segundos.

—Ja, ja, ja. Graciosilla —nos aflora una sonrisa impertinente—. Pero con un poco de aceite dejará de sonar.

—No lo sé —hago una línea en los labios—. Ni siquiera sé si hay ese tipo de aceite en la casa, porque creo que el aceite de cocinar no sirve —le sacó la lengua y nos colocamos a reír por mi absurdo comentario.

—Si no tienes, compramos en alguna ferretería.

—Si tú quieres, lo haremos. Pero hoy no, me siento cansada —le digo mirando la entrada de mi casa.

—Entonces es oficial que nos veremos más de un día.

—¿Tú crees? —pregunto graciosamente—. Me da la sensación que nunca te vas a ir de aquí.

—Hasta que lo aceptaste —dice arremolinando su cabello castaño.

—¿Acepta qué? —pregunto confundida.

—Que sientes cosas por mí. Qué otra cosa más sería.

—Eso no va a pasar —le guiño un ojo. Mientras espero que avance hacia el interior.

—Emilia, eso no te lo crees ni tú —sonríe de lado, mientras entramos a la parcela. Se vuelve a bajar en silencio y va a cerrar el portón. Me quito el cinturón de seguridad para bajarme del Jeep. Necesito moverme ya.

—Es impresionante el lugar donde vives —dice acomodándose en el asiento para avanzar más al interior—. No sé qué haces trabajando en la ciudad.

—Por el dinero, las cuentas no se pagan solas —digo mientras miro que el perro San Bernardo de Alejandro, está moviendo la cola de un lado para otro. Seguramente cree que vengo con su amo. Cuando vea que es Alex, León se va a enojar.

—Como lo imagine —dice de repente Alex apartándose de mis pensamientos de León.

—¿Qué cosa? —pregunto confundida—. ¿Qué imaginaste?

—Que tenías autos de juguetes —y nos fijamos en los dos autos que están estacionados en el garaje—. Y como lo supuse, un Fiat Quinchento —mis ojos se van al auto rojo que compró mi padre a unos italianos inmigrantes que vivían en Calera de Tango—. Y un Escarabajo Wolsvagen —que fue el primer auto de mi hermano mayor y que pasó a mis manos mientras estudiaba en la universidad—. Sabía que ese era tú estilo de autos.

—Alex —sonríe—. La verdad es que esos autos son de la casa. No son míos.

—¿Cómo? —pregunta confundido. Mientras mira los autos y a mí en una milésima de

segundos.

—Que esos autos no son míos. El Fiat es de mi papá y el Wolsvagen es de mi hermano mayor.

—Mmm... —asiente pensativo—. ¿Y por qué tienes tú un Jeep Wrangler? —pregunta mientras apaga el motor y nos detenemos a pasos de la casa.

—Viste el camino —Él asiente lentamente—. Tú crees que puedo usar esos autos para ir a trabajar todos los días.

—Quizás si o quizás no. No lo sé

—Pues te respondiste solo —me encojo de hombros—. Será mejor que entremos a la casa.

—Sí, es lo mejor —me entrega las llaves del auto—. No sabías que tenías un perro —dice cerrando la puerta.

—¡Alex! —le grito.

—¿Qué? —pregunta confundido.

—¿León? —me cubro los ojos, porque el San Bernardo se ha tirado al cuerpo de Alex—. ¡Alex! —me quito las manos de los ojos. Me bajo del Jeep, lo bordeo y avanzo hacia Alex y León. El perro le está lamiendo la cara a Alex y él se ríe por las caricias del perro.

—Tú perro me ama —dice entre risas, mientras el perro de 110 kilos está encima del cuerpo de Alex.

—No entiendo nada —digo confundida. Es primera vez que León se comporta así de juguetón con un desconocido.

—¿Qué no entiendes? —dice, mientras se levanta del suelo y comienza a jugar o quizás pelear con el perro, no sabría descifrarlo en este momento.

—Que León se lleve bien con alguien.

—León...

Le besa la frente del perro. Abro la boca, porque jamás pensé que el perro cediera ante un N.N., ni cuando mis hermanos están acá se pueden acercar a él a menos de un metro y ha dejado que Alex se acerque y juegue con él. ¿Qué está pasando acá realmente? No entiendo nada.

—Me gusta tu nombre —le dice acariciando la cabeza—. Lo tienes bien cuidado —me queda mirando y yo sonrío por su comentario. Me imagino que está bien cuidado, porque tiene más hectáreas para correr que un caballo en el club hípico y puede comer en las dos casas a la vez y gastar toda esa energía persiguiendo los gatos de la otra vecina.

—Gracias —me acerco a León y él me da la pata para que lo salude.

—Además lo tienes entrenado —dice sorprendido—. ¿Cómo lo hiciste?

—Yo no hice nada —sonrío—. Buenas Tardes León.

—¡Guau! —ladra el perro y sonrío automáticamente.

—¡Vaya! —Alex mira al canino y a mí en milésimas de segundos—. Lo tienes increíblemente entrenado.

—No es para tanto —me encojo de hombros—. En realidad esto lo han hecho los padres y el mismo Alejandro.

—¿Alejandro? —pregunta confundido.

—Sí, la casa de los padres de Alejandro es esa —señalo la casa de al lado—. Y León pasa entre las dos casas, aunque sinceramente creo que pasa más acá conmigo.

—Entonces León no es tuyo.

—No —niego con la cabeza—. Pero cuando Alejandro no está en Chile y a León le pasa algo, yo lo llevo al veterinario y me hago cargo de él. Es que los padres de Alejandro son adultos. O sea no tanto, pero a mí no me molesta en nada llevarlo al veterinario o encargarme de él, cuando los tíos salen de vacaciones.

—¡Vaya! —dice sorprendido—. Así que León es de Alejandro —dice pensativo, mientras sigue acariciando la cabeza del perro—. Pero es más tuyo.

—Pareciera que sí —sonríe—. Es como nuestro hijo —ríe por mi comentario.

—Ya me di cuenta —sonríe—. ¿Y por qué León no se lanzó sobre tú cuerpo? —pregunta intrigado.

—Mmm... —me encojo de hombros, porque Alejandro le advirtió una vez que si me hacía algo malo, lo iba a castrar y creo que si sabía lo que estaba hablando su amo, porque nunca se me ha atravesado o subido a mi cuerpo cuando estoy de pie. Solamente lo puede hacer cuando estoy sentada o acostada—. Como dices tú. Yo creo que me ve demasiado menudita y frágil para tirarse sobre mí —le guiño el ojo, mientras comienzo a caminar a mi casa.

—Posiblemente —comienza a caminar al lado mío—. Tú casa es grande.

—Te dije que vivía en una casona.

—Sí, pero no me imagine que era así de grande.

—Es que es la casa familiar. No es mi casa, o sea si es mi casa, pero cuando vienen mis padres y mis hermanos con sus esposas e hijos es de todos.

—Claro, entiendo la idea —asiente, mientras subimos las escaleras—. Y conoceré a tus padres el día de hoy.

—No —abro la puerta de mi casa. La madera está tan agripada, que me cuesta un montón abrirla—. No puedo —me quejo.

—¿Lo hago yo? —pregunta.

—Y te sigo molestando —me corro, para que él pueda abrirla. A diferencia de mí, él la abre al primer intento—. Gracias —sonríe.

—De nada —sonríe. Mientras León entra a la casa—. ¿Lo dejaras entrar? —pregunta emocionado.

—Se da una vuelta por la casa y cuando se asegura que no haya nada raro. Y me refiero al gato del otro vecino, me deja entrar.

—León te ama —dice convencido.

—Puede ser. Además es una gran compañía —León se acomoda al lado de la chimenea y eso nos da el pase de que es segura mi casa.

—Emilia —entrelaza nuestras manos otra vez—. Minuto a minuto que pasó contigo, me siento más enamorado de ti.

—Alex —sonríe—. No lo hagas —descruzo nuestras manos y avanzo hacia el interior de mi casa.

—¡Guau! —dice sorprendido Alex al ver la casa de mis padres—. Pareciera que volví en el tiempo y entre a una casa de inicio del siglo XX europea.

—Lo es —asiento pensativa, mirando la decoración—. Mis padres son de Punta Arenas, no sé si conoces esa ciudad —él niega rápidamente—. Mi padre, es el hijo ilegítimo de un croata que hizo una pequeña fortuna en ese lugar. Pero mi padre no fue reconocido por este hombre hasta que murió. Por eso es que mi apellido es Jiménez que es el apellido de mi abuela, y no Goic que es el apellido de mi abuelo —digo en un susurro, porque en realidad solamente mi familia y la familia de Alejandro lo saben y a mi padre no le gusta hablar de eso—. El asunto es que mi padre se enteró que el patrón de mi abuela, era su padre biológico —me llevo la mano a la boca y miro hacia afuera, porque ya veo que mi padre está entrando a la casa y me rete por ventilar su vida privada—. Y quizás por lástima o por lo que sea, El abuelo le dejó una pequeña fortuna cuando se murió, ya que él no tenía descendencia directa. El asunto es que además le heredo este lugar con muebles incluidos —señalo esto—. Es por eso que la casa parece de inicios de siglo, porque el abuelo Boris trato de rememorar la casa que tenía en Punta Arenas y en Croacia, acá en la Región Metropolitana.

—¡Guau! —dice sorprendido Alex.

»Lo sé. Es obvio que este tema es delicado. Porque mi papá no se siente orgulloso de tener esta casa, por —hago comillas— “lástima”. Y lo entiendo, porque seguramente no es fácil para nadie, enterarse que tú eres hijo del “patrón” —vuelvo hacer comillas—. Y que ni siquiera te quiso dar el apellido.

—Pero y tú padre, nunca quiso tener el apellido Goic cuando se enteró de la verdad.

—No —niego rápidamente—. Porque dice que la infancia y sus años de formación, solamente se los debe a la Abuela Emilia.

—¿Te llamas igual que tu abuela?

—Sí —asiento rápidamente—. Emilia Jiménez —le guiño un ojo.

—Que increíble historia —me queda mirando con cierta admiración.

—Así que tienes algo de croata en tus sangres.

—*Sip* —asiento rápidamente—. Porque mi mamá es Mila Jackovic, una descendiente directa

de un matrimonio croata que llegó después de la Segunda Guerra Mundial a Punta Arenas. Así que en teoría soy más croata que chilena. Pero no sé lo digas a nadie.

—Obvio que no sé lo diré a nadie. Si solamente conozco a los dueños de RUNNING y a Alejandro acá en Chile.

—Lo digo más bien, por la parte de mi padre. Es que si sabe que alguien externo a la familia se ha enterado, se va a enojar conmigo —sonríó avergonzada.

—De mi boca no saldrá —y hace un extraño saludo con los dedos. No tengo ni idea de que significa, así que se lo dejo pasar.

»¿Y ella? —pregunta por la foto de mi abuela Emilia—. Eres tú más joven.

—No —niego rápidamente—. Es la abuelita Emilia, la mamá de mi padre.

—¡Guau! —queda mirando la imagen en blanco y negro de la abuela, que debe ser como de 1920 o 1930, no lo sé con certeza—. Eres igual a tu abuela.

—Lo sé —sonríó—. Todo el mundo piensa lo mismo.

—Y te apuesto que ese hombre es tú padre —señala a mi papá.

—Sí —asiento—. Aquí está en fase hippie, ya sabes la era de Jimi Hendrix, Santana, The Who y todo eso.

—Creo que varios pasaron por esa época, no sabía que esa moda había llegado a Chile. O sea, lo digo por la distancia de Estados Unidos.

—No, tranquilo —coloco mi mano en stop—. Entiendo lo que quieres decir, pero la moda llega a todos los rincones del mundo —le guiño un ojo.

—Lo sé —asiente pensativo—. Y tú mamá es la mujer de cabello rubio —señala a mi mamá.

—Sí, de todos los hermanos yo fui la única que heredo el cabello castaño de papá, mis dos hermanos son rubios de ojos claros.

—Pero a no todos nos gustan las rubias sosas —guiñé coqueto y sigue mirando las fotografías que están colgadas—. Eres la menor —señala una foto donde mis hermanos mayores me tienen en brazos.

—La bebé —me siento en el sofá, me acaricio la pierna derecha, porque me está doliendo un poco. León levanta la vista y me queda viendo preocupado. Le hago un gesto con la cabeza, para que se quede quieto.

—¿Y tienes sobrinos?

—Cinco. Tres niñas de Francisco mi hermano mayor y dos niños de Fernando mi otro hermano.

—Mmm... —asiente—. Emilia y no te da miedo vivir sola en esta casa tan grande.

—No —niego—. Desde que León pasa más tiempo acá, que al lado. Me siento segura —el San Bernardo levanta la vista y me queda viendo por un instante pero se vuelve acomodar en el suelo y sonrío al verlo. Aunque hubo un tiempo que esta casa me daba mucho miedo, pero han

pasado muchos años desde que no provoca ese dolor el estar acá adentro.

—Mi casa en Londres no es tan grande como esto —dice apreciando las murallas—. Pero seguramente te gustara. Además tiene vista al Río Támesis.

—Alex —niego con la cabeza—. Te tienes mucha fe conmigo.

—Digamos que más que fe. Me gusta planear las cosas con anticipación, solamente es eso—. Además... —se sienta al lado mío—. Admítelo Emilia, por lo menos debes confiar en mí, me dejaste entrar a tú casa y me contaste algo muy privado de tú familia —sopeso sus palabras y creo que él tiene razón.

—Tal vez —me encojo de hombros—. Ahora si quieres te puedes ir. Ya me dejaste sana y salva, como lo hace un caballero de armadura —me cubro un manta que tengo en el sofá. Además ya no quiero abusar más de él.

—Te dije que no me iba a quedar tranquilo, hasta que te dejara recostada en tú cama. Y todavía no cumplo con mi objetivo, así que todavía no me iré —se levanta del sillón y mira por los alrededores—. ¿Dónde está la cocina?

—Por el pasillo a la izquierda. Antes que vayas a la cocina —me masajeo la sien lentamente —, disculpa el desorden.

—No te preocupes —me guiñé con el ojo izquierdo—. Yo me encargo —comienza a caminar en dirección a la cocina y veo que León mira atento la salida de Alex.

—FUCK!^[3]—es la voz de Alex desde la cocina—. ¡Mujer! Este lugar es...

—Lo sé —me cubro con la manta, a mí no más me pasan estas cosas.

—No te preocupes —grita—. Con la ayuda de este servidor, te la dejaré como nueva —dice emocionado.

—No es necesario —respondo—. Alex no te molestes —grito—. Yo mañana me encargo de todo —le digo. Mi cocina es un caos, no sé si realmente soy yo la que está ahí en las mañanas y en las noches o es un ejército de personas que la dejan patas para arriba todos los días.

—No puedo dejar esto así —dice, mientras se escucha loza que choca entre sí—. Parece que no te gustan las labores domésticas —sonrío, porque es verdad. Sin duda Alex ha descubierto todas mis falencias el día de hoy. Escucho el agua correr de la cañería y vasos que chocan entre sí.

—Me descubriste —niego con la cabeza—. Pero mañana recién es sábado y en teoría trato de ordenar todo —León me mira, y si pudiera sonreiría por mi mentirilla. Se me da fatal ordenar esta casona. No terminó nunca y ya es domingo en la noche.

—Ahhh... —dice desde la cocina—. ¿Y no tienes a nadie que te ayude con las labores domésticas? Porque una persona sola, no terminaría nunca de ordenarla.

Me levanto del sofá y camino hacia la cocina. Abro la boca por lo que ven mis ojos. Alex

está con el ridículo delantal rosado de lunares blanco que me trajo Alejandro de San Francisco, California. Según él, teniendo un lindo delantal me darían ganas de cocinar. Pero creo que se equivocó con sus buenas intenciones, lo he usado una sola vez y fue el día que me lo trajo.

—Te queda bien —le digo con una sonrisilla impertinente en los labios.

—¿Tú crees? —deja de lavar la loza y coloca los brazos en forma de jarra. Para que lo aprecie mejor.

—Sí —asiento lentamente—. El rosa es tu color —le guiño el ojo coquetamente.

—Posiblemente —sonríe negando con la cabeza—. Emilia, no sé qué me haces.

—¿Qué quieres decir? —pregunto confundida, mientras me apoyo en el marco de la puerta.

—Jamás en mi vida me había puesto esto por una mujer —señala el delantal rosa.

Sonrío, porque no estoy muy segura que responderle. Ni idea de cómo funciona esto, y ni idea si lo que me dijo es bueno o malo. De verdad que esto se me da fatal.

—Pero no te queda tan mal.

—Un poco pequeño —sonreímos a ver como los músculos se le tensa en esa camiseta.

—¿Puedes respirar bien? —pregunto mirando su camiseta.

—¿Qué cosa? —frunce el ceño. Por qué no tiene idea lo que le pregunte.

—No me hagas casos —me arremolino el cabello.

—Si lo dices por tu delantal, sí, es un poco ajustado para mí —sonreímos—. Pero puedo respirar bien.

—Eres rápido —desvío la vista a la mesa isla ordenada y limpia.

—Para algunas cosas —dice con cierta ironía. No sé muy bien que es lo que me quiso decir, así que se lo dejo pasar, sentándome en la silla de la mesa isla—. Entonces no tienes a nadie que te ayude con la casa —dice apoyándose en la mesa y quedando casi al frente de mí.

—No —niego con la cabeza—. Mi niñera —está más que claro, que ya se dio cuenta que mi familia tiene recursos, así que no le puedo mentir en esa parte—. Vivió conmigo hasta el año pasado, pero lamentablemente falleció.

—Lo siento —dice arrepentido.

—No tenías por qué saberlo —quedo mirando hacia las ventanas y ahí está el lugar que fue mi escondite de niña—. Además ella murió por vejez, no murió de una enfermedad catastrófica o atropellada o alguna de esas muertes horribles.

—Ah... —asiento pensativo.

—El asunto es que, quizás ella y mis padres me mal criaron un poco.

—Quieres decir, que nunca tuviste la necesidad de limpiar o hacer algo por ti —responde lo obvio.

—Puede ser —me encojo de hombros avergonzada—. Creo que mi suerte de años en este minuto es mala suerte, apenas y sobrevivo en esta casa y vivo a base de sopas instantáneas y los

almuerzos que me invitan los padres de Alejandro.

—Eres una niña bien —me queda mirando con mayor atención—. Que nunca había tenido la necesidad de hacer cosas domésticas.

—Digamos que pase más tiempo haciendo otro tipos de cosas —como hospitalizada, rehabilitación, médicos, psicólogos y una chorrada de cosas que no se las diré a él—. Pero el problema en cuestión, es que sin mi niñera la casa se me vino encima.

—Me lo imagino... Pero —sopesa sus palabras antes de decirla—. Si ella era una mujer mayor, veo casi imposible que limpiara toda esta casa.

—Obvio que no podía —sonríó—. Ella contrataba todas las semanas a dos personas que nos hicieran el aseo general y ella solamente se dedicaba a cocinar y que yo no dejará todo patas para arriba, como ya lo comprenderás no se me da muy bien esto.

Asiente, mirando la cocina.

—¿Y por qué no vuelves a contratar a alguien que te ayude con la casa?

—No lo sé —suspiro—. O sea, lo sé —hago una línea en los labios y lo quedo mirando a él—. El lugar de Jacinta, porque ese era el nombre de mi niñera. Era más como el de abuelita, entonces siento que si dejo entrar a alguien a esta casa y ocupe su lugar desplazare una parte importante de ella en mi corazón. Quizá sea absurdo lo que te digo, pero esa mujer estuvo a mi lado toda la vida y la quise tanto que me duele saber que ya no está conmigo —se me quiebra la voz, pero esta vez no la caen lágrimas de mis ojos, lo que sin duda es un milagro para el día de hoy.

—No es absurdo —dice tomando mis manos—. Por querer a una mujer que estuvo toda una vida a tu lado. Y comprendo que no quieras a alguien en esta casa.

—Gracias —sonríó—. Sabes —lo quedo mirando a los ojos—. Jacinta te hubiera amado.

—¿A mí? —aflore una sonrisilla impertinente de sus labios del pecado—. ¿Y por qué?

—Por todo lo que has hecho por su niñita —sonreímos al mismo tiempo—. Nadie se ha preocupado tanto por mí y de forma tan desinteresada —porque todas las personas que ayudaron en mi recuperación, recibieron todo el dinero que les pudieron sacar a mis padres y posteriormente a mí, por eso es que valoro todo lo que ha hecho por mí en estas horas.

—Sabes que no hago esto porque sí. Y desinteresadamente tampoco lo estoy haciendo.

—Si lo dices por eso...

—Te dije que me he enamorado de ti. Y si estoy acá mismo, es para mostrarte que mis intenciones son buenas contigo.

—Me cuesta creerte —le digo apartando mis manos.

—Lo sé —se cruza de brazos—. A muchas mujeres les gusto por mi físico —me muerdo la mejilla interna, porque me gustaría decirle que esas mujeres tienen mucha razón—. Pero contigo

no funciona.

—Es que estoy fallada —lo quedo mirando y me gustaría decirle que de verdad estoy fallada y por eso que nunca podré estar con él o con alguien más.

—Todo el mundo está fallado —se acerca a mí y me besa la frente.

—No lo creo —susurro, mientras su barba acaricia mi piel—. Alex...

La canción de Gorilla de Bruno Mars nos interrumpe.

—Perdona —salgo en busca de mi celular que está en la cartera. Veo la pantalla y es el nombre de mamá, no le puedo cortar la llamada porque la conozco tan bien que debe estar en el aeropuerto internacional de Punta Arenas tratando de tomar el primer vuelo a Santiago.

—¿Mamá? —pregunto, antes de saludarla.

—¡Hasta que me contestas! —grita a través de la línea—. Pensé que te habían secuestrado.

—¡Ay mamá! —camino en dirección a la cocina—. Eres una fatalista. «Es mi mamá» —le digo a Alex mientras avanzo hacia la puerta trasera de la casa—. ¿Quién querría secuestrarme?

—Gente mala —dice como lo obvio.

—Mamá, te prohíbo que veas la Ley y el Orden víctimas especiales. Que con Alejandro es más que suficiente.

—Alejandro hizo lo que tenía que hacer no más —me regaña a través de la línea—. Estaba preocupado, además te dejamos encargada con él y sus padres.

—Mamá —me quejo—. No soy un perrito, para dejarme encargada con los tíos y con Alejandro. Él tiene una vida —mucho mejor que la de cualquiera que conozco—. Y no siempre se encuentra en Chile.

—Lo sé —suspira cansadamente—. Pero hija, ponte en mi lugar por un minuto, estoy al fin del mundo y tu mejor y único amigo me llama desesperado porque la tierra te había tragado. ¿Qué esperabas de mi o más bien de nosotros?

—Entiendo lo que me quieres decir —suspiro cansadamente—. Pero sufrí una crisis de pánico.

—¿Crisis de pánico? —dice asustada—. No tenías una de esas hace años.

—¿Qué dices con eso mamá? —pregunto desconcertada—. ¿Acaso no es la primera vez que vivo una?

—Hija... —se produce un insoportable silencio.

—Mamá... Por favor dime lo que sea.

—Hija... —escucho la voz de papá a lo lejos, no estoy muy segura de que cosas están hablando, pero es obvio que es sobre mí. Se escucha que el teléfono cambia de manos.

—Emilia —es mi padre.

—Papá.

—Hija.

—Sí —sonríó al oír su voz—. ¿Cómo estás?

—Yo bien, pero tú madre ha estado nerviosa desde la mañana.

—Lo sé... —se me aprieta el estómago. No me gusta que ellos se sientan mal por mi culpa. La han pasado mal conmigo desde que tengo memoria y no me parece justo traerle mis mierdas con mis ya veintiocho años—. No los quise asustar, todo esto pasó tan rápido, que recién estoy en casa.

—¿Estabas durmiendo? —pregunta apenado.

—No —niego rápidamente, mientras veo que Alex se mueve en la cocina, como si fuera suya, pareciera que él nació para este lugar. Es como si llenara la estancia con su presencia, es como la sensación que tuve en la clínica hace horas atrás—. Me vine durmiendo todo el camino —sonríó, mientras Alex me observa a través de la ventana.

—Qué bueno que Alejandro te trajo a casa. Es un largo camino.

—Es que...

—¿Qué sucede hija? —pregunta confundido.

—Papá, es que no fue Alejandro quien me trajo.

—¿Ah... no, entonces quien fue?

—Un hombre que conocí.

—¿Hombre? —pregunta confundido.

—Papá, no soy lesbiana —escucho suspirar a través de la línea y a mí me aflora una insolente sonrisa—. Y si lo fuera, creo que no habría problemas.

—Perdóname hija —dice avergonzado—. Es que el único hombre que ha estado en tu vida ha sido Alejandro y me cuesta creer que otro hombre este ahora en ella.

—Tampoco te pases películas, no es nada mío él hombre que conocí.

—Pero te trajo a casa. Acaso es un taxista.

—No —ríó por el comentario de mi papá—. Es un hombre inglés que conocí hoy...

—¿Y te llevo a casa? —pregunta desconcertado.

—Papá —me llevo la mano a frente por unos instantes para pensar bien la respuesta—. No soy una niñita.

—Para mí siempre será mi niñita.

—Te quiero —le digo con una sonrisa en los labios.

—Y yo a ti pequeña. Y sabes que quiero a alguien que te amé tanto como yo amo a tu madre.

—Sabes que eso no va a pasar —se me hace un nudo en la garganta.

—Emilia —se le quiebra la voz—. Eso que pasó no fue tu culpa. Fue nuestra, porque no vimos las señales.

—Papá —miro a Alex que me mira atentamente—. No es buen momento para hablar de eso,

lo que pasó... —suspiro—... seguramente me tenía que pasar.

—Es que no hay día que no me arrepienta, de dejar entrar a ese hombre en nuestras vidas.

—No te culpes, no tenías como saberlo y yo tenía miedo de decirles a ustedes lo que estaba pasando.

—Lo sé... —susurra—. Me gustaría devolvarte la niñez que te fue arrancada.

—Papá —caen lágrimas sin control, otra vez en el día—. Sabemos que...

—Lo sé. Pero daría todo lo que tengo para darte la vida que realmente te mereces.

—No digas eso —se me aprieta el estómago—. Tengo más de lo que merezco.

—Las cosas materiales no compensan tu sufrimiento...

—No te atormentes más con eso —me fijo que Alex sale de la cocina con León a su lado. El perro camina hacia mí y coloca su cabeza sobre mis piernas—. Además se supone que estoy bien.

—Sabes que colocar la palabra suponer, significa que no tienes certeza de lo que estás diciendo.

—Papá —siento que Alex se sienta al lado de mí e instintivamente recuesto mi cabeza en su brazo—. ¿Por qué eres tan...?

—Vivir con una profesora de literatura toda una vida te hace cuestionar todas las palabras que salen de las personas.

—A mí igual me pasa casi lo mismo —Alex comienza acariciar la cabeza de León.

—Entonces ese hombre inglés ¿Cómo es?

—Es un hombre —respondo diciendo lo obvio, mientras la mano de Alex acaricia lentamente mi mano—. Qué otra cosa te puedo decir.

—Hija... —murmura—. Me refiero a cómo es.

—*Aps*... es como grande.

—¿Grande de edad o grande de cuerpo?

—Ambas.

—¿Es un viejo? —pregunta algo celoso.

—No es un viejo —Alex entrelaza nuestras manos—. Pero es casi diez años mayor que yo.

—Ok —Alex besa mi frente y juraría que somos más que simple desconocidos. Aunque estoy muy confundida con todo esto—. ¿Y que hace acá en Chile? ¿Trabaja? O se encuentra de vacaciones.

La verdad es que no lo sé. Apenas y sé cómo se llama y la edad. No sé nada más de él.

—Supongo que de vacaciones —mira nuestras manos entrelazadas y a pesar de que no sé nada. Me gusta está extraña calidez que él provoca en mí.

—Otra vez con la palabra suponer. ¿No lo sabes?

—Espera —quito el celular de mi oreja y miro a Alex que está concentrado en nuestras manos o quizás en León que esta recostado en mis muslos.

—Te puedo hacer una pregunta —él inglés me mira y asiente lentamente—. ¿Qué estás haciendo acá en Chile? ¿Negocio o placer?

—Ambos —me besa la frente otra vez y de mis labios aflora una sonrisilla impertinente.

—Papá —me vuelvo a colocar el teléfono en la oreja—. Dice que ambas cosas —respondo.

—Ahh... Tú mamá quiere volver a hablar contigo.

—Ok.

»Mi mamá me bombardeara con preguntas sobre nosotros —le digo a Alex.

—Al fin —dice mientras voltea mi rostro sutilmente y lo acaricia suavemente.

—Es una forma de decir, acá no somos nada.

—Emilia, tú sí que eres testaruda. Hasta les hablaste de mí a tus padres el primer día. La mayoría de las mujeres esperan hablar de un hombre luego de la tercera cita o la primera vez.

—¡Alex! —exclamo avergonzada—. Mi mamá está al teléfono.

—Perdón, se me olvido —se encoge de hombros.

—Perdonado —sonrío.

—¿Emilia? —es mamá que habla tras la línea telefónico.

—Ahora si mamá. Perdona, es que estaba discutiendo una frase con el inglés.

—Así que el inglés —ríe—. Es guapo.

—¡Mamá! —me vuelvo a esconder en el hombro de Alex—. Digamos que no pasa inadvertido en las calles.

—¡Oh!

—Sí, mamá. Hoy lo comprobé con la enfermera y la recepcionista de la clínica. Y posteriormente con las chicas con las que trabajo en la agencia y las mujeres que pasaban en la calle a nuestro lado.

—¡Vaya! —dice sorprendida—. ¿Y es soltero?

—Espera que no me acuerdo si le pregunte eso... «No puedo creer que te pregunte esto Alex» —él me mira con esa sonrisilla impertinente en los labios—. ¿Eres soltero?

—Por el momento si —asiente lentamente—. Pero espero que una chilena-croata —ambos sonreímos—. Acepte ser mi novia al final de la tarde.

—Eso no va a pasar —niego rápidamente.

—Si va a pasar —lleva nuestras manos a sus labios y besa la mía. Siento cosquillas en mi piel.

—Mamá, dice que es soltero —respondo con una sonrisa en los labios.

—Soltero y guapo —y al parecer le está diciendo algo a mi papá—. ¿Y tiene hijos?

—Le preguntare. «Alex te puedo hacer otra pregunta»

—La que tú quieras.

—Mamá me pregunta si tienes hijos.

—No. Pero espero que la señorita chilena-croata me de todos los hijos que pretendo tener algún día.

—¡Alex! —sonríó estúpidamente—. Sabes que eso no va a pasar.

—Todo hombre tiene derecho a soñar —dice pensativo.

—Dice que no tiene hijos —respondo rápidamente. Porque ahora mismo estoy pensando en las palabras que acaba de decir.

—Hija, por qué no le sacas una foto y me la mandas.

—Mamá, eso no sé lo pediré.

—Por favor hija. Es la primera vez en mi vida, que te oigo hablar de un chico que no sea Alejandro y necesito colocarle un rostro a ese hombre. Por favor hija no seas mala con tu madre que sufrió 24 horas de contracciones antes de darte a la luz.

—Eso es jugar sucio —le digo molesta.

—¿Qué quiere? —pregunta intrigado Alex.

—No te lo voy a decir —niego rápidamente.

—Vamos no puede ser tan malo —dice graciosamente.

—No te diré.

—Puedo hablar con ella.

—¿Qué dices? —pregunto exaltada —. ¿Por qué quieres hablar con mi mamá?

—Porque quiero hablar con ella. Acaso eso está mal.

—Eso no va a pasar —niego rápidamente.

—Si va a pasar —no estoy muy segura que ha hecho, pero estoy recostada en la silla de la piscina y Alex esta encima de mi cuerpo forcejeando por el celular—. No seas niña, que quiero hablar con tú mamá.

—No somos unos niños —digo entre risas.

—Emilia —nos detenemos de nuestro forcejeo. Apenas y si soy consciente de que nuestra respiración entre cortada—. Emilia —apoya su frente sobre la mía y cierra los ojos—. Emilia —ahora si estoy segura que me va a volver a besar. Por muy temple de acero, ningún hombre se va a detener a una mujer recostada en una silla y la respiración entrecortada y no besarla de verdad—. Mujer que me haces —dice en un susurro. Y no estoy muy segura de que habla.

—Yo no hago nada —respondo con sinceridad.

—Y eso es lo que frustra —no sé muy bien que ocurre, pero me quita el celular de mi mano, sonrío triunfalmente por su logro y aún se mantiene casi encima de mi cuerpo y pareciera que no le molesta que sus ochenta u ochenta y cinco kilos de músculos estén encima de mí.

—¿Mamá de Emilia? —pregunta a través de la línea.

—Sí —sonríe—, soy el británico —ahora se sienta y me mira sin disimulo la camisa que

cubre mi cuerpo. O sea su camisa que cubre mi cuerpo.

—Pues pretendo que su hija quiera ser mi novia y a la semana mi esposa.

—¿Qué? —pregunto desconcertada. Mientras el traza sus dedos perezosamente en brazo.

—Claro, por mí no hay problema. Ustedes me dicen cuando nos pueden recibir en su casa.

—¿Qué? —de que habla este hombre.

—Perfecto. Ahora le mando la foto. Y un placer hablar con usted Mila.

Corta la llamada. Se coloca al lado mío y nos saca una *selfie*.

—Tienes que sonreír —dice volviendo a enfocar la cámara del teléfono hacia nosotros.

—¡Alex! —quiero detenerlo, pero es como si fuera una especie de huracán que ha entrado en mi vida y quiere hacer y deshacer todos mis esquemas.

—Emilia —besa mi mejilla y siento el flash de la foto.

Capítulo 8

El inglés le ha enviado tres fotos de nosotros a mi madre. Y una de él que yo misma le tome con el delantal rosa con lunares. Mi mamá me devolvió un vídeo corto de ella riéndose por la foto.

—Primero León y ahora mi mamá —le digo, mientras sacó unos vasos de la gaveta de arriba.

—¿Qué quieres decir? —pregunta mientras esta revolviendo unas pastas.

—Que mi mamá ya te ama. A lo igual que León. ¿Cómo lo hiciste?

—Respecto a León, solamente diré que siempre me han gustado los perros y se me da fácil llevarme bien con ellos, son los mejores amigos que alguien puede tener. Tú le puedes hacer lo que sea, pero ellos están ahí incondicionalmente para ti.

—¿Tanto te gustan? —pregunto con una sonrisa bobalicona en los labios.

—Sí, durante mi vida he adoptado perros abandonados.

¡Oh Axel! no me puedes decir esas cosas y que no me afecten para nada.

—¿Y ahora tienes perros?

—No —dice, mientras revisa la pasta—. Me da la sensación que hemos vivido una vida juntos. Y que ahora solamente estamos preparando nuestra cena, como lo haría un matrimonio de recién casados.

—¿Tú crees? —digo sorprendida.

—Sí y es raro —dice mirando la olla—. En Londres vivo solo, quizá por eso me está gustando hacer estas cosas de pareja.

Sonrío por su comentario tan directo. Realmente no sé si es, porque es europeo y está acostumbrado el ser una persona así de franca o que sinceramente es la primera persona que conozco, que es totalmente opuesto a todo lo que he conocido en mi vida.

—Ahora me vas a responder realmente que haces acá en Chile. Porque la respuesta que me diste hace rato, no te la creí para nada.

—Qué quieres decir con eso —se arremolina su cabello y me fijo en la tensión de sus brazos—. Te dije la verdad.

—Alex —me apoyo en la mesa isla—. ¿Qué día llegaste a Chile?

—Ayer —se acaricia su barba.

—Entonces estas de vacaciones acá en Chile.

—Más o menos —ahora él se cruza de brazos y me queda viendo mejor—. Se supone que hoy en la mañana iba de camino al Cerro Santa Lucia, pero me encontré contigo y el día cambio totalmente.

—Lo siento —susurro avergonzada.

—No lo sientas —dice rápidamente—. Tenía ganas de ir al Cerro Santa Lucia, pero tampoco me hacía mucha ilusión ir solo.

—Te puedo hacer una pregunta —lo quedo mirando con mayor atención.

—Obvio que sí —frunce el ceño un poco confundido—. ¿Qué quieres saber?

—Alex —sopeso mis palabras antes de decirla, porque sinceramente no estoy muy segura cómo sé lo va a tomar—. Es obvio que no nos conocemos y creo que tú me conoces mejor que cualquier persona que he conocido en mucho tiempo.

—¿Será? —se humedece el labio inferior—. O lo dices para que te cuente algo muy vergonzoso de mi parte.

—No sé si es vergonzoso. Antes que nada, quiero decirte que quizás no tengo todas las habilidades sociales desarrolladas, como a mí me gustaría tenerlas. Pero trataré de hacer esto bien.

—Soy todo oídos —sonríe sentándose en la silla.

—¿De verdad que eres británico?

—Sí.

—Ok —asiento lentamente—. ¿Y por qué hablas tan bien el español?

—Es la primera vez que alguien me pregunta algo así —sonríe negando con la cabeza y a mí ya me pego el bichito de la curiosidad—. Aunque en realidad es la primera vez que vengo a un país, que el habla español es la primera lengua.

—¿Nunca has ido a España? —pregunto confundida.

—No —niega rápidamente—. Estados Unidos, Los Países Bajos, Australia, Nueva Zelanda.

—Pero...

—Lo sé —se encoge de hombros—. Pero cuando iba en el colegio, conocí a una mujer que hablaba el español a la perfección, entonces yo quería comunicarme con ella de la mejor forma posible. Entonces entre a todos los cursos de español que veía en la red.

—¿O sea que aprendiste español, por internet? —pregunto asombrada. Sabía que el inglés se podía aprender así, pero no sabía que el español se podía. ¡Qué fuerte! Las cosas que uno se entera.

—No —se refriega la frente rápidamente—. Apenas aprendí a decir hola y chao.

—¿Entonces? —pregunto emocionada.

—Le dije a esa mujer, que me enseñara español.

—Y es obvio que te enseñó el español a la perfección, porque además lo puedes leer.

—Es el único idioma que manejo casi al cien por ciento, aparte de mi lengua natal.

—¡Guau! Yo apenas sé decir una frase completa en croata que sería mi segunda lengua.

—¿Sí? —Pregunta emocionado.

—*Sip*. Es probable que si mis padres se hubieran quedado en Punta Arenas y hubiese

estudiado en alguno de los colegios donde el croata es obligatorio, ahora mismo lo supiera a la perfección, pero todos nacimos acá en Santiago y mi mamá en este caso que lo manejaba mejor que papá, se le fue olvidando porque no tenía con quien practicarlo. Y no sé muy bien por qué te cuento esto —le digo pensativamente.

—Porque seguramente nunca habías tenido la posibilidad de contarle a alguien que eres la tercera generación de croatas en Chile. Y más, porque solamente te presentas con el apellido español de tu padre.

—Puede ser —asiento conforme. Me pregunto de donde salió este hombre. Parece salido de un libro por lo atinado e inteligente que es.

—Y que palabras sabes decir.

—*Malo vidjeti što smo, ali svatko vidi ono što im je činiti*^[4]

—¿Y qué dice?

—Quiero pollo con arroz —le sacó la lengua. Él sonrío, pero creo que sabe lo que le dije es otra cosa.

—Pollo con arroz —asiente—. Como estas aún convaleciente, no beberemos vino el día de hoy.

—Según tú, nos veremos más de un día —Alex está loco, eso es oficial.

—Obvio que sí. En una semana más iremos a visitar a tus padres y oficialmente le pediré la mano a tu papá, para que me pueda casar contigo.

—¡Alex! —me arranca una sonrisa impertinente—. Sabes, estás más loco de lo que creía.

—Probablemente —camina en dirección a la gaveta de vasos y copas. Me fijo que saca dos copas y las deja en la mesa isla, luego saca del refrigerador un néctar que compré la semana pasada, porque Alejandro le gusta solamente ese de naranja bien ácido y cien por ciento artificial, como debería ser el eslogan de la marca.

—Ya que no podemos celebrar como queremos —sonrío, porque todo lo que hace Alex me supera—. Podemos celebrar con jugo —vierte el líquido naranja en las copas—. Una consulta, estuve mirando y en tú casa no vi tragos. Parece que no bebes nada.

—La verdad es que nada. Soy tan sana, que ni siquiera he fumado cigarros y para que decir nunca he consumido drogas ilícitas.

—¿No? —pregunta asombrada.

—Te dije que era sosa —me encojo de hombros.

—¡Vaya! —dice pensativo—. Eres la primera mujer que conozco que nunca ha bebido. Pero es porque tienes algún familiar alcohólico o algo así y no quieres seguir sus pasos.

—No —niego rápidamente con la cabeza—. Es por decisión propia, supongo que nunca me hizo falta.

—Tienes razón —me entrega la copa—. A pesar de que me gustaría decir que yo nunca he bebido o me he drogado, te estaría mintiendo —guiñe coqueto—. Pero nunca al estado de estar en rehabilitación —sonríe—. Pero creo que me podré adecuar a tú estilo de vida.

Río por su comentario. Alex se toma todo al pie de la letra.

—Me gusta verte reír —dice acercándose a mí—. Tienes una hermosa sonrisa.

Automáticamente me arden las mejillas.

—Emilia, sigo pensando por qué motivo no tienes novio o esposo —se sienta al lado mío—. Cualquiera hombre daría la vida por tener una mujer como tú.

—Creo que me tienes sobrevalorada.

—Pues estoy seguro que no. Ahora sí —toma su copa—. Salud —chocamos nuestras copas.

—¿Salud? —pregunto desconfiada.

—Salud por encontrar a la mujer de mi vida —bebe un poco de jugo y yo abro la boca, porque no sé qué más responderle en este minuto. Alex ha creado una vida entre nosotros en apenas cinco o seis horas. Encuentro esta situación tan ridícula, que ni siquiera sé pensar con claridad.

Y como efecto de sus palabras, de mis labios afloran esa sonrisilla impertinente que no debería salir en este momento.

—Parece que te gusto eso —dice dejando la copa a medio beber en la mesa.

—¿Qué cosa? —pregunto extrañada.

—La frase: «Encontré a la mujer de mi vida». Tú sonrisa te delato —entrelaza nuestras manos otra vez. Creo que le gusta este contacto sutil e íntimo—. Y déjame decirte que es una de las cosas más bellas que he visto. A lo igual que tus ojos almendrados color miel.

—Gracias —e inmediatamente me arden las mejillas.

—No te avergüences, solamente he dicho la verdad—. Pero... —sonríe maliciosamente.

—¿Pero? —pregunto confundida.

—Físicamente estás buena.

—¿Buena? —río, por sus palabras—. ¿Qué quieres decir con eso? —me afirmo el estómago por la risa causada.

—Estás buena —sonríe y ahí está su increíble sonrisa torcida—. Mides un metro sesenta y cinco —sonríe, porque le ha dado al clavo—. Y simplemente quedamos perfecto con los diez centímetros de diferencia —dice sentándose al lado mío. Sabía que Alex no era tan alto, pero su presencia hace que mida un metro noventa de altura, a pesar de que mide un metro setenta y cinco—. Tu cabello castaño con reflejos dorados naturales es simplemente perfecto. Y tú físico es... —acaricia lentamente mis dedos—. Emilia... —se le mueve la manzana de Adán con dificultad.

—Alex...

—Emilia —niega con la cabeza.

—Creo que alguien no podrá cumplir con su promesa —respondo graciosamente, mientras bebo un poco de jugo.

—Será mejor que escurra la pasta —dice levantándose de la silla en busca del escurridor, que seguramente encontró antes de salir a buscarme al patio.

—Alex —me levanto de la silla y me apoyo en la mesa—. Aun no me cuentas que pasó con tu aprendizaje de español.

—Curiosilla —dice entre risas mientras se coloca los toma ollas de manzana para coger las asas y verter las pastas al escurridor.

—Creo que merezco saberlo —le digo mientras bebo un poco de jugo.

—¿Y por qué sería eso? —dice mientras deja correr el agua fría en las pastas, se supone que eso no sé debe hacer, pero cada uno cocina como quiere unas pastas pre cocidas.

—Porque te he contado muchas cosas de mí y de mi familia. O me dirás que esa mujer, tenía unos diez años más que tú, era tú profesora de español. Y te enseñó más cosas que la lengua española —niego con la cabeza con una sonrisa en los labios.

—¡Guau! —sonríe impertinentemente.

—¿No me digas que es eso?! —le digo entre risas.

—No eran diez años de diferencia. Solamente eran cuatro —sonríe—. Y no era mi profesora de español.

—Entonces era...

—Una chica que se había tomado un año de sabático. Y que estaba recorriendo Europa.

—Entonces estuviste un año completo con ella.

—Sí —asiente lentamente. Mientras cierra la llave y deja secar la pasta por unos instantes—. Camila, que ese era su nombre me gusto de inmediato, y como sabía que ella era latina, le pedí que me enseñara el español, contándole que pretendía mochilear en América Latina, pero que quería venir con el idioma aprendido desde Londres.

—Y creo que te creyó de inmediato.

—Pues sí —se cruza de brazos—. Hasta a mí me costaba creer que una mujer de 22 años se fijara en un crío de 17 años. Pero la conquiste.

—Y la volviste a ver.

—No —niega rápidamente—. Pero ella me enseñó muchas cosas.

—Me lo imagino —afloja una sonrisilla en mis labios—. Pero tengo una duda.

—¿Cuál? —frunce el ceño.

—Cómo lo hiciste para mantener el idioma, si han pasado casi 20 años desde que pasó eso.

—Fácil, pues solamente he estado con mujeres latinas.

Que tonta, cómo no sé me ocurrió eso. Aunque estoy segura que él podría estar con cualquier

mujer del mundo fácilmente.

—Y nunca has estado con una europea —acaso no puedo ser menos curiosa.

—No —niega rápidamente—. O sea, quizás antes de Camila estuve con una británica, pero ustedes las latinas son... —se acaricia la barba.

Sonrío, porque según Alejandro. Las latinas son las más osadas, pero no sé si será para tanto.

—Nunca he estado con una mujer y menos latina, así que no sé de qué me hablas —le saca la lengua y Alex sonrío negando con la cabeza —. Alex, Alex, Alex —niego con la cabeza—. A pesar de que este día ha sido absurdamente raro, me ha gustado concerté de verdad.

—¡Gracias! —se arremolina su cabello castaño—. A mi igual—. Esto está listo. Y muerdo de hambre —se frota el estómago como niño pequeño—. Comemos.

—Claro, deja colocar las cosas en la mesa.

—No es necesario —dice rápidamente—. Si esto es algo improvisado.

—Alex —miro la pasta que está ahí en el escurridor—. Perdona por no tener más comida. Recién mañana iré a comprar cosas para sobrevivir.

—Sopas instantáneas.

—Y todo ese tipo de comida. Sin duda el mejor invento del mundo.

—¡Oh, Emilia! —ríe por mi comentario—. Sin duda eres una mujer única.

Apenas y he probado bocado y Alex se ha servido dos veces el plato con pastas. Al parecer tenía más que hambre.

—Emilia tienes que comer un poco —dice limpiándose esos labios del pecado.

—Es que no tengo mucho apetito —me encojo de hombros avergonzada—. Pero tú quedaste bien.

—Sí —sonríe frotándose el estómago—. En la mañana me había comido una manzana y creo que eso no fue un buen desayuno.

—Alex —bajo la vista y comienzo a jugar con la comida—. Me siento fatal por todas las molestias que has tenido conmigo el día de hoy.

—Lo sé —dice burlón—. Y ya no es necesario que lo hagas, solo pasó lo que tenía que pasar no más.

—Posiblemente —levanto la vista y él me observa atentamente.

»Emilia, te puedo preguntar algo.

—Claro que sí —asiento lentamente.

—Se refiere a Alejandro.

—¿Qué pasa con él?

—Me dijiste que habían vivido toda la vida juntos —asiento lentamente—. Y que nunca había

pasado nada entre ustedes —vuelvo asentar—. Pero me cuesta creer que nunca, pero nunca estuviste con Alejandro.

—Todo el mundo cree que somos más que amigos —comienzo a jugar con el borde de la copa—. Nuestros padres pensaron que íbamos a terminar juntos, casados y con hijos —le digo con sinceridad.

—¡Guau! —dice sorprendido—. No sé muy bien cómo es que tú amigo Alejandro no se la ha jugado por ti. ¡Maldición! —se arremolina su cabello—. Yo llevo apenas un par de horas contigo y quiero pasar una vida contigo, no me explico que él lleve una vida a tu lado y no hiciera nada para estar contigo.

—Porque él no me ama, me quiere como su mejor amiga.

—Me cuesta creerlo —toma otra vez mi mano y las entrelaza—. Hubiese sido una tortura verte crecer y luego ver una infinidad de noviecitos pasar por esta casa.

Pobre Alex, ha montado una súper historia de mi vida. Jamás ha habido noviecitos como dice él.

—¡Ay, Alex! —miro nuestras manos—. Me gustaría decirte que tienes razón.

—¿Por qué dices eso? —pregunta confundido.

—No me hagas caso —sonríó tristemente.

—No me digas que estas enamorada de Alejandro.

—¡No! —exclamo—. Lo amo, pero no creo que sea ese amor que tú crees. Y ahora que lo pienso mejor. No sé por qué te digo esto.

—Porque confías en mi —mira nuestras manos.

—Tal vez...

—Eres increíble como mujer —dice pensativo—. Jamás me había pasado algo así.

—O sea, solamente cenar con una mujer —digo con ironía.

—¡Oh, Emilia! —niega con la cabeza—. No me siento orgulloso de decirte esto, pero no soy un crío de 13 o 14 años que se satisface así mismo —*Kletva!*^[5] Alex no me puede decir esto de forma tan directa—. Y sí, creo que será la primera vez en mi vida. Que solamente cenaré con una mujer.

—Interesante —juego con el borde la copa—. ¿Y eso es malo? —pregunto intrigada.

—No —dice pensativo—. Es obvio que quiero estar contigo en un plano más íntimo —y automáticamente arden mis mejillas—. Pero entiendo que no todas las mujeres dicen que sí a la primera, y eso lo encuentro súper noble de tú parte.

—Supongo que te debo dar las gracias —digo en forma irónica.

—¿Te enojaste? —pregunta extrañado.

—No —aparto nuestras manos—. No tendría por qué molestarme con tu sinceridad.

—Emilia —se arremolina su cabello—. Perdona por ser tan franco. Pero no somos unos adolescentes para maquillar la verdad. Te deseo como mujer, porque eres la más guapa que he visto en mi vida —mis mejillas arden con facilidad—. Y si estoy acá y te digo las cosas es porque no quiero mentirte.

Sigo cada vez más sorprendida.

—Y sabes lo peor de todo —niego rápidamente con la cabeza—. Que todos los hombres de tu vida, deben haber pensado lo mismo que yo, tan solo que supieron hacer las cosas bien y no abruptamente como lo he hecho yo durante todo el día.

—¿Hombres del pasado? —pregunto.

—Sí, tus ex.

Me coloco a reír en su cara, porque es lo más gracioso que me ha dicho durante el día.

—Alex —me secó las lágrimas que han brotado por la risa—. Te dije que nunca había usado una camisa de un hombre por algo. Porque nunca he tenido un novio para usar una, y que la tuya era la primera vez que me ponía.

—Lo recuerdo, pero pensé...

—Pensaste mal.

—Es imposible que la mujer más espectacular del mundo, jamás haya tenido un novio —me observa como si fuera una alienígena. Pero que tiene de malo, que una mujer no tenga una pareja a mi edad, no todas nacemos para estar con alguien. Sé que es una mentira a medias, pero mis miedos y mierdas no me han dejado tranquila por años.

—¿Por qué te tendría que mentir? —respondo cabreada y me paro de la silla como un verdadero resorte.

—No lo sé —titubea—. Pero me parece absurdo que nunca hayas estado con alguien. Tienes veintiocho años... —suspira y pareciera que a mí me han clavado dagas en mi corazón, porque ojala pudiera decir que nunca he estado con nadie realmente —.Te creo a los diecisiete o dieciocho podría pasar eso. Pero...

—El problema es mío —salgo de la cocina en dirección al living, reclamando en voz alta—. Además que tiene de malo. Quizás nunca he encontrado el amor y tampoco estaré con medio Chile para no estar sola —empiezo a despotricar—. Y sabes qué. ¡Mejor vete de acá! —le grito.

Este hombre colmó mi paciencia. Me ha juzgado porque no tenía esposo, no tenía novio, porque no era lesbiana y ahora porque nunca he tenido un novio.

—¡*Sranje!* —me derrapo en el sofá.

Quiero llorar, pero esta vez de la rabia. ¿Quién se cree Alex, en juzgar mi vida de esa manera? ¿Por qué siente que tiene el derecho de opinar en ella? Y lo peor de todo, es ¿por qué mierda me

está afectando tanto?

—¡Soy un idiota! —dice hondeando una servilleta blanca en mi dirección—. Sé que no te debería haber criticado tu no experiencia de hombres.

«¿Tú crees?» Me dan ganas de decirle.

—Quiero decir, que me merezco que me mandes a *¿Sranje?* —se sienta frente a mí—. Sé que me debería ir de acá, pero soy demasiado estúpido para dejarte acá sola y molesta. Te he colmado la paciencia. Y aparte se me había olvidado que hoy se suponía que tenías que descansar. Si te sirve de consuelo. Me he sentido el hombre más cruel e insensible del mundo — se arremolina el cabello—. Y que me gustaría partir de cero.

Lo observo detenidamente, porque no estoy muy segura que significa eso.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunto intrigada.

—Alex Kunis —extiende su mano, frunzo el ceño y estrecho mi mano un poco confundida—.

Un gusto.

—Emilia Jiménez —respondo confundida.

—Emilia espero que nos conozcamos bien.

Abro la boca, porque realmente no estoy muy segura de que va eso de «conozcamos bien».

—He sido el idiota más grande del mundo al hacer rabiar a una increíble mujer. Sé que todo lo que había ganado con ella en estas horas lo perdí por hablador.

—¿Tú crees? —pregunto irónica.

—Emilia —acaricia mi mano con sus pulgares—. Estoy intentando de hacer esto bien y ahora no estás siendo cooperativa conmigo.

—Entonces, ¿qué quieres hacer?

—Quiero que me perdones por ser un idiota. Que tú no eres como las otras mujeres que he conocido. Que eres más frágil de lo que creí que eras —se me aprieta el estómago porque seguramente hace referencia a mi pierna—. Y que te pasó algo grave. Sé que no me lo dirás hoy, ni mañana o quizás nunca me cuentes eso y lo entenderé, pero estaré pendiente de ti, ya sea como amigo o algo más.

—¡Alex! —susurro—. No me hagas esto.

—Decir lo que pienso. O pedirte disculpas.

—Ambas cosas —suspiro tristemente—. Aunque quisiera, no puedo hablar de eso —me cubro con la manta—. Han pasado años y no lo he podido superar.

—Emilia —se sienta al lado mío—. ¿Qué puedo hacer para que te sientas mejor?

—Que tuvieras una máquina del tiempo y me devolvieras todo lo que me arrancaron.

—¡Maldición Emilia! —me abraza fuertemente—. ¿Quién te dejó así?

—Si supieras —sollozo en su cuerpo.

Capítulo 9

Pareciera que el tiempo es mi aliado porque ahora mismo se ha colocado a llover torrencialmente, como mis estúpidas lágrimas que han salido sin control desde hace rato.

—Emilia —susurra Alex—. Si tuviera una máquina del tiempo, haría que te devolvieran lo que te arrancaron de cuajo.

—Créeme que no eres el único —musito—. Todo sería mucho más fácil.

—Lo sé —dice pensativo—. Sabes —dice mirando a León—. Estoy acá de vacaciones, en Chile, porque viví algo que no me correspondía vivir.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunto confundida.

—Aunque tú no lo creas, soy periodista.

—¡Guau! —digo asombrada.

—Así es —hace una línea en sus labios—. Me acuerdo que desde pequeño que quise ser periodista, pero de esos que relataban los partidos de fútbol. Pensaba que eso se me iba a dar con facilidad.

—Pero me da la sensación que no —digo extrañada, mientras me secó las lágrimas.

—La verdad es que no —suspira tristemente—. La primera vez que lo intente fue en partido de soccer de mi escuela, apenas era un crío de 14 años y pensé que lo iba hacer simplemente perfecto.

—Al parecer no fue así.

—Claro que no —ríe—. Se me dio tan mal, que el público me abucheó a mí y no a nuestro equipo.

—¡Que mal! —digo sorprendida.

—Claro que sí —sonríe—. Así que había desechado la posibilidad de ser periodista de deporte, además me habían dicho que ser relator de partido se me daba fatal, entonces no valía la pena seguir con eso.

—Supongo que tienes razón —me encojo de hombros, pero la verdad es que no lo sé.

—A pesar que no logré concretar lo del periodismo deportivo, si concrete el periodismo internacional.

—Eso significa que eres de esos hombres que están en países en guerra.

—Más o menos, en realidad cualquier evento importante para la humanidad. Por ejemplo estuve en Sudáfrica cubriendo la muerte del ex presidente Nelson Mandela.

Abro la boca por una milésima de segundos, porque sin duda es una de las cosas más alucinantes que alguien me ha contado en la vida.

—Pero esto fue hace un par de meses —porque si mal no recuerdo fue el 13 de diciembre del 2013.

—Sí, ese fue el último viaje que hice fuera de Londres, hasta el de ahora.

—¡Vaya! —digo asombrada.

—Así es —se encoge de hombros avergonzado—. Recuerdo que ese viaje me abrió los ojos, y lo que realmente quería hacer con mi vida.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunto confundida.

—En esos días supe que debía sentar cabeza —asiento lentamente, porque ya era raro que un hombre como él no tuviera una novia por ahí escondida.

—¿Y qué hiciste? Y no me digas que te tatuaste una barra con los números 46664...

—Eres buena en esto —dice sorprendido Alex. Se quita la camiseta y mis ojos se abren más de la cuenta al ver ese cuerpo musculoso lleno de tatuajes, él que me llama la atención a primera vista es el de la bandera inglesa. ¿Qué significara eso? Tal vez ame a su patria.

—¿Por qué te la quitas? —me quejo.

—Porque te quiero mostrar esto —un tatuaje tribal le cubre gran parte del brazo y parte de su omoplato, nunca me han llamado la atención los tatuajes. Pero a este hombre le queda perfecto. Me señala con sus dedos el inicio de la nuca los números «46664».

—Puedo preguntar por qué te hiciste eso.

—Porque ese es un símbolo de opresión.

—Lo entiendo, pero solamente significa eso para ti.

—La verdad es que no —se apoya con sus codos en las rodillas y los músculos se le tensan en su máximo esplendor. Sin duda una de las cosas más impresionantes que he visto en mi vida.

—Lo hice para acordarme que si uno lucha por sus ideales, siempre puedes llegar a un lugar feliz, como lo hizo este señor.

—Ahora que lo dices —asiento conforme—. Me gustan tus tatuajes —le digo de repente.

—¿En serio? —pregunta.

—Sí, siempre he pensado que una piel inmaculada es simplemente perfecta, pero ver la tuya es algo que me hace reevaluar lo que pienso de ello.

—¡Guau! —se voltea y los músculos de su vientre se tensan para verme mejor—. Y a ti no te gustaría tener uno en tú piel.

—No —niego rápidamente—. Te comente que le tengo un miedo a las malditas agujas. Así que no gracias.

—Estoy seguro que de aquí a un año te harás uno.

—No, no, no —ríó—. Me da miedo de que me de hepatitis o lo que sea que te pase con una aguja.

—Eres una cobarde —sonríe y ahí está otra vez esa sonrisa torcida que tanto me gusta.

—Puede ser —me encojo de hombros—. Y tienen significados tus tatuajes.

—Algunos sí, algunos no. Pero nada del otro mundo.

—¡Ya veo! —lo quedo mirando con mayor atención, no es que nunca haya visto un cuerpo desnudo o más bien con el torso descubierto, pero ver a Alex así me hacen pensar que es uno de los más bellos que he visto.

—Sabes que esto no sé me da muy bien —dice de repente.

—¿Qué cosa? —pregunto confundida.

—Que estoy a punto de lanzarme a tu boca para volver a besarte. Pero he prometido que no lo haría y pretendo cumplir con eso.

—Ah... —asiento rápidamente mientras las mejillas arden a una velocidad nueva—. Por qué no mejor me sigues contando lo que habías vivido si es que puedo saberlo.

—Te daré la lata de mi vida, pero creo que nos necesitamos conocernos mejor, antes de seguir con esto.

—Si tú quieres —me encojo de hombros.

—Llegué el 24 de diciembre a Londres, nadie sabía que iba a llegar ese día, porque los vuelos en esas épocas están sobre ocupados.

—Sí, lo he visto en las noticias. Además Alejandro en más de una ocasión no ha podido llegar a Chile en esas fechas por lo mismo.

Asiento lentamente por mis palabras.

—Entonces llegué de forma inesperada a mi casa en Londres, todo iba bien incluso traía regalos de navidad para mi familia, mi mejor amigo y mi novia —asiento lentamente—. Estaba emocionado, porque les había dicho a todos que no había vuelo hacia Londres y lo más cercano era Holanda y de ahí viajar en tren hacia Inglaterra. No gracias —se encoge de hombros—. Así que iba en un taxi en dirección a mi casa, emocionado a más no poder con el regalo de mi novia en las manos.

—Si no la veías hace semanas —digo en un susurro.

—Me bajé del auto con mi maleta de viaje y los regalos para todos. Cuando abrí la puerta de mi casa, me llamó la atención que mi perro de ese entonces no me saliera a buscar, porque siempre lo hacía.

Asiento lentamente, porque entiendo lo que quiere decir con los perros y la búsqueda de sus amos.

—En ese minuto pensé que mi novia lo había sacado a pasear y que por eso que no estaban los dos. Así que abrí la puerta de la cocina y mi perro estaba amarrado con su correa de pasear, Atorque ese es su nombre, jamás lo manteníamos amarrado adentro de la casa. Lo abrace y lo deje libre. El corrió hacia mi habitación y comenzó desesperadamente a rasmillar la puerta con sus

patas delanteras. Cuando la abrí, vi a mi novia desnuda en la cama con un cuchillo enterrado en el abdomen.

—¿Qué dices? —pregunto asombrada y horrorizada al mismo tiempo.

Se cubre el rostro con ambas manos y se hace un silencio insoportable entre nosotros. Esto es lo más trágico que alguien me ha contado en toda la vida.

—La mujer con la que quería sentar cabeza había sido violada y asesinada en mi propia cama —dice en un susurro y a mí se me hacen tripas corazón con lo que me está contando en este momento.

—¡Dios! —me llevo ambas manos a la boca.

—Emilia, creo que nadie merece en la vida. Ver lo que yo vi ese día.

Y es obvio que él tiene razón, pero ni siquiera me atrevo a decirlo en voz alta.

—Me volví loco al ver eso —se acomoda en el sofá y su rostro queda mirando el alto techo de mi casa—. Terminé sentado en el suelo en un estado de shock. No sé si pasaron horas o minutos en que no comprendía qué mierda había pasado en mi casa y lo peor de todo es que ni siquiera parecía que hubiesen entrado a robar.

Me quedo en silencio por que la persona que le hizo eso a su novia debió ser un cercano de ella y con lo cruel que es la vida, es probable que haya sido cercano a Alex.

—Cuando logré reaccionar llamé a la policía, ellos llegaron como a los 10 o 15 minutos. Un policía forense dijo que llevaba más de 12 horas muerta y que de acuerdo a mis tiempos yo ya no era sospechoso.

—¡Oh! —digo en un susurro.

—Aparte que sufría por la muerte de mi novia, me decían que podría ser uno de los sospechosos, acaso eso no podía ser peor de lo que ya era.

La verdad es que sí. Y que me gustaría decirle eso.

—A Laura, porque ese era su nombre le hicieron una autopsia y dijeron que no había sido violada como yo creía en un comienzo, pero sí que tenía quemaduras como de una sogas en las muñecas.

Que terrible es eso. ¿Qué habrá pasado realmente?

—Encontraron una hebra de cabello humano en su cuerpo, que no le pertenecía ni a ella ni a mí. Era una hebra cobriza y sabes... —suspira pesadamente—, mi mejor amigo tenía el pelo cobrizo.

—¡Oh! —musito.

—Pues sí, el maldito de mi mejor amigo se tiraba a mi novia cada vez que yo tenía que viajar fuera de Inglaterra y lo hacían en mi casa. Acaso más idiota no podía haber sido.

—Claro que no —respondo rápidamente—. No tenías como saberlo.

—Pues no —se voltea y me queda mirando y al fin veo vulnerabilidad en esos ojos claros.

—No tenía como saberlo. Y él la mató por celos, porque Laura quería terminar para siempre esa relación que mantenía con él, para enfocarse solamente en mí.

—Es... —horrible, pero creo que no merece la pena decirlo en voz alta.

—¡*Sranje!* —sonríe irónico.

Me gustaría preguntarle si a él lo atraparon o se entregó por la culpa.

—El maldito se entregó apenas se enteró de que se le había hecho la autopsia a Laura. Dijo que ella le había lavado el cerebro y que “la perra” citando sus palabras “merecía morir”.

—Alex —me acerco a él y lo abrazo fuertemente—. Nadie merece vivir eso.

—Me da la sensación que no —se encoge de hombros.

Nos quedamos abrazados por no sé cuánto rato, no ha llorado al contarme su historia y quizás la debe tener más asumida con el pasar de los meses. Me gustaría decirle que lo que le pasó fue una tragedia, pero que habrá una mujer que lo respete y que no lo engañe como lo hizo Laura, su novia muerta.

—Así que las fiestas de fin de año, lo que menos quería era celebrar —rompe nuestro silencio.

Y no es para menos y lo peor de todo es que siempre lo recordara.

»¿Y qué hiciste? O sea, ahora estás acá en Chile, pero han pasado solamente cuatro meses desde que pasó eso... —es tan poco el tiempo me gustaría decirlo en voz alta.

—Pasó que me fui a vivir a la casa de mis padres que se encuentra en una isla al Sur de Inglaterra. Así que en teoría los dos somos de islas —niega con la cabeza y a mí se me arranca una sonrisa inapropiada en este momento—. Se llama Isle of Wight al frente de Lymington —me encojo de hombros, porque no tengo idea de que me está hablando en este momento—. Estuve casi los cuatro meses en la isla, deje a una inmobiliaria que vendiera mi casa, porque ya no podía entrar otra vez a ella y Ator lo he dejado encargado con unos vecinos.

Se me encoge el corazón al escuchar la historia de Alex, sin duda es una de las más tristes y trágica que me ha tocado oír.

—Mi hermana menor me convenció que esconderme en esa isla no me iba hacer bien, entonces compramos el primer pasaje disponible.

—Y adivino. Fue uno a Santiago de Chile.

—Así es —se humedece el labio inferior—. Mi hermana prácticamente me metió a la zona de embarque y viaje literalmente al fin del mundo.

—Y lo es —asiento lentamente—. ¿Y qué piensas de este viaje?

—Que en este día hice más por alguien que lo que hice por mí en estos meses. Me preocupe por alguien que no fue la memoria de Laura y que encontré a una mujer realmente única.

—Alex —suspiro—. Ahora entiendo un poco tu forma deser —acaricio lentamente sus

nudillos – . Es obvio que no estás bien y que este viaje y tal vez el conocerme te hace sentirte otra vez vivo. Y me alegro que en cierta forma te haya ayudado, aunque no sabía eso en un comienzo.

—Lo es —posa su mano sobre la mía—. No estaba con una mujer desde bueno...

—Entiendo lo que me quieres decir —digo en un susurro—. Pero créeme Alex, a mí me gustaría ser esa mujer que deseas para ti, porque te encuentro una persona muy especial. Pero...

—Pero dices que no quieres que me enamore de ti. Si lo dices por tu pierna...

Capítulo 10

Sin darme cuenta le estaba contando mi historia...

—Durante mi infancia siempre pasaba de una casa en otra o más bien de un predio a otro con Alejandro, íbamos recolectando esas flores silvestres que son conocidas como dientes de león, comíamos los tallos de la flor y soplábamos la flor para ver como volaban con el viento —sonríó tristemente al recordar ese momento, porque sin duda su fragilidad era arrancada por nuestros absurdos juegos de niños—. También pasaba horas eternas haciendo burbujas cuando me encontraba sola. La primera vez que pasó algo raro, no le tome importancia —digo en un susurro, mientras mi cabeza está apoyada en su pierna—. Me acuerdo que habíamos terminado las clases y ahora podíamos pasar todo el tiempo que quisiéramos en la piscina con Alejandro, porque aparte de ser amigos y vecinos, íbamos a la misma escuela pija^[6] —sonríó—. La cuestión es que siempre estábamos en su casa o en la mía, podíamos pasar horas en el agua y salir cuando nos sonaban las tripas del hambre, que casi siempre era a él primero. Un día recuerdo que Alejandro no pudo estar conmigo, porque había ido al médico, ya no estoy muy segura de eso —le digo con sinceridad—. Así que estuve todo el día en el agua. Me acuerdo que salía y me tiraba una y otra vez. Reía y hacía creer que mi amigo estaba a mi lado. Me fijé que uno de los trabajadores de confianza de mi padre y el chófer que me llevaba al colegio me miro por más rato del indicado. En un minuto pensé que quizás quería meterse en la piscina. Pero creo que fue el peor error de mi vida asumir eso. Habían pasado apenas unos días de aquel día, yo llevaba puesto un vestido rosado hasta la rodilla y con botones hacia adelante. Me acuerdo que esa vez, estábamos jugando en nuestro lugar secreto con Alejandro. Su mamá lo había venido a buscar porque tenían que salir a visitar a unos primos en la ciudad, así que yo me quede en nuestro lugar secreto jugando con los peluches y muñecas a la hora del té. Ese hombre vino y no estoy muy segura por qué motivo en cuestión, pero él me acompañó en ese juego. Recuerdo que lo primero que hizo fue pasar su mano en mi pecho. La inocencia de mi niñez pensaba que solamente lo hacía, porque tenía migas de galletas y me las estaba quitando. Me acuerdo que esa vez sus dedos rozaron mis pechos, pero nunca lo encontré extraño o fuera de lugar. Dos días después Alejandro no se encontraba, el hombre otra vez había vuelto a quedarse a jugar a la hora del té. Me acuerdo que esa vez me volvió a tocar el pecho y suspiro, aunque realmente fue un quejido, hoy puedo suponer que fue de excitación. Me acuerdo que esa vez estuvo a punto de ser atrapado, pero él, muy astuto hizo parecer que no había sido nada. Pasó como una semana de eso y con Alejandro íbamos de casa en casa; jugando, escondiéndonos y todo seguía una rutina más o menos normal según yo. Me acuerdo que un día con

Alejandro se nos ocurrió jugar a la escondida y era mi turno de ser buscada. Todo iba bien, hasta que me fui a esconder a nuestro escondite favorito con, ahí apareció el hombre e inocentemente me regalo una paleta (helado), yo muy tonta porque no tengo otro apelativo para referirme, se lo recibí y comencé a chuparlo al frente de él. No era nada del otro mundo, y tampoco sabía que eso era un gesto sexual para los hombres pedófilos, no tenía como saberlo ¡Apenas era una niña! Ahí sus caricias pasaron por alto mi pecho y se fueron a mis muslos desnudos subiendo la faldita que llevaba puesta ese día, sus manos subieron lentamente hasta mis calzones —trago saliva con dificultad al recordar todo lo que estoy hablando—. Me tocó por encima de la ropa interior... yo me quede paralizada y solté el caramelo que cayó al suelo, sabía que nadie me podía tocar mi parte íntima, mi mamá me lo había enseñado. Me acuerdo que se acercó a mi oído y dijo: «Este sería nuestro secreto, nadie se podía enterar». También dijo que si alguien se enteraba Alejandro le iba a pasar algo malo. Esa fue mi sentencia de muerte. Cada vez que me encontraba sola, el hombre se acercaba a mí y decía: «Quiero jugar». Me tocaba las piernas y por encima de la tela del calzón. Un día metió su dedo —cierro los ojos y siento que se me hace un nudo en la garganta — posteriormente con un segundo dedo...

—Si quieres, no sigas —dice Alex.

—Déjame continuar —le digo en un susurro.

—¡Emilia! —lo veo suspirar. Pero yo continúo.

—Me acuerdo que me besaba el cuello mientras sus dedos entraban en mí—me cubro más con la frazada y trato que ninguna parte de mi cuerpo se vea al frente de Alex—. Sentía su aliento en mi oído mientras pedía en silencio que alguien entrara y lo quitara de mí. Pero nunca pasó, en ese tiempo mis hermanos estaban de vacaciones en Punta Arenas y mis padres trabajaban. Casi siempre pasaba sola, si es que Alejandro no podía estar conmigo. Un día estando en la casa de mi amigo, lugar que sentía seguro para mí. Los padres de Alejandro notaron algo extraño en mí, me decían: «Ya no está tan risueña como antes, ¿estás bien? ¿Por qué es carita tan triste y seria?» Incluso pensaron que su hijo me había hecho un desaire y que estaba en su casa solamente por compromiso. Pero yo sólo los miraba y negaba que hubiese un problema.

Siento que por mis mejillas caen lágrimas sin control.

—Negaba lo que me estaba ocurriendo, lo hacía por mi amigo. Sabía que si decía algo, él iba a salir herido, para mí Alejandro era lo mejor que tenía y no podía permitir que le pasara algo.

Me secó las estúpidas lágrimas que no dejan de caer sin control por mis mejillas, mientras esa dolorosa avalancha de recuerdos me hacen volver en el tiempo y vuelvo ser esa pequeña niña de mechas castañas que tenía tanto miedo de ese hombre que se volvió un ser muerto en vida.

—Durante un mes solo me tocaba y usaba sus dedos. Otras veces él mismo iba a buscarme a la casa de Alejandro; me tomaba de la mano y me llevaba a mi lugar ya no tan secreto. Hasta que

un día, sus dedos dejaron de ser dedos y hubo una penetración como tal.

Siento que las manos de Alex se detienen de sus suaves caricias.

—Fue lo peor que me pudo haber pasado a mis cortos ocho años...

—¡Maldición Emilia! —dice Alex—. ¡Eras solo una niña!

—Ese día deje de serlo... —me escondo en el hueco de cuello—. Ese día me arrebataron todo... Y lo peor de todo es que me besaba la boca como si fuera una mujer y no una niña, aunque seguramente su mente dañada me veía como una mujer. Su lengua asquerosa llegaba a mis amígdalas. Fue tanto el asco que termine vomitando. Luego de esa vez, hubieron cinco veces más. Cada vez que lo hacía era peor que la anterior. Ahora solamente le importaba su placer, era tan descuidado que me desgarraba, cuando mi madre me vio así le tuve que decir que fue un accidente en la bicicleta, que me había pegado en el marco y por eso es que tenía morado.

—¡Oh, Dios! —dice abrumado.

—Ya en febrero, (porque todo esto ocurrió a mediados de diciembre del '93 y febrero del '94) ya no lo aguantaba, mi inocencia fue arrancada a la fuerza y a pesar de que guardaba silencio pensando que así protegía a mi mejor amigo, esto me estaba matando por dentro... Creo que todavía me está matando —digo en un susurro—, a pesar de todos los años.

—Emilia... —mi nombre suena como un lamento—. ¿Tú pierna lo hizo ese hombre?

—En parte sí y en parte no.

—¿Significa que no te castigó por acusarlo?

—Ni siquiera alcance a delatarlo... —lo quedo mirando y su rostro está tan confundido, que no tiene ni idea de lo que estoy hablando.

Proseguí mi confesión.

—Estaba a unos pocos días de entrar al colegio. Y sabía que de ahí ya no me iba poder escapar nunca más de ese hombre, ya que era él quien nos llevaba y nos traía del colegio a la casa.

Alex asiente lentamente.

—Entonces una tarde, él, trató de tomarme a la fuerza una vez más en mi escondite, no sé muy bien como lo hice, pero me escabullí de sus grandes manos y corrí como si sé me fuera la vida en cada zancada. Él gritaba que me detuviera, que no me iba hacer daño, pero sabía que mentía y seguí corriendo. Pero me alcanzó a un par de metros de llegar a la verga que dividía el predio de Alejandro. Y otra vez estaba excitado, al parecer la adrenalina... —trago saliva con dificultad—. Lo sentí en detrás de mi —me quedo mirando a Alex a los ojos y él está atento a mi relato—, saque fuerzas de flaqueza y logré escapar. Pedía y pedía que no me atrapara, así que tome el impulso de saltar la acequia que dividía ambos terrenos. Nosotros con Alejandro habíamos creado un camino con tres tablas para poder pasar de un lugar a otro, pero esa vez estaba a varios

metros de distancia de ese pequeño puente. Así que corrí decidida y salté hacia al otro lado de la acequia, era mucho más ancho de lo que creía, así que caí de lleno al agua. Era tanta mi desesperación de salir que me rompí la barbilla —le muestro una pequeña cicatriz que me quedo ahí—, me rasmille mis manos, pero mi pierna quedo atrapada en algo. Recuerdo que grite del dolor, porque sentí que algo había rebanado mi piel. Así que forcejee la pierna y fue el peor error de mi vida. Apenas y logré salir al otro lado y vi mi pierna prácticamente cortada a la mitad y el hueso o lo que quedaba de él atrapado en las puntas de un tridente de campo. Al parecer eso llevaba poco tiempo ahí, porque no estaba oxidado o corroído por el efecto del agua. Me acuerdo que mis gritos alertaron a todos, salieron los padres de Alejandro y su mamá corrió a mi encuentro. En ese entonces, tener un celular era un bien escaso y caro, por lo menos acá en Chile no sé cómo sería eso en Europa o Estados Unidos, pero ellos tenían uno. Así que llamaron a la ambulancia mientras el padre de Alejandro taconeaba la pierna con su cinturón de cuero para que no me desangrara más. Solamente tenía 8 años y con la sangre que había perdido, fácilmente me podría haber muerto.

Me fijo que Alex se le acelera la respiración y que está confesión no se la esperaba de mi parte.

—Alejandro que era un niño de mi misma edad estaba al lado mío, lloraba sin entender que me estaba pasando. Creo que ha sido la única vez que lo vi llorar y fue por mi culpa —sonrió tristemente—. La ambulancia no llegaba y a mí ya me estaba dando un shock hipovolémico. Aunque creo que no hubiese alcanzado a llegar, así que los padres de Alejandro me llevaron en su Jeepy volaron por la carretera. Alejandro iba adelante llorando y pidiendo de que no me muriera, mientras su mamáme daba suaves golpes para que no me quedara dormida. Llegue más muerta que viva al Hospital de Talagante —bajo la vista y me fijo que León está muy atento a mi relato, creo que es la primera vez que lo escucha y creo que lo ha impresionado—. Desperté a los días en un cuarto de hospital. Junto a mí estaban mis padres en la habitación, hablaban entre sí y recuerdo que discutían, aunque no sabía muy bien a qué se debía. Solo veía sus rostros demacrados como si llevaran horas sin dormir. Mi mamá al verme despierta corrió a mi y se puso a llorar.

Alex no dice nada y a mí me caen lágrimas sin control. Pero no con ese llanto desesperado de hace rato.

—Mamá me dijo: «Te amo, hija, eres la niña más valiente del mundo». Yo no entendía muy bien a qué se refería, tampoco comprendía muy bien que hacía en un hospital. Mi papá avanzo hacia mí y vi un rostro lleno de culpa, una que yo no entendía. Sabía que algo malo había pasado, pero no sabía a qué nivel. Entonces él me abrazo fuertemente y me susurro: «Nunca nadie me iba a dañar de esa manera». Ahí comprendí que se refería al hombre que jugaba conmigo.

—¡Emilia! —Alex cierra los ojos y debe pensar muy bien qué es lo que me quiere decir.

—Lo sé. Mi papá se volvió loco cuando los médicos le avisaron que su pequeña niña tenía el cuerpo con marcas de abuso.

—Y no es para menos. ¿Si hubieses sido mi hija? —me aferra a su cuerpo y me abraza fuertemente.

—Fue todo una locura, los médicos le pidieron muestras de semen a todos los hombres adultos que posiblemente hubiesen tenido un contacto conmigo, incluso mi padre y mis hermanos, pues para los médicos todos eran sospechosos. Mis hermanos y papá salieron limpios, era obvio, porque ellos no me habían hecho nada. El padre de Alejandro también tuvo que hacerse una muestra, pero tampoco había sido él. Pero cuando se enteraron que Juan el chófer había sido, mi papá casi lo mató a golpes, él no era o más bien no es una persona violenta o que le guste causar peleas por nada, pero yo era su hija... Los carabineros —el frunce el ceño, porque no está muy seguro de que hablo—, son como los policías pero que están de un uniforme color verde, es probable que hayas visto a alguno de ellos por las calles.

—Sí, sí, sí —asiente rápidamente.

—Bueno, los carabineros lograron quitar a mi padre de encima del cuerpo de Juan, o si no lo hubiese matado y mi papá hubiera ido preso por asesinato en primer grado o algo así.

—Parece un capítulo de La ley y el Orden, víctimas especiales —dice pensativo. Otro más que es adicto a ese programa, estoy seguro que debe estar enamorado de la detective Olivia Benson—. Perdona —se arremolina su cabello castaño—. No quise decir nada estúpido.

—No te preocupes —me encojo de hombros quitándole importancia a su analogía, porque él tiene mucha razón—. La cuestión es que Juan se escabullo de los carabineros cuando lo iban a encerrar en la camioneta y llevárselo a la comisaría y cruzó la calle enfrentándose a un camión que venía a toda velocidad, murió de inmediato.

—Así que el cobarde optó por la más fácil —y me fijo que los nudillos de sus manos se vuelven blancos por la tensión de sus puños.

—Todo el mundo opinó lo mismo que tú en ese entonces, aunque a mí sinceramente no me servía de nada si estaba vivo o no, no me iba a devolver esa parte que me arranco.

—Tienes razón —asiente lentamente—. ¿Y tú pierna? Quizás sea un tema delicado para ti y tal vez no lo quieras hablar, y si no quieres lo entenderé.

—Obvio que lo es. Todos los días que la veo me recuerda que fue la muñequita inflable de un viejo asqueroso.

—Emilia —susurra—. Lo que te pasó es...

—Lo sé. ¡*Sranje!*

—Lo es —asiente pensativo—. ¿Y cómo sobrellevaste eso? Eras muy pequeña.

—Pase varias semanas internada en el Hospital de Talagante, a pesar de que mis padres

podían pagar una clínica, los médicos del lugar les aconsejaron que no era muy seguro que me trasladasen de un lugar a otro. Así que pase más de dos meses en el hospital, porque para mí mala suerte me dio una infección intrahospitalaria y otra vez estuve más allá que acá.

—Eres una sobreviviente.

—Al parecer sí —me encojo de hombros—. Durante esos meses Alejandro pasaba todo el fin de semana conmigo. Me hablaba de las cosas que estaban pasando en el colegio, de la niña nueva que había llegado y que la habían sentado con él porque yo no estaba, de las travesuras que hacían los demás compañeros. Él fue mi Wi-Fi de ese entonces —sonreímos al mismo tiempo—, armábamos rompecabezas, jugábamos, veíamos películas de dibujos animados en VHS —vuelvo a sonreír al recordarlo—. Y todo lo que se nos permitía en esas cuatro paredes, mi limitada movilización y por supuesto con la supervisión de alguno de nuestros padres o la enfermera. Y no es que no confiaran en Alejandro. Pero al ser chico, era un poco bruto y tenían miedo que se me abrieran los puntos de la pierna.

—Era lo más sano —dice pensativo.

—El momento del alta fue tema, no quería volver a casa. Ese lugar recordaba todo lo malo que me había pasado. Y mis padres estuvieron a punto de vender la casa y de volvernos a Punta Arenas, pero recapacitaron por el tratamiento de rehabilitación, se iba a demorar mucho más si nos íbamos, por esa razón nos quedábamos acá en la Isla. Y Alejandro me decía que si yo me iba, él se iba conmigo. Que nunca más me iba a dejar sola.

—Tú amigo te amo desde niña.

—Un amor de hermano —le digo.

—Entonces se quedaron acá —frunce el ceño por una milésima de segundos.

—Sí —asiento lentamente—. Fue brutal volver a este lugar, veía la acequia y me colocaba a llorar, veía mi escondite no tan secreto y volvía a llorar. Lloraba en cada rincón de la casa, mis padres hacían lo humanamente posible para que estuviera bien, pero era difícil. Me acuerdo que al comienzo me movía con las muletas, era muy difícil ir de un lado a otro; yo quería correr como antes, saltar hacer las cosas como cuando tenía mis dos piernas, pero siempre terminaba en el suelo por mis ganas de volver a mis antiguas habilidades.

—Pero es obvio que no podías.

—Pues no —me encojo de hombros—. Me acuerdo que mientras yo estaba sentada o acostada en mi cama, Alejandro se ponía las muletas y se movía con una sola pierna por todos lados. En más de una ocasión me dijo: «yo también quiero perder la pierna para que seamos iguales».

—¿En serio? —pregunta asombrado Alex.

—Sí —asiento lentamente—. Y durante un año durmió casi todas las noches en mi habitación,

hizo un pequeño fuerte para que nadie viniera a dañarme como lo habían hecho en el verano.

—¡Guau!

—Lo sé —hago una línea en los labios—. A veces íbamos al ropero, el que se parece al de Narnia. ¿Te acuerdas?

—Sí.

—Y pasábamos horas encerrados en él. Alejandro sabía respetar mis silencios y se quedaba a mi lado, a veces lloraba y otras reía como una tonta. Recuerdo que siempre entraba con unos media horas.

—¿Media horas? —pregunta confundido.

—Era un dulce con sabor a la bebida Coca-Cola o muy parecido a ella. Que supuestamente nos duraba media hora en la boca —él asiente pensativo—. Siempre que entrábamos ahí él sacaba uno y cada vez que se nos acababa él hablaba, pero negaba rápidamente, así que nos echábamos otro a la boca.

—A final de año, ambos teníamos caries —sacó la lengua en forma de culpa.

—Un excelente amigo.

—La verdad es que sí —sonríe.

—Y tú, una amiga única. Pusiste tu vida en peligro por la de él. ¿Quién hace eso por alguien? Y menos a una edad tan corta.

—Los amigos que se quieren —me encojo de hombros.

—Pues tienes razón —asiente lentamente—. Y la recuperación fue muy lenta.

—Más que lenta, además a mí no sé me daba bien seguir las indicaciones, quería que me dejaran estar en una silla de ruedas al final del año.

—¿Qué dices? —pregunta confundido.

—Eso, había perdido las ganas de seguir con mi vida.

—¡Ay Emilia! —se refriega los ojos por una eternidad—. Pero creo que no lo hiciste.

—Pues claro que no. Sabes lo insoportable que puede ser Alejandro cuando se preocupa de alguien.

—Algo me fije el día de hoy.

—Pues imagínate a un niño pequeño, que me venía a despertar todos los días, para que saliera de la cama y posteriormente obligarme a vestir y salir de la casa al centro de rehabilitación.

—Emilia ustedes nacieron para estar uno al lado del otro.

—Como amigos —le reafirmo. Además Alejandro jamás intentó algo conmigo y yo tampoco hice algo para que él estuviera conmigo.

—Emilia eres increíble como una mujer.

—Pues creo que no —me encojo de hombros avergonzada.

—Yo creo que sí —entrelaza nuestras manos—. Eres el ser más noble que he conocido.

—¿Qué dices? —pregunto confundida.

—Tú sacrificio hizo que a tu mejor amigo no le pasara nada malo. ¿Te das cuenta de eso? —pregunta—. Es probable que un hombre tan mal de la cabeza se hubiese desquitado con tu amigo, quizás lo hubiese violado en más de una ocasión o peor aún, lo pudo haber herido e incluso pudo llevarlo a la muerte. Algunas personas son malas —hace una línea en los labios y estoy segura que está recordando lo que le pasó a él con su novia y su ex – mejor amigo—. Pero tú sacrificio es digno de admirar.

—Yo... —comienzo a mirar mis uñas y fue lo mismo que me dijo el psicólogo: «que tenía alma de mártir y que lo hice no fue por mí, sino por mi amigo». ¡Guau! Y eso qué significa. Que no entiendo nada de nada.

—Lo sé —sonríe de lado—. Eres una mujer fuerte, saliste adelante dejando atrás todo lo malo que a alguien le puede pasar en la vida. Pero he descubierto algo.

—¿Qué cosa? —pregunto confundida.

—No estás sola por lo que te pasó hace veinte años con Juan, tampoco porque te falta parte de una pierna. Estas sola, porque estás tan enamorada de Alejandro que no permites que nadie entre en tú vida.

—¿Qué? —me aparto rápidamente para mirarlo a los ojos con mayor atención—. ¿Qué cosa dijiste?

—Emilia —toma mi mano y la acaricia lentamente—. Me duele admitirlo. Pero eso es así, lo amas y creo que mereces una oportunidad con él.

—¿Y tú? Yo pensé... —la verdad es que no sé muy bien que pensé. Pero sé que pensé cosas y ahora estoy más que confundida.

—Soy el hombre que te ha abierto los ojos.

—Yo... —trago saliva con dificultad.

Escuchamos golpear la puerta de la cocina y ya sé quién es.

—¡Ve, Emilia! —besami frente—. Eres la mujer que me demostró que el amor verdadero hace grandes sacrificios, tú te sacrificaste de todas las formas posibles por tú mejor amigo, y él ha demostrado que su amor ha sido real todo este tiempo, porque te ha cuidado y protegido por todos estos años. Estoy seguro que te dirá lo que te he dicho.

—Yo...

—Soy un buen perdedor.

—Pero yo...

—Emilia ve —me ayuda a levantarme del sofá. Sonrío, porque ahora mi mente está más enredada que madeja de estopa y no sé realmente a que me enfrentaré, puede ser que aquí pierda a

mi único amigo.

—¡*Sranje!* —maldigo por lo bajo.

—Nada de maldecir mujer.

—Gracias —avanzo hacia mi cocina y siento que el corazón se me va a salir en cualquier minuto del cuerpo. Creo que me dará un ataque de pánico y moriré de la impresión.

Inhalo y exhalo un par de veces, mientras la lluvia no ha cesado en ningún momento desde que cayó la noche. Abro la puerta y ahí está Alejandro con todo el cuerpo empapado. Se me corta la respiración de verlo así.

—¡Emilia! —avanza hacia mí, toma mi rostro con sus dos manos y su nariz y su frente choca con la mía—. ¡He sido el idiota más grande del mundo!

—¿Qué quieres decir? —pregunto en un susurro.

—¡Emilia! ¡Te amo! ¡Te amo! ¡Te amo! Desde que era un crío. Desde que aprendí a gatear que te amo. Y no quiero perderte.

—Alejandro —me cuelgo de su cuello con una sonrisa bobalicona en los labios—. Yo también te he amado toda mi vida.

—¿En serio? —pregunta confundido mientras me fijo que sus ojos verdes me examinan y esperan que le diga que esto es una broma.

—Yo no sabía lo que sentía por ti por todos estos años era amor. Si he estado toda mi vida esperando alguien que me quisiera tal cual soy, era porque realmente te estaba esperando a ti, solamente a ti.

—Emilia —me sujeta del rostro y me besa. Y este beso es distinto a todo lo experimentado en mi vida, es un beso de amor, un beso real—. ¡Emilia! —dice pegado a mis labios—. Eres mi mejor amiga, eres la mujer de mi vida. Hoy sentí que te perdía y si lo hacía iba a cavar mi propia tumba.

—¡Alejandro! —sonríó en sus labios—. Te amo más que a mi vida. Y solamente quiero vivir una vida contigo.

—Yo también —me atrae a su cuerpo y me besa con más intensidad que el primer beso, aparta nuestros labios y sonrío con esa sonrisa coqueta que solamente era para mí.

Y ahora me pregunto por qué no me di cuenta por todos estos años de eso.

»Emilia me debes 10.218 besos.

—¿Qué dices? —pregunto con una sonrisa en los labios.

—Nos conocemos desde que nuestras madres nos tenían en sus panzas de embarazadas —asiento lentamente—, son 28 años que equivalen a 10.220 días, eso son 10.220 besos y me los cobraré todos.

—¡Dios! —aflore una sonrisa en los labios—. Acaso no puedes ser más perfecto —me cuelgo de su cuello—. Por qué fui tan ciega.

—Yo también lo fui...

Epílogo

Los copos de nieves están cayendo suavemente sobre nosotros, es la segunda nevada del año, así que la ciudad aún no está repleta de nieve como pensé que iba a estar. Es la primera vez que vengo a Punta Arenas en temporada invernal y si me gustaba en el verano ahora me gusta más esta ciudad.

Sin duda León es el que más está disfrutando de la nieve. Fue una de las experiencias más gratificantes que hemos tenido al ver al gran perro saltando de un lado a otro, era prácticamente ver a un cachorro pequeño a diferencia del gran San Bernardo de 110 kilos.

—¿Qué te pareció el cementerio? —pregunto mientras miro como los copos de nieve tocan suavemente mi ropa.

—Uno de los cementerios más hermosos del mundo. No por nada está considerado entre los 10 más bellos.

—Lo es —sonríó—. Sabes, me gustó mucho ir a dejarle flores a la abuelita Emilia y me alegro que papá haya accedido al final de cambiar los restos de la abuela al mausoleo Goic.

—Sinceramente, no sé qué hubiese hecho yo.

—¿Por qué? —pregunto confundida.

—Porque me costaría ir a visitar a mi madre y dejarle flores y saber que ahí mismo está la tumba de mi padre que no me reconoció cuando era un niño.

—No pienses así, el abuelo Boris se arrepintió de haber actuado así —o al menos esa es la sensación que me queda a mí—. Además, la abuelita Emilia, amaba al abuelo. Por algo se quedó toda su vida trabajando como empleada en su casa.

—Lo sé. Es rara la situación. No sabemos realmente como piensa tu padre, pero si lo hizo, es porque seguramente pensó que tu abuela merecía estar al lado del hombre que amo toda su vida, porque si mal no recuerdo ella nunca se casó.

—Pues no —suspiro tristemente—. Mi papá fue hijo único, así que él se llevó toda la carga de pensar qué hacer con los restos de mi abuelita, nosotros como hijos lo apoyamos en lo que él decidiese. Pero solamente él sabía que hacer realmente —aunque yo también hubiese llevado los restos de mi abuelita al lado del abuelo, porque ahora que estoy en la casona Goic, he descubierto cartas que se enviaban entre si y algunos retratos de fotos y jamás sentí que la abuela fuera la mujer que le calentaba la cama en la noche, eso debió ser amor, pero creo que al abuelo le complicaba que ella era una empleada chilena y no una descendiente directa o una croata recién llegada y tal vez por eso nunca concreto nada con ella, lo que realmente es una lástima.

—Tú abuelita fue una mujer muy valiente. Ser madre soltera a mitad del siglo XX debe haber

sido muy fuerte para ella.

—Papá decía que los niños lo discriminaban porque no tenía padre. Por eso es que a veces creo que no sé quiso cambiar el apellido Jiménez por el Goic, porque eso no le iba a quitar todo el sufrimiento que vivió de niño.

—Tienes razón —suspira—. Sabes Emilia —seguimos avanzando lentamente por la plaza—. Luego de mi padre, el hombre que más admiro es a tu padre.

—¿Por qué? —pregunto confundida.

—Porque es un sobreviviente a lo igual que tú abuelita y tú.

—Alejandro —nos detenemos y lo abrazo fuertemente. Porque sin duda es una de las cosas más lindas que me han dicho, papá la pasó mal casi toda su infancia y adolescencia. Luego pensó que con mamá y la herencia que le dejó el abuelo iba a mejorar su situación y sí, en verdad le mejoro. Pero luego con lo que me pasó a mí volvió a pasarlo mal, sin duda personas como él no deberían pasar por estas cosas, porque él es el hombre más bueno que he conocido, aparte de ti.

—Me gustaron las fotos que te saque ahí en cementerio —dice acariciándome la espalda—. Me cuesta creer que ese lugar no es privado.

—No eres el único —sonríe—. El Cementerio Sara Braun es hermoso, pero lo que más me gustan son sus árboles cipreses.

—Sí —me besa la coronilla—. ¿Y te ha gustado la ciudad?

—Mucho —sonríe—. Estamos al fin del mundo y me cuesta creer que si avanzamos un par de cuadras llegaremos al Estrecho de Magallanes, no puedo creer que nunca viniera a esta ciudad y más cuando tú me hablabas de ella y de tu familia croata radicada acá.

—Tú trabajo lo impedía —quedo mirando a unas parejas que están apurando el paso para esconderse de la nieve—, yo tampoco había venido en esta temporada, así que también es nuevo para mí.

—Es hermoso, me da la sensación que estamos en Nueva York o en alguna ciudad de Europa y no acá. ¿Estaré mal por pensar así?

—Por supuesto que no —me abrigo el cuello, porque la brisa congela la piel expuesta. Nos quedamos en silencio, mientras caminamos hacia el interior de la plaza—. Había pensado que le podríamos comprar un pequeño barril de madera a León —interrumpe nuestro silencio— y que deberíamos colocárselo como collar y enviarles unas fotos a mis padres.

—Me parece un buen plan —sonríe al ver a León que avanza a un par de metros delante de nosotros—. Pero también le pondrás un poco de alcohol al pequeño barril.

—Pues no lo sé —entrelaza nuestras manos que están cubiertas con unos guantes de piel oscura—. Primero le compramos el barril y luego lo pensaré. Sabes, me gusta ver a León en su verdadero ambiente.

—A mi igual —asiento lentamente—. Verlo jugar con la primera nevada, fue una de las cosas más lindas que he visto.

—Lo sé —me besa le mejilla—. Siempre quise llevar a León a la nieve, pero nunca tuve el tiempo necesario para hacerlo, él se merecía reencontrarse con sus raíces.

—Tienes razón. Me preguntaba que podríamos tener más mini leones.

—¿Qué dices? —pregunta confundido, mientras nos detenemos al frente de la estatua de Hernando de Magallanes al medio de la plaza Muñoz Gamero o mejor conocida como la plaza de armas de Punta Arenas, ahora estamos en dirección al Estrecho de Magallanes.

—Que me gustaría que León tuviera hijos y dejarnos uno que otro —me encojo de hombros, porque de verdad me gustaría hacer eso.

—Podría ser —asiento lentamente—. Pero no será más trabajo para nosotros.

—Alejandro —niego con la cabeza—. Los perritos son como hijos, no puedes decir que causan trabajo.

—Ya, sé que tienes razón —sonríe—. Pero con el poroto chico —posa su mano en mi vientre de seis meses de embarazo—, ¿no será más trabajo para los dos?

—También puede ser la Porota —sonríe, porque desde que supimos que estaba embarazada no quisimos saber el sexo del bebé, queremos que sea sorpresa y Alejandro se acordó del libro La Porota de Hernán del Solar y es por eso que le ha puesto así antes de que nazca, pero espero que no sé le ocurra ponerle ese nombre al bebé, porque oficialmente me opondré.

—Pues si el poroto o la porota —sonreímos—, nos va a tener muy liados por lo menos los primeros meses, eso es lo que dicen nuestros padres. No sé si será lo más sano tener a cachorros pequeños.

—Tal vez tengas razón —sonríe. Me subo a la tarima de monumento para quedar casi a la altura de él, porque nuestros quince centímetros de diferencia se notan en estos momentos.

—Emilia —coge ambas manos y le da suaves besos en los labios—. ¿Te duele la pierna? —pregunta entre asustado y preocupado.

—No —niego rápidamente—. No me duele, él frío no ha sido impedimento para recorrer por el día la ciudad.

—Es que me preocupo —sus verdes esmeraldas me escanean sin disimulo—. No quiero que abuses más de tu cuerpo, además no estas...

—Alejandro —frunzo el ceño rápidamente—. Si me quieres decir que estoy pasada de peso, no vas por buen camino —aparto las manos y me cruzo de brazos, el vientre abultado ha crecido rápidamente de un mes a otro y quizás me cueste caminar un poco, pero de poder caminar, puedo.

—No es eso amor —coloca sus manos en mi cintura—. Es que... estás embarazada y no quiero que te sobre exijas de más, ya lo sabes. Siempre has sido delgada, pequeña, frágil y tengo miedo que por un par de kilos extras te empiece a molestar un poco más la pierna.

—Ya —me cuelgo de su cuello—. Entiendo lo que me quieres decir, las hormonas están más locas de lo normal. Y me tienen muy sensible.

—Lo sé Emilia —me abraza fuertemente—. Pero siempre fuiste más sensible que el resto, pero tan solo que lo cubrías con tu imagen de reina del hielo.

—¡Malvado! —me quejo con una impertinente sonrisa en los labios—. Por qué dices esas cosas de mí, no era la reina del hielo. Tan solo que no quería que nadie se acercara a mí.

—Solamente me dejaste a mí.

—Pues sí —le acaricio su nariz con la mía—. Un beso esquimal —digo con una sonrisa en los labios—. Tienes que darle las gracias a Alex que me abrió los ojos.

—Al británico —dice escépticamente—. Él no hizo nada por mí.

—No seas así con él —me quejo—. Es nuestro amigo periodista famoso que se ganó el último Pulitzer de investigación periodística internacional por desenmascarar a unos magnates de cuello blancos más importantes de Latinoamérica —de nuestros labios aflora una sonrisilla impertinente, porque esos magnates de cuello blanco eran los dueños de RUNNING, jamás me imagine que el profesor X o sea el Sr. Lira y el Sr. del Solar fueran corruptos y que hicieran lavado de dinero y trata de personas.

—Tienes razón —asiente lentamente—. Alex en menos de un año se logró meter en esa empresa o mejor dicho en esa organización y desenmascarar a esos hombres. No puedo creer que hayamos trabajado con ellos —dice angustiado.

—Ni yo —me encojo de hombros—. Me sentí tan avergonzada cuando el nombre de la agencia salió a la palestra, menos mal que mis jefes nunca aceptaron nada raro, o sino ellos hubiesen ido a la cárcel o hubieran pagado millones, y todos nosotros hubiésemos quedados marcados dentro del mundo de la publicidad.

—Así es —me besa la coronilla que está cubierta con un gorrito de lana—. No extrañas la agencia.

—No —digo rápidamente—. Me tenía estresada ese lugar, además Isabel está haciendo muy bien su trabajo como la nueva directora creativa.

—Esa chica es muy talentosa —dice acariciando las mejillas. Frunzo el ceño lentamente, porque he sentido un poco de celos. Me acuerdo que a ella le gustaba mi mejor amigo bueno antes de que fuera mi esposo. Y ahora que parezco cualquier cosa, no me extrañaría que él la viera con otros ojos.

—¡No seas celosa! —me abraza fuertemente—. Creo que tendré que recordarte todas las veces necesarias, que no habrá otra mujer en mi vida —me besa toda la cara como un loco, mientras río por su espontaneidad.

—No lo soy —le digo besando suavemente sus labios—. Tan solo que...

—Si lo dices por tu cuerpo de embarazada, créeme Emilia. Si antes eras hermosa ahora eres mil veces más hermosa. Además quiero que sepas que puede pasar al frente de mí, Emilia Clarke y me será indiferente.

—¡Mentiroso! —sonreímos—. Pero me alegro oír eso.

—Pero ¿qué pasó con nuestro amigo británico? —se levanta el cuello de la chaqueta porque ahora la nieve está un poco más intensa que hace un par de minutos—. Ya se me ha olvidado lo que estábamos hablando.

—Que si no hubiese sido por él, ahora no estaríamos juntos.

—Es que Emilia... —se rasca la frente por unos instantes, porque la lana de su gorro le molesta un poco—. Era obvio que ese hombre te iba a conquistar a la primera. Sentí unos celos irracionales cuando vi que él te dejaba atrapado entre su cuerpo y el Jeep de tus padres.

—¿En serio? —pregunto intrigada.

—Claro que sí —asiente rápidamente—. Estaba cabreado cuando él te presentó como la Señora Kunis, pero otra muy diferente fue verte de lo más coqueta afuera de la agencia.

—Yo no estaba de coqueta como dices tú —digo rápidamente.

—Sí que lo estabas —me besa la coronilla—. Eras una coqueta con ese británico, veía como le movías las pestañas a una absurda velocidad —niego rápidamente con la cabeza—. Y además dejaste que te trajera a tu casa.

—Eso fue... —suspiro, porque no estoy muy segura lo que realmente fue eso.

—Lo sé, te llamó la atención ese hombre. Pero supongo que es normal que un británico enturbie la razón de cualquier mujer.

—¡Dios! —sonríe—. ¡Ni que fuera David Gandy para que me nuble la razón como dices tú!

—Me alegro que no lo fuera —lo dice tan serio, que de mis labios aflora un sonrisa sincera. Pero retomando el tema central. Quiero que sepas que tuve miedo de que te fueras con él a Inglaterra y jamás volver a verte.

—Alejandro —lo abrazo fuertemente mientras mi vientre no nos permite estar tan cerca de él como lo deseo—. No hubiese podido irme con él o con cualquier otro hombre. Algo me ataba a Santiago, y ese eras tú. Aunque realmente no lo sabía. Por eso es que agradezco que Alex haya aparecido ese día en mi vida, porque me abrió los ojos y demostró que siempre estuve enamorada de ti, aunque no tenía ni idea que eso era amor.

—Lo sé —nuestras narices se vuelven acariciar—. Recuerdo que ese día, había quedado con esa chica que era maquilladora, una que era nueva. No sé si la recuerdas —asiento lentamente, porque sé de quién me está hablando en este momento—, estábamos comiendo en un restaurant cerca de la agencia y mi mente solamente pensaba en ti y como ese hombre te miraba o más bien te admiraba.

—Yo —trago saliva con dificultad, porque esa parte no me la había contado. Así que me sorprende esa confesión.

—Así que deje un par de billetes en la mesa. Y salí corriendo del restaurant, ni siquiera sé si me despedí de la chica —se encoje de hombros y a mí me aflora una sonrisa en los labios—. Y pasé la velocidad permitida en las carreteras...

—Alejandro —lo reprendo como a niño pequeño—. Que hubiese pasado si por tu imprudencia hubieras tenido un accidente.

—Habrías sido viuda antes de tiempo.

—No es gracioso —me quejo—. Eras mi mejor amigo, lo mejor que tenía en la vida. No hubiese resistido que tú no estuvieras a mi lado.

—¡Emilia! —me abraza fuertemente—. No me digas esas cosas. Que me hace pensar todo el tiempo que no estuvimos juntos, porque apenas llevamos 712 días oficialmente de casados.

Solamente él podía saber con exactitud cuántos días llevamos de casados y es probable que hasta sepa qué día me embarazó. A pesar de que no me sentía preparada para estar con él en un plano más íntimo, él supo respetar mis tiempos. No me apresuro y tampoco me obligo a estar con él, si es que no estaba segura. Cada vez que recuerdo el día de nuestra primera vez que precisamente fue la noche de nuestra boda, me hace recordar lo afortunada que fui por esperar tanto tiempo y que él fuera el hombre que realmente le debía entregar mi primera vez (oficialmente hablando). Aunque para Alejandro siempre fui virgen, me lo confesó entre besos y caricias y eso me hizo ser la mujer más dichosa del planeta, porque él no sentía asco de mi cuerpo o por lo que me había pasado años atrás. Sonrío al recordar sus palabras, si eso no era amor, no sé qué sería.

—En realidad, siempre estuvimos juntos. Pero no lo sabíamos —acerco mi nariz a su cuello y ahí está mi hogar. Él siempre fue mi hogar.

—Y sabes lo peor de todo esto.

—No —me aparto de él un poco confundida, para verle los ojos—. Que todo el mundo sabía yo estaba enamorado de ti. Mi mamá me dijo que al fin admitía lo que sentía por ti —le acaricio la mejilla con su barba de un par de días—. Y que si no me la jugaba por ti ese día, iba a perder el amor de mi vida y que me iba a arrepentir por el resto de los días.

—Alejandro —sonrío—. Tú mamá es muy sabia. Realmente no sé si hubiese tenido algo con Alex, porque los planetas o lo que sea se alinearon para que ambos abriéramos los ojos casi al mismo tiempo. Pero creo que alguien que se tatúa en la costilla la frase «He aquí mi secreto, que no puede ser más simple. Sólo con el corazón se puede ver bien; lo esencial es lo invisible a los ojos». Es porque estaba enamorado en secreto de una mujer.

—Ahora que lo dices —me besa los labios suavemente—. Te puedo hacer una pregunta —lo dice pegado a mis labios.

—Por supuesto.

—¿Y ahora, eres feliz?

—Sí, lo soy.

FIN

Agradecimientos...

En la versión física se encuentran los agradecimientos que desee que salieran cuando di el gran paso de entrar a la Editorial Tres Deseos (el año pasado). Hoy en cambio quiero agradecer a todos los lectores amigos y anónimos que me han apoyado en este arte de ensayo y error por tanto tiempo, sé que la perfección no existe como tal, pero sí que he ido aprendiendo durante todo este tiempo a mejorar esas falencias que aún son mi talón de Aquiles.

Espero que hayan disfrutado la historia de Emilia, porque fue una historia que me costó sangre, sudor y lágrimas por mucho tiempo para poder direccionar las ideas que tenía hace tres años.

Gracias por estar ahí y porque me siguen acompañando en este viaje que descubrí por casualidad.

Cariños, Bélgica...

^[1] Maldición en Croata.

^[2] Fiat 500.

^[3] Mierda en inglés.

^[4] “Pocos ven lo que somos, pero todos ven lo que aparentan” en croata.

^[5] Maldición en croata.

^[6] Cuica.